

TÉCNICA Y ESTRUCTURA

Carlos Faig

AKLecturas Clínicas
Material de circulación interna
Buenos Aires 2015

ÍNDICE GENERAL

Un corte de técnica lacaniana ¿qué produjo el lacanismo?	3
Posiciones de la técnica	6
Nota semiedípica al esquema R. Las Meninas y el cuadro interior	9
Preguntas elementales	12
El pensamiento es un afecto	13
Entrevistas preliminares	14
Fragmentos de <i>Nuevas Lecciones Introductorias al Psicoanálisis</i>	15
La Otra escena	16
El nombre de Freud	17
La pérdida de goce y la técnica	18
La fábula del goce	19
Una partitura sin notas o la falta de análisis	20
El por qué del acto	21
Un corte de técnica lacaniana	22
Técnica y Estructura	25
Testimonios del film	26
Diferencia en cuestión	28
Lacan y las caricaturas	29
Extrapolación del seminario XXV, <i>Le moment de conclure</i>	30
No-relación y técnica	31
Oficio de la falta	32
Problemas con el objeto	33
Otro problema con el objeto	34
Tres enunciados de Lacan	35
Una aclaración sobre lo Simbólico y el matema	36
Cómo construir sobre la escena primaria	37
Cómo construir sobre la escena primaria II	39
Dos lapsus de la escena primaria	40
Otro texto sobre la escena primaria	42
Escena primaria, cuerpo y objeto	45
Panorama extraño	48
Sexualidad y Psicoanálisis	49
Un aspecto de la técnica freudiana vinculado con el simbolismo	41
Isomorfismos. Imagen onírica, escritura y castración	68
Antropía del fantasma. Consecuencias sobre la fase genital	72

UN CORTE DE TÉCNICA LACANIANA ¿QUÉ PRODUJO EL LACANISMO?*

En la historia del psicoanálisis se ha visto que ciertas técnicas conducían a actuaciones, perversiones transitorias o simples interrupciones del tratamiento. Kris resultó paradigmático, representando a la Psicología del Yo, por el acting que nos cuenta en su caso de plagio.

Ruth Lebovici merece asimismo ser destacada: su *Hombre del fly-tox*, si se nos permite expresarnos así, el caso de ese paciente que termina espiando en un cine hacia el baño de damas, a “la buena distancia del objeto”, marca una época de la técnica analítica.

Recordemos la cuestión de la “paranoia postanalítica” y su vinculación con las formaciones imaginarias cuando toman el lugar de lo real; en parte esa técnica nos lleva al kleinismo, en general a la situación del psicoanálisis en los ’50. En esa lista de famosos y técnicas precarias y un tanto ridículas, *démodes* –lista que no queremos proseguir–, aún no figura Lacan, cuyo prestigio se mantiene más o menos intacto. Si así están las cosas, anticipémonos: ¿qué produjo el estilete lacaniano aplicado a la sesión? El corte es el emblema y el instrumento de esta técnica. Sabemos de los problemas que trajo a Lacan con la Internacional. Conocemos menos sus efectos, en los que hoy estamos todavía relativamente sumergidos.

El objeto (a), cortado del discurso, señalado más allá de la significación, es el fundamento que encuentra la técnica de sesiones breves, aun cuando esto nunca se haya explicitado y no exista, por ejemplo, un seminario que se ocupe directamente del tema. En rigor, esta técnica antecede unos siete años a los primeros desarrollos sobre el (a); se remonta a principios de los cincuenta. La justificación de la sesión breve se halla en esa época en el concepto de puntuación. Hay que observar, entonces, que no es la invención o la idea del objeto (a) la que comporta una técnica. La clínica, la práctica precede a la teoría en contradicción abierta con algunos enunciados de Lacan. Además, la técnica se topa con el (a) de un modo, hasta cierto punto, accidental; al menos, se intuye que el encuentro podría no haber ocurrido, y esto le da un aire fortuito, contingente. Entre teoría y técnica –la técnica siempre fue un poco denostada por Lacan– las cosas nunca terminaran de componerse. En una entrevista de 1966 Lacan todavía pedía algunos años más para basar su práctica. Finalmente los tuvo, pero no parece que los haya usado para ese fin.

Recordemos, en tren de orientar nuestra crítica, una idea del seminario *La angustia*: el objeto (a) es un amboceptor. Esto quiere decir que se produce merced a dos cortes. Un corte separa al niño del seno, para tomar como ejemplo el objeto oral, otro corte separa al seno de la madre, en el que el objeto está emplacado, succionando el cuerpo materno. Por eso se explica que el lactante se separe del seno –se destete– como de algo que le pertenece.

Demos un paso más y extendamos la descripción que hacía Lacan del (a) hasta disolverlo en esos mismos cortes. El objeto es la coincidencia de dos cortes. El concepto de objeto (a), en nuestra óptica, puede entenderse como la superposición, el campo de coincidencia de dos marcas. Si trasladamos esto a otro terreno, más general, notamos que las marcas afectan a la lengua y la sexualidad. De una parte, el objeto es no representable, de otra se encuentra separado del cuerpo. Esto lo define y lo constituye. La lengua y el sexo, el cuerpo y la representación presentan marcas que convergen y producen lo que acostumbramos a denominar objeto (a). En la medida en que no hallamos nada positivo del lado del cuerpo (o de lo que está separado del cuerpo) ni del lado de la representación, y que ante todo se presentan faltas o pérdidas, nada impide que sustituyamos al objeto por los cortes. El (a) no está en otro sitio y (salvo el sillón de analista) tampoco dispone de otro lugar donde estar. La situación sería otra si el objeto tuviera sustancia o representación: en ese caso la identificación con los cortes resultaría inapropiada. (Se ve, por otro lado, en qué consiste y

* El presente artículo fue publicado en: www.elpsitio.com.ar/, el 10 de Septiembre de 2007.

de dónde procede la función homotópica del objeto (a) respecto de la castración: el falo no opera a pura pérdida –ni siquiera es separable del cuerpo– y no es meramente una falta.)

En el horizonte de esta sustitución conceptual se halla el axioma italiano, que aislamos en un artículo anterior: la idea de una circularidad entre las faltas que afectan al lenguaje y el sexo, entre la pérdida que atañe a la relación sexual y la estructura del lenguaje en tanto correlativa de la carencia de significante sexual.

La instalación del (a) en el Otro, movimiento que define a la transferencia, puede plantearse también, se lo ve fácilmente, como una superposición de marcas, y de allí la vinculación estrecha entre fantasma y transferencia. El correlato de esta instalación –permítasenos una digresión instructiva y que se atiene a los efectos del significante impar– es la figura de la madre fálica y, más atrás, el padre como portador del falo, como se decía hace unos años. En cierta forma, los conceptos del psicoanálisis se presentan por parejas, duplicados, en cuanto se advierte que lo que ocurre del lado de la lengua encuentra una equivalencia del lado del sexo, y viceversa (la transferencia encuentra su *pendant* en ciertas figuras edípicas, en nuestro ejemplo).

El análisis es concebible, para dar una imagen rápida, en función del deslizamiento de dos láminas agujereadas, una sobre otra. El objeto figura y cubre –insistimos en esto– la distancia inadvertida, que se halla plegada, entre un agujero y otro; permite el abrochamiento de esas faltas que deslizan. Como en el origen de la computación, se trata –en esta ilustración– de tarjetas perforadas. Pero estas tienen la particularidad de que disponen de una sola perforación; o bien, para el caso es lo mismo, muestran una tendencia a concentrar todas las perforaciones en una (en dos superpuestas).

Pasemos al dispositivo y la técnica, y traslademos nuevamente las marcas. Un corte se ubica del lado de la asociación libre (lengua) y otro del lado del analista (sexo, transferencia). Cuando se corta la sesión, sea o no arbitrario el momento que se elija, obviamente se detiene la asociación libre y se produce un más allá del discurso. La cadena significante resulta situada en su valor metonímico, y funciona desde entonces como una pantalla, un velo que indica el desprendimiento del objeto. Sobre esta cuestión existe, como ya señalamos, una fundamentación amplia. El corte se justifica porque supuestamente produce el objeto como metonimia, pero lo que se corta es el discurso: la asociación libre. *Se pierde la palabra en lugar del objeto.*

Si aceptamos este estado de cosas, ¿qué ocurre con la transferencia? No se ha vinculado con el proceso, aunque se produzca luego, porque se ha operado en función de un solo corte. Solo se ubica la perforación en una tarjeta –para seguir con nuestro ejemplo–, la otra queda librada a sí misma, por mucho que se la suponga (perforada). Esta suposición resulta obligada, ya que de otro modo ni siquiera estaríamos en el campo del psicoanálisis; y es lo que permite apreciar por qué costado el lacanismo se desliza a la psicoterapia: el trabajo analítico se ubica sólo del lado del analizante y la transferencia queda fuera de juego.

Es ese el problema más serio, y no tanto si el corte de la sesión resulta arbitrario. La arbitrariedad, si es cierto que el lenguaje apunta a su más allá, se corregiría a posteriori automáticamente.

Veámoslo desde otro ángulo e intentemos una suerte de demostración por el absurdo. Si la técnica del corte liga el lenguaje con el objeto, si el corte presentifica el peso propio de la transferencia y (uno de los costados) del (a), no hay modo de que falle. Cada vez que se hace exhibición del estilete, el objeto resulta alcanzado. Una técnica con esas características debió haber barrido hace tiempo el campo de las psicoterapias y las prácticas psicoanalíticas no lacanianas, porque su eficacia sería extrema y continua. La presentificación del inconsciente y su función en la formación de los síntomas, su conexión con la transferencia y la multitud de fantasías que habrían sido deducidas desde allí, constituirían datos abrumadores. Una técnica infalible y de fácil uso se hubiera impuesto en todos los frentes, y hace ya tiempo que habría cesado toda discusión a su respecto. (Esta cuestión converge con otro problema: el lacanismo está poco capacitado para pensar y situar el hecho de que un análisis pueda ir mal.)

Asumiendo que un tratamiento navega entre dos marcas, ¿qué comporta reducirlo a una? Si se espera que la marca faltante advenga, habrá un efecto mesiánico o de militancia, según el grado de actividad que se imponga al asunto. El lugar de esa marca faltante quedará señalado por el futuro del psicoanálisis, la escuela, la transferencia de trabajo (así llamada), y, no lo olvidemos, el pase y su institución. Ese mañana esperado en el que las marcas van a resolverse constituye un nuevo “domingo de la vida”, para retomar la expresión de Raymond Queneau.

Lacan puede agregarse a la lista que mencionamos al inicio si se acepta que el esfuerzo transferencial por alcanzar y abastecer el corte sustraído hace perder la palabra al analizante. Hay una sola marca que se exige a sí misma valer por dos y, duplicándose o adquiriendo otra función, pretende tomar el lugar del objeto. En tanto falta el corte que introduce al (a) como intervalar, el discurso es aspirado por el agujero. Los elementos discretos que componen el lenguaje quedan equiparados –una suerte de composición de figura y fondo– a los intervalos que los separan. El efecto más visible de la técnica lacaniana –contrariando las consignas que se hallan en el origen de la enseñanza y el proyecto teórico de Lacan: la escucha, el énfasis en el campo del lenguaje, etc.– es pues la pérdida de la palabra. Ciertamente, la primera asociación que se nos ocurre refiere que el lacanismo casi no produjo analistas que sostuvieran una palabra propia. Se ha caracterizado, por el contrario, por la repetición y la sumisión a un sistema cerrado de saber que en cuanto se anuncia se escabulle.

Hasta cierto punto, y por paradójico que resulte respecto de la renovación que Lacan introdujo y su vindicación del freudismo, el lacanismo produjo una expansión del campo de las psicoterapias analíticas.

Se impone ahora una pregunta ingenua: ¿por qué razón justamente aquel que inventó el concepto de objeto (a) lo utilizaría indebidamente?

Por un lado, en Lacan el tema del amboceptor y los cortes es una característica más del objeto. La simplificación –la escobilla que nos permitiría barrer el campo teórico– que proponemos aquí, y que se extiende a múltiples sectores de la teoría y no solamente a los desarrollos de La angustia, no existe en el Seminario.

Por otro lado, en la obra de Lacan siempre hay un importante automatismo transferencial en cuestión, aunque el concepto no termine de explicitarse claramente nunca. Llevado al extremo ese automatismo podría formularse como una ley del saber supuesto. Y hace juego, como vimos aquí, con una técnica también automática –al menos en cuanto a sus efectos– del corte.

Pero quizás lo más importante, en tercer lugar, se atiene al hecho de que el proceso que se da entre el (a) y los cortes no es reversible. Si se ajustan las marcas (si hay análisis y transferencia) se produce el objeto, así como cuando enfocamos el microscopio se produce en algún sitio virtual una imagen –y la imagen es de Freud–. Pero apuntar al (a) directamente no produce de forma necesaria una convergencia de cortes (produce un saber ectópico o en cortocircuito). Estaríamos en este último caso en una situación similar a la de aquel que toma la fórmula por el ejercicio, es decir, suprime el desarrollo imprescindible para resolver una ecuación, por ejemplo, y en su lugar presenta la regla que debería aplicarse. Si esta fue la vía de Lacan es porque quería ahorrarnos el trabajo.

Voilà pourquoi votre fille est muette!

(proverbio citado por Lacan)

POSICIONES DE LA TÉCNICA*

En un artículo anterior, publicado en *Imago Agenda*, propusimos una fórmula que intenta proveer la ilación del Seminario: la relación entre el objeto y la estructura combinatoria del a, menos fi ($-\phi$), equivale a la sustitución del sexo por el sentido. Vamos a ocuparnos ahora, prosiguiendo aquel artículo en una perspectiva clínica, del objeto como cierre de la significación en tanto esa clausura lo liga a la satisfacción que subtiende. La formalización del Seminario, la aprehensión de sus líneas principales, incide sobre la técnica y permite, creemos, continuar la investigación abierta por Lacan. Nos guiará la siguiente pregunta: ¿cómo se ubica la transferencia en el material y desde dónde?

I. La foto y quién la toma.

Convengamos, para comenzar, que el sueño nos sustrae. Todos sus elementos son representaciones sustituidas al yo del soñante. Han tomado su lugar. Las imágenes oníricas lo suplen y cada una de ellas lo representa. Somos vistos o hablados, en una representación que se invierte, desde el hiato que absorbe al yo en el sueño. El significante, la demanda librada a sí misma, tiene una vocación devorante (solo la no-relación permite articular la función de la libertad¹, desalinearse del efecto devorante del significante²). El sueño que nos engulle es, pues, el otro lado. Esta captura, similar, comparable, a la captura pulsional nos aloja, y en un mismo movimiento nos desaloja, en su agujero mismo. Exige que el objeto asuma esa posición para que pueda leerse el sujeto. El objeto marca la exclusión. La asociación libre –al menos en un horizonte ideal donde el habla solo vale por su intervalo– se corresponde con estos datos en tanto remite a la falta yoica y marca su lugar ausente. Del lado del analista, la cuestión transcurre en términos de la falta de marca en la pulsión, hasta tanto se ubique el objeto. De una parte se tiende a borrar la marca del yo; de otra, la marca del objeto. El discurso funciona, en el extremo del análisis, como envolvente, mimético, en estrecha correspondencia con la circularidad pulsional. (En principio, esto ubica la reflexión en términos psicoanalíticos sobre el lenguaje en otra órbita que la de la lingüística, dado que concierne al goce.)

Se explica asimismo por qué la asociación libre dispara el amor de transferencia en la cura. Esta técnica es isomórfica (recrea en otro ámbito la estructura que resulta de la exclusión del sexo) y homotópica a la vez (está en el lugar de la forclusión que comporta la no-relación). Es un dentro y un fuera puesto que suple al ámbito pulsional y lo sobrevuela; y, en algún sentido, es infraestructura tanto como superestructura.

¿Dónde estoy cuando el paciente me habla?³ Si nos preguntamos por qué el paciente nos cuenta algo, solo podremos aproximar una interpretación que apunte a la transferencia si ubicamos que la respuesta no está exactamente en el material, sin por eso estar en otro lugar. Hay que admitir pues una falla del decir que concierne al analista y lo localiza. Pero así ubicado, lo afecta cierta nuliuscuidad. Se halla en el otro lado –lugar que emparentamos antes al sueño–; se instala en un punto de inversión no especular. Esta inversión circular de la perspectiva⁴, del horizonte del decir, semeja una suerte de embudo, desde donde resulta lanzada la interpretación. La fuerza, cierto automatismo tributario de esta falla, modela y coacciona sobre la interpretación.

Al ubicar el telón sobre el que se proyecta el material obtenemos el objeto. Y ésto porque, como es obvio, esa pantalla comporta pérdida de representación. O vemos la película o la pantalla. Si localizamos el cierre que produce el objeto y consolida la significación, damos con el sujeto, incluso lo producimos. La pérdida de representación, como sabemos, implica al sujeto en tanto significante elidido, faltante. La separación del objeto permitía que el sujeto se representara.

* El presente artículo fue publicado en la Revista *Imago Agenda* N° 140, en: www.imagoagenda.com/, en Junio de 2010.

Tocamos aquí la economía del fantasma y el principio del placer (son lo mismo). Con la cuestión de la pantalla volvemos a un texto anterior también publicado en este medio: *Testimonios del film*. En relación con aquel artículo podemos agregar ahora que el trabajo analítico sobre la representación, es decir, sobre el sueño que soñamos despiertos, es lo que permite salir de la película⁵ (identificando la significación con la película y en tanto la significación es una demostración del relato), de los sentidos de la historia que oímos. Mientras la significación se sostenga, mientras no se advierta el vacío sobre el que subsiste, el sexo no es asequible (aunque, a su turno, también fugue)⁶.

Resumamos. Si me pregunto: *¿por qué me lo cuenta?*, comienzo a situar la transferencia. Pero debemos advertir que esta pregunta no apunta a una motivación, a una intención, sino a lo que *sale de la representación y ubica al goce en la falla del decir*.

II. Un fotógrafo inesperado.

La técnica que resulta de aquí comporta dos posiciones, como lo supo el kleinismo, aunque las elaboraciones teóricas sean muy diferentes. Y esto porque implica un trabajo sobre caídas parciales del sujeto supuesto saber. Esta instancia se torna discontinua⁷. La primera de ellas refiere a la significación y resulta de la función del objeto. La segunda liga con la satisfacción y el no sentido, el despertar. Y remite, obviamente, a la castración, a la aprehensión de lo que suple al sexo forcluido. Una posición remite al objeto y al sentido, la otra a la marca fálica y el sexo. Alternamos entre la devoración y la libertad, el sentido que alimentamos y lo fálico, el voraz ensueño aristotélico y la metamorfosis freudiana.

Notas

1.- J. Lacan, *D'un discours qui ne serait pas du semblant*, Seuil, París, 2006, p. 74. Leemos allí: "Las personas serias, a las cuales se proponen esas soluciones elegantes, que hacen a la domesticación del falo, y bien, es curioso, son ellas quienes se rehúsan. ¿Y por qué? Para preservar lo que se llama la libertad, en tanto que esta es precisamente idéntica a la no existencia de la relación sexual."

2.- Sobre el carácter devorante del significante, cf., *D'un Autre a l'autre*, Seuil, 2006, p. 74, en relación con la constitución del Otro como saber absoluto. Esta referencia, en cuanto se la desarrolla y extienden sus consecuencias, presenta el interés de conectar con la escena primaria y el alto grado de captura y alienación que comporta. Y, asimismo, ibid., p. 307: "La experiencia nos muestra que a condición de que se produzca el pasaje al campo del Otro, el significante se presenta como lo que es respecto del narcisismo, a saber, como devorante."

3.- "Que se diga resta olvidado detrás de lo que se dice en lo que se oye", señalaba Lacan. Es otra manera de acceder al problema de la técnica, entrando por y en los términos de *L'étourdit* (en *Scilicet* nº 4, Seuil, París, 1973, p. 5 y passim).

4.- Para una primera aproximación a esta cuestión son útiles las reflexiones de Jean Paulhan, en *Les incertitudes du langage*, Gallimard, París, 1970, p. 113. Paulhan caracteriza a las lenguas aglutinantes como pasivas y relativas. Escribe: "(Como ejemplo de una construcción:) habitadas por mí las dependencias, habitadas por las dependencias la casa. Exagero a penas. Esto obliga a otra disposición, a una verdadera inversión del pensamiento." En las lenguas aglutinantes permanecemos, al parecer, algo más próximos a la captura mimética del lenguaje.

5.- Es por esto que un cambio de posición subjetiva, como se suele decir, no basta. No se trata de que el sujeto cambie de lugar, mute, se corra, se desplace. Se trata de una pérdida de representación, de la producción del sujeto como conjunto vacío, como falta de significante. Esto no comporta un cambio de posición: no hay allí ninguna posición asumible. Y por eso Lacan habla de destitución subjetiva. El sujeto no asume otro rol en la película: sale de la proyección. Y esto es otra cosa y tiene otros efectos. En el mismo sentido, las interpretaciones "fuertes", que convuelven al paciente, las "verdades" que el analista podría sacudirle no tienen más que un efecto superyoico, a veces espectacular, pero técnicamente son intervenciones pobres. Una interpretación "terrible", "terrorífica", conlleva demasiado sentido.

6.- "Cuando el esp de un lapsus –vale decir, puesto que solo escribo en francés: el espacio de un lapsus– ya no tiene ningún alcance de sentido (o interpretación), tan solo entonces puede uno estar seguro de que está en el inconsciente." J. Lacan, Prefacio a la edición inglesa del seminario XI, en *Ornicar?* nº 12/13, Navarin, París, 1977, p. 124.

7.- La discontinuidad del SSS, que se trabaje sobre caídas parciales, comporta necesariamente una crítica a la teoría de Lacan del final del análisis. En el ámbito institucional obliga a abandonar la práctica del pase. El sostenimiento de su dispositivo detiene, desde la muerte de Lacan, el avance de la teoría analítica y su práctica.

NOTA SEMIEDÍPICA AL ESQUEMA R. LAS MENINAS Y EL CUADRO INTERIOR*

La nota agregada al esquema R, y que persigue el propósito de introducir en esa reflexión el objeto (a), está fechada en julio de 1966, próxima del seminario XIII. La nota se ubica entre el seminario XIII y el XIV; la primera lección de este último seminario se halla visiblemente sobre esta vía, concretamente cuando aborda el tema de la realidad –como el esquema R– en lo que Lacan denomina allí "superficie burbuja".

Esta observación cronológica cobra su alcance si aislamos el problema central que aborda allí Lacan. El núcleo temático de ese breve escrito radica en los párrafos 4, 5, 6 y 7 de los 10 que lo componen. El primer párrafo sólo indica el interés de lo que se va a introducir –el objeto (a)– en relación al "campo de la realidad que lo tacha". Ese párrafo, considerando a la nota como un escrito, es un título: "El objeto (a) y su aporte a la realidad". El título designa lo que la nota desarrolla; veremos cómo.

El segundo párrafo precisa que el campo de la realidad se obtura en el fantasma, y con esto ya estamos en plena contradicción: la realidad tacha al (a) y el (a) obtura a la realidad.

El tercer párrafo introduce al esquema R como un plano proyectivo y esto, al parecer, aclara las cosas.

En el cuarto párrafo mI, Mi desarrollan gráficamente ese tipo de plano, aislando una banda de Moebius.

Se llega así a la estructura del campo de la realidad como lugarteniente del fantasma –quinto párrafo–.

El sexto párrafo concluye la idea identificando imaginario y simbólico con el (a), y real con la S barrada.

A continuación, el sujeto definido como representante de la representación en el fantasma soporta la realidad, que sólo se sostiene por la extracción del (a) –es el séptimo párrafo–.

Así rehallamos la contradicción, que indicamos inicialmente, entre realidad y (a), especificada ahora en términos de la realidad como lugarteniente del fantasma (corresponde a la realidad que tacha al (a) y el sujeto como representante de la representación que soporta a la realidad (corresponde a la obturación de la realidad en el fantasma).

El octavo párrafo indica un camino que no debe seguirse; advierte que no debe leerse sobre el esquema que la identificación pueda fundar la realidad (línea de penetración de lo imaginario en lo real, mI).

Los párrafos noveno y décimo refieren al desarrollo de Lacan de 1966, a la manera de una indicación bibliográfica.

De este modo, la comprensión de este escrito, una vez ubicado el punto central, gira en torno a la aparición de dos términos aparentemente opuestos: "lugarteniente del fantasma" y "representante de la representación en el fantasma". En la medida en que el término "lugarteniente", tanto por su uso común como por el uso establecido por Lacan, es sinónimizable al representante de la representación, el problema se reduce al equívoco de un sólo concepto. De cualquier forma observemos que Lacan reserva el uso de "lugarteniente" al caso en que el problema se enfoca desde la realidad, como si hablar de "lugarteniente", en lugar de "representante de la representación" fuera propio para designar uno de los lados de la esquizo.

Aludimos antes al parentesco de este pequeño desarrollo de Lacan con el seminario XIII. Puede verse más claramente ahora porque se produce este vínculo si recordamos que uno de los temas dominantes de aquel seminario es el representante de la representación.

* El presente artículo fue publicado por primera vez en: "II. REQUIEM PSICOSIS", p. 51, del libro: "Refutaciones en Psicoanálisis". Alfási Ediciones. Buenos Aires 1989. Posteriormente fue publicado en: www.elpsitio.com.ar/, el 4 de Septiembre de 2009.

Por ejemplo, las últimas lecciones –donde *Las Meninas* ilustran el desarrollo– abordan directamente este tema. Para explicar la contradicción en que incurre Lacan es pertinente y tal vez incluso imprescindible recurrir a ese seminario. Veamos cómo *Las Meninas* ilustran al *Vorstellungsrepräsentanz*:

a) cuando el "cuadro interior" (el cuadro dentro del cuadro), que acompaña al autorretrato de Velázquez, es parte de la realidad del cuadro se trata de *representación*;

b) cuando el "cuadro interior" se torna inaccesible porque representa al "cuadro exterior" (el que efectivamente vemos) se trata de *representante de la representación*.

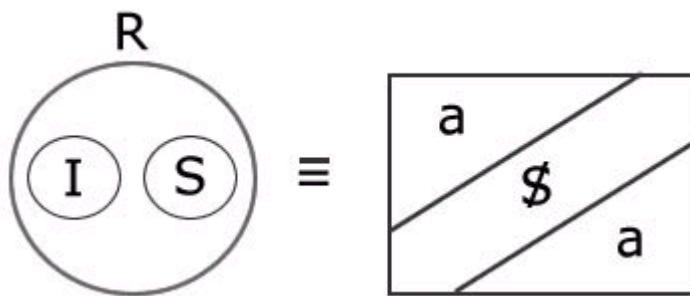
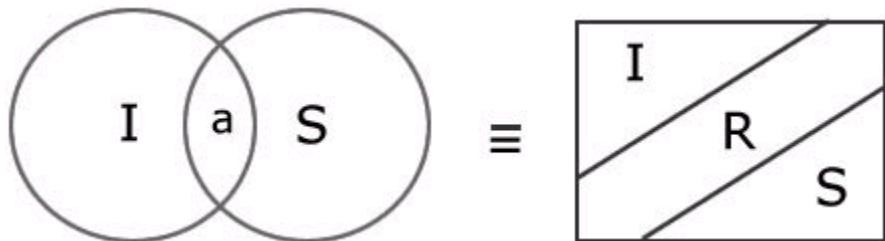
Homológicamente, extendiendo esta distribución sobre el esquema R, tenemos:

a) cuando la realidad es parte del esquema R funciona como lugarteniente del fantasma;

b) cuando la realidad es el corte del esquema R "el sujeto en cuanto representante de la representación en el fantasma soporta el campo de la realidad".

La realidad y lo real concurren a un mismo corte.

Podemos representar este movimiento como sigue:



En este punto y contrariando el primer párrafo de la nota de Lacan: no sólo se trata de una introducción "para esclarecer lo que aporta –el objeto (a)– sobre el campo de la realidad". La ubicación del fantasma sobre el esquema R puede perfectamente sustituirlo.

Aparentemente no haría falta ya hablar de Edipo en el triángulo simbólico o situar la pareja especular en el triángulo imaginario. La explicación cambia radicalmente. Y esto preanuncia la crítica que *Proposición* (un año después) realiza al Edipo y a Freud (cf. J. Lacan, *Proposición del 9 de octubre de 1967 sobre el psicoanalista de la escuela*, Scilicet N° 1, Ed. du Seuil, París, 1968. pp. 27-28). En algún sentido el (a) es una refutación más que una introducción, una extensión o un "aporte". Sin embargo, parece más prometedor interrogar la coexistencia de la explicación edípica y el desarrollo del fantasma, en tanto se ubican de un lado y otro de la esquizo. El Edipo (también por supuesto, el triángulo imaginario) se instala en la realidad, el fantasma ocupa lo real. Refutar el complejo de Edipo es innecesario y poco práctico, puesto que se presta a un uso pertinente ubicándolo de otra manera. Así, y en más de un sentido, *lo real del objeto es equiparable a la realidad del Edipo y el incesto realizado*.

Podríamos decir entonces que el objeto (a) participa de una cronología cíclica y lineal como la que domina en los mitos (cf. Claude Lévi Strauss, *Antropología estructural*, Eudeba, Buenos Aires, 1968, 5^a ed., 1973, *La estructura de los mitos*, pp. 186- 210), como si el objeto (a) fuera la operación lógica del mito extraída y aislada como tal (La relación *percipiens/perceptum* –uno de los temas propios de *Una cuestión preliminar*– es susceptible de formularse en términos de la distribución entre representación y representante. A la relación sujeto/objeto de la teoría clásica del conocimiento, formulada corrientemente en categorías visuales y tributaria de la economía de la representación, podemos oponerte el fenómeno de la voz psicótica en tanto es ubicable como representante de la representación y delata por allí la presencia del *percipiens* en el terreno auditivo. (Cf. J. Lacan, *Comptes rendus d'enseignement, Ornicar?* N° 29, pp. 12-13. Lacan dice en esas páginas: “Hemos provisto la topología que permite restablecer la presencia del *percipiens* mismo en el campo donde es sin embargo perceptible (...)” p. 13.)

PREGUNTAS ELEMENTALES

En el lacanismo y su sofisticada teoría, admirable –el esfuerzo de Lacan en este aspecto es extraordinario–, han faltado siempre las preguntas más elementales. Se dice, y con razón, que lo más importante no está en los libros. Y lo que falta de una punta a la otra, en la práctica tanto como en la teoría, son las preguntas que podrían situarnos y permitirnos pensar el material concreto de una sesión.

Esto ha ocurrido, en buena medida, porque Lacan y sus discípulos atendían contados minutos. El trabajo analítico no tiene presencia, no se produce. Casi no hay asociación libre en algunos testimonios de pacientes de Lacan. Saludo y despedida. Siempre cordial, muy educado, Lacan –como testimonia Elizabeth Gebleesco– rechazaba la transferencia.

La simple pregunta: *¿por qué me lo cuenta?*, si obtiene una respuesta medianamente encaminada, sitúa al analista frente a la transferencia y abre las vías del trabajo analítico sobre la transferencia. Es cierto, no es fácil de contestar. Pero, en fin, hay que trabajar un poco.

Asimismo, *¿dónde estoy en el decir?* Es otra de las preguntas ausentes en la clínica lacaniana. El discurso del paciente me implica. En algún punto, como analista estoy interesado. Todo está en saber por qué.

El postlacanismo y su construcción de un sistema cerrado de saber, empeoró bastante las cosas. Y hoy la situación de la clínica lacaniana es muy pobre. Si antes era prepuberal (esperaba desarrollo), ahora todo gira en los ritos de pasaje e iniciación. Ya no espera nada. Se cerró.

La *película* se repite una y otra vez. Y no se ha subrayado nunca que el objeto está ahí, solo cuando el analista sale del film. La película, a esta altura más vale decirlo, es la historia del paciente.

Otro dato de la mayor importancia obedece a que Lacan trabajó con una teoría de la transferencia macrotransferencial. Quizá más apta para pensar procesos históricos y sociales, incluso epistemológicos, que una simple sesión de análisis. Pero esto puede corregirse fácilmente: solo hace falta trabajar con *caídas parciales del sujeto supuesto saber*. Claro que hay que saber hacerlo. (Las preguntas anteriores que hemos subrayado ayudan a ello.) Y claro que esto cambia todo. La transferencia no sigue una dirección unívoca, se independiza del fantasma, la pulsión se vuelve pregnante, y el deseo del analista pierde peso. Lo real lacaniano, podemos pensarlo así, se hace tributario de la no interpretación sistemática de la transferencia, de su falta completa de trabajo sobre ella.

Nos queda, pues, mucho por revisar. ¡Mala suerte!

EL PENSAMIENTO ES UN AFECTO

Pour épater les bourgeois...

¿Cuántos afectos hay en Lacan?

Nos encontramos con el valor ejemplar del cogito cartesiano. Se trata de pensar la relación entre la angustia (aprehensión del objeto como perdido) y el momento en que el pensamiento pretende situar esa suerte de cero que se produce cuando el pienso es tomado como objeto. El afecto en su sentido etimológico: de afectar, perseguir, buscar alcanzar (cf. Bloch et Von Wartburg).

El orgasmo, en tanto angustia realizada, se sitúa en un extremo de esta idea.

L'envers de la psychanalyse

Éditions du Seuil, Paris, 1991, p. 176.

“La pensée n'est pas une catégorie. Je dirai presque que c'est une affect. Encore ne serait-ce pas pour dire que c'est le plus fondamental sous l'angle de l'affect.

Que d'affect, il n'y en ait qu'un, c'est ce qui constitue une certaine position, nouvelle à être introduite dans le monde...”

“El pensamiento no es una categoría. Diría casi que es un afecto. Aunque sólo fuera para decir que es el más fundamental desde la perspectiva del afecto.

Que sólo haya un afecto, es algo que constituye cierta posición, introducida como nueva en el mundo...” (p. 162, Paidós, 1992).

ENTREVISTAS PRELIMINARES

Estamos hoy en una Babel del psicoanálisis; y también en lo que concierne a las entrevistas y la idea que los analistas se hacen de ellas. El dispositivo del pase no arregló nada en lo que respecta a la transmisión. Quizá, incluso, empeoró un poco las cosas: ahora existen las entrevistas postanalíticas, el pase, el ultrapase, los efectos terapéuticos rápidos, etc. Estamos cómo antes, como siempre, o peor. Pero, ¡quizá no haga falta hablar de todo! Y nos podamos cernir a un tema aunque resten problemas de importancia mayor que el lacanismo no alcanzó a resolver.

Si las entrevistas son preliminares, partamos del abecé, es porque anteceden a la asociación libre. Se caracterizan por eso. No acuerdo con lo que dicen algunos autores. Michel Silvestre por ejemplo afirma que se trata de saber dónde va a meter los pies el analista. En tal caso, el paciente ya estaría en análisis, o bien se puede hablar desde afuera de la experiencia analítica.

Si se ubican las entrevistas preliminares en relación a la demanda, se topa con la idea de que al principio del tratamiento está la transferencia y no la demanda (aun la de análisis). Cf. *Proposition*.

Por esto, parece sensato ubicar las entrevistas preliminares en relación con la cuestión del síntoma (ajena por completa a *Proposición* y por buenas razones). Esto hace *pendant* con la entrada en análisis (el paso al diván y la comunicación de la regla fundamental). En la asociación libre se tiende a producir al sujeto como significante elidido, por su parte el síntoma desplaza al sujeto. Hay razón para jugar con el equilibrio de los términos.

Los síntomas neotransferenciales y la precipitación sintomática consecutiva a la entrada en análisis parecen ir en esta dirección y corroborarla.

FRAGMENTO DE NUEVAS LECCIONES INTRODUCTORIAS AL PSICOANÁLISIS*

En el superyó freudiano, desde el punto de vista del niño o del paciente en análisis, se saltea una generación. Desde un punto de vista más amplio, el superyó liga con la sucesión de las generaciones hasta llegar al asesinato del padre y el origen de la ley. Freud consigue, asimismo, explicar el carácter de mandato verbal, de frase aislada, con el que irrumpen la conciencia moral.

“De este modo, el superyó del niño no es construido, en realidad, conforme al modelo de los padres mismos, sino al del superyó parental; recibe el mismo contenido, pasando a ser el substrato de la tradición de todas las valoraciones permanentes que por tal camino se han transmitido a través de las generaciones.”

Para ampliar esta idea:

—*Tótem y tabú*, como resulta obvio.

—*El cierre del congreso de psicosis infantil*, de Lacan. Recopilado en *Otros escritos* con el título *Alocución sobre las psicosis del niño*, pp. 381-391, y esp p. 382: “(La pertinente observación del doctor Cooper) para obtener un niño psicótico es necesario el trabajo de al menos de dos generaciones, siendo él mismo el fruto en la tercera.”

—Guy Rosolato, *Tres generaciones de hombres en el mito religioso y la genealogía*, en *Ensayos sobre lo simbólico*, Anagrama, Barcelona, 1974, pp. 66-108.

—Para la relación entre *Untergang* del Edipo, superyó y plus de gozar, cf. *Conferencia de Lacan en la Escuela Belga de Psicoanálisis*, 14 de octubre de 1972.

—La relación entre superyó, neurosis obsesiva femenina y adicción sexual, cf. en *Zappings*, Carlos Faig, Ricardo Vergara ed., Bs. As., 2013, *Descripción sobre las mal llamadas “putas de Internet”*, pp. 43-56.

* Sigmund Freud, *Obras Completas*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1973, p. 3138.

LA OTRA ESCENA

La estructura, entre otras posibilidades, puede ser abierta o cerrada, o aun continua o discontinua. Se puede, por ejemplo, plantear la estructura (o la cadena significante) como un saber cerrado. Sabemos que esto ya se ensayó (cf., los primeros textos de Serge Leclaire). Asimismo, se puede trabajar con una estructura agujereada (cf., sobre todo, la enseñanza de Lacan). Es el caso del significante de la falta del Otro. No es un verdadero matema, nos decía Lacan. Es el magma del cual surge el matema. Así, la estructura puede abrirse a lo excluido y mostrarse discontinua. Pero no puede ser tragada por lo que ella misma excluye. Por definición, se negaría como tal.

En algún momento –y si la suerte nos acompaña–, nos encontramos con lo que decimos. En tal caso, no hay origen. Todo se invierte, como ocurre con frecuencia en el sueño. Pensemos en una línea en el espacio, una recta, o mejor, el corte de una recta, un segmento. Parece llevar una dirección, estar orientado. Pero se da vuelta. La falta de origen, el fondo sin fondo, y la escena que nos captura son la misma cosa. No hacemos ya pie con nuestro personaje. Y lo sabemos, entonces, una formación del inconsciente. Un sueño despierto. Esto reivindica al falso self que todos somos como verdadero. Pero, sobre todo, reivindica a la otra escena sobre la que tanto insistió Freud.

Quizá con el tiempo el psicoanálisis devino un poco pacato.

EL NOMBRE DE FREUD

Puedo nombrar algo. Cualquier cosa. Y, luego, preguntarme cómo se llamaba antes de que lo nombrara. ¿Cuál era el nombre que tenía antes de tener uno? Asimismo, puedo medir cualquier objeto y preguntarme, una vez medido, cuánto medía antes de que lo midiera.

En algunos textos de Lacan, la Cosa gira en esos términos. Por eso, la represión secundaria del Falo viene a designarla (cf. *Écrits*, Seuil, París, 1966, p. 693). Aquello que no puede decirse resulta recubierto por lo no dicho. En cambio, si el Falo se reprimiera originariamente o bien si el significante reprimiera al goce todo sería diferente. Si el goce resultara reprimido es obvio que no podría sostenerse que el inconsciente se halla estructurado como un lenguaje. Si el Falo fuera del orden de lo reprimido originario la pregunta sería retórica (el Falo es un significante).

A lo real del sexo le sigue \$. El sujeto, recordemos, no es más que un significante elidido, tachado, como su grafía lo indica claramente. Esta elisión del sujeto, como sabemos, es correlativa de la división entre cuerpo y goce. A un primer corte sobre el organismo, que constituye a la zona erógena, le sigue \$ (y a continuación todo el sistema identificatorio), que viene a instalarse en relación con ella. La suposición del sujeto frente a la imposibilidad de la diáda sexual es contemporánea de este movimiento. Dos faltas, para decirlo como Lacan, convergen.

La escala invertida de la ley del deseo se impone (cf. *Écrits*, p. 827) y el goce no puede tratarse *independientemente* de ella. Son las dos caras de una moneda, incluso una cinta de Moebius. La regresión del goce progresiva en la vía del deseo.

La teoría de la represión en Lacan es discontinua, y se opone a la continuidad de la teoría freudiana en este punto preciso (por mucho que se piense lo reprimido originario como un agujero). El freudolacanismo resulta una vez más refutado. Lacan, en efecto, presenta dos niveles para situar la cuestión: imposibilidad y prohibición (o represión, si se prefiere). (Cf. para ampliar este punto, mi artículo *Toponimias clínicas*, en *Ensayos III*, Ricardo Vergara ed., Bs. As., 2014, p. 72, nota 3.)

La constitución aprés coup del campo del goce lo determina como un deber ser, puesto que carece de estatus ontológico. Al constituirse retroactivamente, como imposible, queda indicado que (en cualquiera de sus especies) no es accesible más que por el plus de gozar (castración, deseo). La cuestión ética se identifica con la castración.

El goce no es un concepto freudiano.

LA PÉRDIDA DE GOCE Y LA TÉCNICA

Si el sujeto cede goce, se representa (es la función del objeto en el fantasma), por tanto se produce resistencia. Una primera consecuencia de esta técnica es justamente, entonces, producir resistencia. Pero esta resistencia se produce en una vía aún más inmediata: ¿por qué alguien se analizaría para abandonar sus posesiones de goce?

Si consideramos que el goce se encuentra forcluido y que todo el horizonte de un análisis refiere al plus de gozar, ceder goce de una tal forma, si es que esto resulta posible y supongamos que sí, lo positiviza. Luego, un tal corte de manga a la castración puede remitir tanto al órgano real como a la masturbación: consecuencias seguramente indeseadas.

En las primeras charlas de una pareja que se está formando suele preguntarse: ¿cómo venís? Y, a continuación, exigir que el partenaire termine sus cosas pendientes. La exigencia de cesión de goce va en esa misma dirección para que se constituya una “pareja analítica”. Por sí mismo este hecho no hace problema. Pero es obvio que hace falta interpretarlo.

Otro ángulo. Sabiendo que la pérdida se ubica en el intervalo que deja la imposibilidad del significante de significarse a sí mismo, se sigue que la transferencia cursa mediante la asociación libre y no por vía de una técnica intervencionista y más o menos superyoica.

En definitiva, en toda esta técnica y la reflexión que le sigue resulta mal ubicada la función del plus de gozar. No hay otro goce al que apunte un análisis. Todo su horizonte se halla en aquel plus. Correlativamente, la cuestión fálica es la referencia necesaria de la interpretación (hace agujero en la cadena).

Actualmente nos vemos con el ultrapase, el aspecto real y de goce del síntoma, el “así sea” del síntoma (un síntoma amenizado). Estamos ante el revés del mismo error y esto evidencia el fracaso de la técnica anterior. Se intentó perder algo, ahora se pretende recuperar. Un balance histórico, quizá.

LA FÁBULA DEL GOCE

La teoría de la pérdida y recuperación de goce es un tanto burda –la de acotar o limitar el goce del paciente, en general–, y se emparenta con un abordaje insuficiente del concepto de pulsión. En el nivel en que se sitúa esta reflexión no cabe distinguir entre pérdida y recuperación puesto que estos movimientos se producen de una sola vez. Si se los distingue es porque es preciso subrayar que la castración se opera en la pérdida de goce; y, por tanto, se unifican rápida e incorrectamente dos pérdidas de una naturaleza diferente: la del hablante y la del ser sexuado. Se esquiva así la castración, para decirlo directamente. Y para decirlo de otra manera, la idea es que se coge con la palabra. Seta flexión incorrecta produce una serie de corrimientos muy visibles.

Es de importancia, por ejemplo, que se señale tanto que el objeto debe ubicarse en relación al deseo del Otro mediante una maniobra del analista que no debe aparecer completo (y superyoico). La regla de abstinencia bastaría por sí sola para que el analista (que no tiene que hacer nada para ser sexuado) se sitúe en falta. Asimismo, la teoría de la distinción entre el objeto (a) imaginario y el (a) real se produce a partir del mismo corrimiento: el objeto es nada como pérdida de goce y semblant en la recuperación (el plus de gozar). Esta distribución deja sin lugar a la menos fi (-φ), al objeto (a) en tanto falta a nivel copulatorio.

En una línea de menor importancia, que se sostenga que no hay fantasma en la psicosis responde al mismo embarazo, y otro tanto ocurre con la idea de que el obsesivo ataca al analista en tanto objeto (a). Lacan siempre sostuvo que el obsesivo “ataca” al analista por confundir la imagen especular con el (a), de donde es posible distinguirlo de un verdadero sádico.

La pérdida de goce, decía Lacan, es una fábula freudiana.

Si se reflexiona el escrito Del “Trieb” de Freud y del deseo del psicoanalista, se ve que la pulsión no puede separarse, y por buenas razones, del deseo del analista. El deseo y la pulsión son cuestiones ligadas. La pulsión responde por la inexistencia del goce, tanto como el sujeto supuesto saber responde por la inexistencia de la verdad.

El movimiento de pérdida y recuperación del (a) –según el modelo del objeto perdido en Freud– se sitúa, y ese es el problema y el error, en el plano de la existencia; el objeto estuvo, y motiva una búsqueda nostálgica.

De allí la idea de Lacan de que las pulsiones son mitológicas: mitologizan lo real. En efecto, la pulsión –por mucho que remita a un trabajo de recorte y restauración del objeto en el campo del Otro– es el montaje de la castración.

La pulsión, que despierta ocasionalmente vocaciones de cura, surge con la pregunta: ¿quién se satisface? Y consiste en la retroposición del goce.

Se ve entonces que la pérdida asigna un propietario ilusorio e impotente a la imposibilidad de goce; ni la Cosa se confunde con el objeto ni el goce puede reclamarse en una oficina de objeto perdidos.

UNA PARTITURA SIN NOTAS O LA FALTA DE ANÁLISIS

Lacan prefiere un discurso sin palabras. La técnica del corte y el objeto-analista, pétreo, acompañan la práctica. Los contenidos desaparecen. El resultado del análisis, el que se pretende, es la estructura misma. El rechazo del sexo deviene agujero de la estructura y se identifica con ella, constituye su imposibilidad de base¹. De todo esto, entonces, resulta la *falta de análisis*, característica propia del lacanismo. Por eso, que *Proposición* no aborde el síntoma ni lo mencione no debe sorprendernos. Ni tampoco que no se halle allí el “medio juego”².

La problemática inicial ajustó el modelo estructuralista³, extrapolado al psicoanálisis. Para eso fue necesario perforar la estructura: el sujeto⁴. Hacia el seminario XV, se llega a una sofisticación de estos modelos que hemos exemplificado en otro lugar con *Las estaciones* de Arcimboldo. El grupo combinatorio, vía el complejo de castración, muestra que el sexo, el contorno vacío del cuadro, sólo insinuado, se halla forcluido y suplantado.

La partitura carece de notas. La fórmula ha tomado el lugar del ejercicio que permitía resolver la ecuación analítica⁵.

Notas

- 1.- La herencia del estructuralismo en la enseñanza de Lacan es la imposibilidad. Por ejemplo, la relación sexual, la posición del psicoanalista, el así llamado fantasma fundamental, etc. La primera tesis del Seminario es solidaria del estructuralismo y es la marca quizá mayor de la importación al psicoanálisis de sus modelos. La segunda, en cambio, se orienta hacia la especificidad que toma la estructura en la obra de Lacan. Esta vía nos conduce, más lejos, a una concepción de la lengua muy diferente de aquella de la que se había partido: la lengua es otro nombre de la pulsión.
- 2.- De allí el aspecto “macro” de la teoría, la macrotransferencia (como le llamamos en otro sitio) que impide un trabajo puntual y localizado, diario. La conexión entre fantasma y transferencia lleva a un automatismo que obliga a no interpretarla. La teoría justifica la técnica, teoría y técnica convergen y son coherentes, y nos hallamos frente al huevo y la gallina. El deseo del analista, la no-relación y otros conceptos advienen como resultado de esta elisión sistemática de la transferencia que produce un núcleo real. Entendámonos. No se trata de que estos efectos no se produzcan. Y ese justamente es el problema. Se producen. Pero son causados por una técnica, y entonces conviene preguntarse si son los efectos más deseables y convenientes que el análisis puede producir.
- 3.- El notable forzamiento del material de Juanito en el seminario IV ilustra el precio de aquel ajuste. El daño que esto produjo en el abordaje del análisis de niños todavía persiste.
- 4.- El estructuralismo importado sin más al psicoanálisis no resultaría útil. Para dar cuenta del deseo es necesario que haya en algún punto un desfase, un agujero, una falta. Una de las primeras formas que toma ese desfase es la barra entre significante y significado. Si los dos órdenes fueran biunívocos no habría lugar ni para el deseo ni para el sujeto. De ahí el estructuralismo intervalar, minimalista, de Lacan: se elige el corte, la falta de significante en el intervalo por sobre la oposición binaria (el Falo, el Otro como menos uno, etc.). Permítasenos asimismo consignar aquí que años después el fantasma resume la problemática estructuralista en Lacan de un modo que quizá sorprenda. Bajo la forma de “i”, por ejemplo, remite a la fórmula canónica del mito en Lévi-Strauss: la circularidad entre el uno y la serie. Hasta allí llega el mito individual del neurótico.
- 5.- La teoría, desde entonces, sufre una hipertrofia. La distancia a la práctica –y hasta cierto punto la falta de formación– muestra cierto aspecto caricaturesco de los desarrollos teóricos.

EL POR QUÉ DEL ACTO

Si hay acto, en lugar de hacer o representación, es porque en la cadena no se halla el S_2 , no figura el segundo término. Desde entonces, un significante se repite, se significa a sí mismo, o lo intenta, y gira sobre sí con el propósito, y sin más remedio, que producir un semblant. De ahí el carácter fallido del acto, su esencia de acto fallido. El saber no se produce. La representación escapa.

Así, el acto responde a la falta de significante. Por esto, existen dos campos privilegiados de aplicación: el sexo y el análisis. Si hubiera *du psychanalyste* no existiría el acto analítico (el analista sufre la condena de ser un eterno analizante); si hombre y mujer pudieran significarse como tales y encontrar su lugar en el símbolo, el acto sexual sería un hacer.

En otros términos, si no existiera el significante del Otro barrado –no es un matema verdadero, nos dijo Lacan– no habría acto ninguno.

La importación de la estructura al psicoanálisis exigió perforarla, producir la falta en algún punto para situar allí al sujeto. Si el acto, luego, responde a la castración, al límite impuesto al sexo, vemos que lo real termina por ser la última transformación de un apresurado comienzo estructuralista de Lacan. La extensión de aquella extrapolación, pasando por una nueva articulación del complejo de castración, lalengua, el enjambre que constituye el S_1 , lleva a lo real. De lo falso, se sabe, resultan consecuencias verdaderas. *Ex falso sequitur quodlibet*.

Una observación final. Por hipótesis (dado el S de A barrado), la cadena significante, o dos cadenas significantes (una de ellas inconsciente), no bastan para dar cuenta de la estructura: hace falta el recurso a dos escenas. De allí la cuestión de los registros y el nudo borromeano. Los últimos seminarios de Lacan vuelven tanto a la teoría de los registros como al concepto de estructura.

UN CORTE DE TÉCNICA LACANIANA

Voilà pourquoi votre fille est muette!
(proverbio citado por Lacan)

¿Qué produjo el lacanismo?

En la historia del psicoanálisis se ha visto que ciertas técnicas conducían a actuaciones, perversiones transitorias o simples interrupciones del tratamiento. Kris resultó paradigmático, representando a la Psicología del Yo, por el acting que nos cuenta en su caso de plagio. Ruth Lebovici merece asimismo ser destacada: su *Hombre del fly-tox*, si se nos permite expresarnos así, el caso de ese paciente que termina espiando en un cine hacia el baño de damas, a “la buena distancia del objeto”, marca una época de la técnica analítica. Recordemos la cuestión de la “paranoia postanalítica” y su vinculación con las formaciones imaginarias cuando toman el lugar de lo real; en parte esa técnica nos lleva al kleinismo, en general a la situación del psicoanálisis en los ’50. En esa lista de famosos y técnicas precarias y un tanto ridículas, *démodés* –lista que no queremos proseguir–, aún no figura Lacan, cuyo prestigio se mantiene más o menos intacto.

Si así están las cosas, anticipémonos: ¿qué produjo el estilete lacaniano aplicado a la sesión? El corte es el emblema y el instrumento de esta técnica. Sabemos de los problemas que trajo a Lacan con la Internacional. Conocemos menos sus efectos, en los que hoy estamos todavía relativamente sumergidos.

El objeto (a), cortado del discurso, señalado más allá de la significación, es el fundamento que encuentra la técnica de sesiones breves, aun cuando esto nunca se haya explicitado y no exista, por ejemplo, un seminario que se ocupe directamente del tema. En rigor, esta técnica antecede unos siete años a los primeros desarrollos sobre el (a); se remonta a principios de los cincuenta. La justificación de la sesión breve se halla en esa época en el concepto de puntuación. Hay que observar, entonces, que no es la invención o la idea del objeto (a) la que comporta una técnica. La clínica, la práctica precede a la teoría en contradicción abierta con algunos enunciados de Lacan. Además, la técnica se topa con el (a) de un modo, hasta cierto punto, accidental; al menos, se intuye que el encuentro podría no haber ocurrido, y esto le da un aire fortuito, contingente. Entre teoría y técnica –la técnica siempre fue un poco denostada por Lacan– las cosas nunca terminaran de componerse. En una entrevista de 1966 Lacan todavía pedía algunos años más para basar su práctica. Finalmente los tuvo, pero no parece que los haya usado para ese fin.

Recordemos, en tren de orientar nuestra crítica, una idea del seminario *La angustia*: el objeto (a) es un amboceptor. Esto quiere decir que se produce merced a dos cortes. Un corte separa al niño del seno, para tomar como ejemplo el objeto oral, otro corte separa al seno de la madre, en el que el objeto está emplacado, succionando el cuerpo materno. Por eso se explica que el lactante se separe del seno –se destete– como de algo que le pertenece.

Demos un paso más y extendamos la descripción que hacía Lacan del (a) hasta disolverlo en esos mismos cortes. El objeto es la coincidencia de dos cortes. El concepto de objeto (a), en nuestra óptica, puede entenderse como la superposición, el campo de coincidencia de dos marcas. Si trasladamos esto a otro terreno, más general, notamos que las marcas afectan a la lengua y la sexualidad. De una parte, el objeto es no representable, de otra se encuentra separado del cuerpo. Esto lo define y lo constituye. La lengua y el sexo, el cuerpo y la representación presentan marcas que convergen y producen lo que acostumbramos a denominar objeto (a). En la medida en que no hallamos nada positivo del lado del cuerpo (o de lo que está separado del cuerpo) ni del lado de la representación, y que ante todo se presentan faltas o pérdidas, nada impide que sustituyamos al

objeto por los cortes. El (a) no está en otro sitio y (salvo el sillón de analista) tampoco dispone de otro lugar donde estar. La situación sería otra si el objeto tuviera sustancia o representación: en ese caso la identificación con los cortes resultaría inapropiada. (Se ve, por otro lado, en qué consiste y de dónde procede la función homotópica del objeto (a) respecto de la castración: el falo no opera a pura pérdida –ni siquiera es separable del cuerpo– y no es meramente una falta.)

En el horizonte de esta sustitución conceptual se halla el axioma italiano, que aislamos en un artículo anterior: la idea de una circularidad entre las faltas que afectan al lenguaje y el sexo, entre la pérdida que atañe a la relación sexual y la estructura del lenguaje en tanto correlativa de la carencia de significante sexual.

La instalación del (a) en el Otro, movimiento que define a la transferencia, puede plantearse también, se lo ve fácilmente, como una superposición de marcas, y de allí la vinculación estrecha entre fantasma y transferencia. El correlato de esta instalación –permítasenos una digresión instructiva y que se atiene a los efectos del significante impar– es la figura de la madre fálica y, más atrás, el padre como portador del falo, como se decía hace unos años. En cierta forma, los conceptos del psicoanálisis se presentan por parejas, duplicados, en cuanto se advierte que lo que ocurre del lado de la lengua encuentra una equivalencia del lado del sexo, y viceversa (la transferencia encuentra su *pendant* en ciertas figuras edípicas, en nuestro ejemplo).

El análisis es concebible, para dar una imagen rápida, en función del deslizamiento de dos láminas agujereadas, una sobre otra. El objeto figura y cubre –insistimos en esto– la distancia inadvertida, que se halla plegada, entre un agujero y otro; permite el abrochamiento de esas faltas que deslizan. Como en el origen de la computación, se trata –en esta ilustración– de tarjetas perforadas. Pero estas tienen la particularidad de que disponen de una sola perforación; o bien, para el caso es lo mismo, muestran una tendencia a concentrar todas las perforaciones en una (en dos superpuestas).

Pasemos al dispositivo y la técnica, y traslademos nuevamente las marcas. Un corte se ubica del lado de la asociación libre (lengua) y otro del lado del analista (sexo, transferencia). Cuando se corta la sesión, sea o no arbitrario el momento que se elija, obviamente se detiene la asociación libre y se produce un más allá del discurso. La cadena significante resulta situada en su valor metonímico, y funciona desde entonces como una pantalla, un velo que indica el desprendimiento del objeto. Sobre esta cuestión existe, como ya señalamos, una fundamentación amplia. El corte se justifica porque supuestamente produce el objeto como metonimia, pero lo que se corta es el discurso: la asociación libre. *Se pierde la palabra en lugar del objeto.*

Si aceptamos este estado de cosas, ¿qué ocurre con la transferencia? No se ha vinculado con el proceso, aunque se produzca luego, porque se ha operado en función de un solo corte. Solo se ubica la perforación en una tarjeta –para seguir con nuestro ejemplo–, la otra queda librada a sí misma, por mucho que se la suponga (perforada). Esta suposición resulta obligada, ya que de otro modo ni siquiera estaríamos en el campo del psicoanálisis; y es lo que permite apreciar por qué costado el lacanismo se desliza a la psicoterapia: el trabajo analítico se ubica sólo del lado del analizante y la transferencia queda fuera de juego.

Es ese el problema más serio, y no tanto si el corte de la sesión resulta arbitrario. La arbitrariedad, si es cierto que el lenguaje apunta a su más allá, se corregiría a posteriori automáticamente.

Veámoslo desde otro ángulo e intentemos una suerte de demostración por el absurdo. Si la técnica del corte liga el lenguaje con el objeto, si el corte presentifica el peso propio de la transferencia y (uno de los costados) del (a), no hay modo de que falle. Cada vez que se hace exhibición del estilete, el objeto resulta alcanzado. Una técnica con esas características debió haber barrido hace tiempo el campo de las psicoterapias y las prácticas psicoanalíticas no lacanianas, porque su eficacia sería extrema y continua. La presentificación del inconsciente y su función en la formación de los síntomas, su conexión con la transferencia y la multitud de fantasías que habrían sido deducidas desde allí, constituirían datos abrumadores. Una técnica infalible y de fácil uso se hubiera impuesto en todos los frentes, y hace ya tiempo que habría cesado toda discusión a su

respecto. (Esta cuestión converge con otro problema: el lacanismo está poco capacitado para pensar y situar el hecho de que un análisis pueda ir mal.)

Asumiendo que un tratamiento navega entre dos marcas, ¿qué comporta reducirlo a una? Si se espera que la marca faltante advenga, habrá un efecto mesiánico o de militancia, según el grado de actividad que se imponga al asunto. El lugar de esa marca faltante quedará señalado por el futuro del psicoanálisis, la escuela, la transferencia de trabajo (así llamada), y, no lo olvidemos, el pase y su institución. Ese mañana esperado en el que las marcas van a resolverse constituye un nuevo “domingo de la vida”, para retomar la expresión de Raymond Queneau.

Lacan puede agregarse a la lista que mencionamos al inicio si se acepta que el esfuerzo transferencial por alcanzar y abastecer el corte sustraído hace perder la palabra al analizante. Hay una sola marca que se exige a sí misma valer por dos y, duplicándose o adquiriendo otra función, pretende tomar el lugar del objeto. En tanto falta el corte que introduce al (a) como intervalar, el discurso es aspirado por el agujero. Los elementos discretos que componen el lenguaje quedan equiparados –una suerte de composición de figura y fondo– a los intervalos que los separan.

El efecto más visible de la técnica lacaniana –contrariando las consignas que se hallan en el origen de la enseñanza y el proyecto teórico de Lacan: la escucha, el énfasis en el campo del lenguaje, etc.– es pues la pérdida de la palabra. Ciertamente, la primera asociación que se nos ocurre refiere que el lacanismo casi no produjo analistas que sostuvieran una palabra propia. Se ha caracterizado, por el contrario, por la repetición y la sumisión a un sistema cerrado de saber que en cuanto se anuncia se escabulle.

Hasta cierto punto, y por paradójico que resulte respecto de la renovación que Lacan introdujo y su vindicación del freudismo, el lacanismo produjo una expansión del campo de las psicoterapias analíticas.

Se impone ahora una pregunta ingenua: ¿por qué razón justamente aquel que inventó el concepto de objeto (a) lo utilizaría indebidamente?

Por un lado, en Lacan el tema del amboceptor y los cortes es una característica más del objeto. La simplificación –la escobilla que nos permitiría barrer el campo teórico– que proponemos aquí, y que se extiende a múltiples sectores de la teoría y no solamente a los desarrollos de *La angustia*, no existe en el Seminario.

Por otro lado, en la obra de Lacan siempre hay un importante automatismo transferencial en cuestión, aunque el concepto no termine de explicitarse claramente nunca. Llevado al extremo ese automatismo podría formularse como una ley del saber supuesto. Y hace juego, como vimos aquí, con una técnica también automática –al menos en cuanto a sus efectos– del corte.

Pero quizás lo más importante, en tercer lugar, se atiene al hecho de que el proceso que se da entre el (a) y los cortes no es reversible. Si se ajustan las marcas (si hay análisis y transferencia) se produce el objeto, así como cuando enfocamos el microscopio se produce en algún sitio virtual una imagen –y la imagen es de Freud–. Pero apuntar al (a) directamente no produce de forma necesaria una convergencia de cortes (produce un saber ectópico o en cortocircuito). Estaríamos en este último caso en una situación similar a la de aquel que toma la fórmula por el ejercicio, es decir, suprime el desarrollo imprescindible para resolver una ecuación, por ejemplo, y en su lugar presenta la regla que debería aplicarse. Si esta fue la vía de Lacan es porque quería ahorrarnos el trabajo.

TÉCNICA Y ESTRUCTURA

En un antiguo reportaje, Lacan pide tiempo para justificar el corte, la sesión breve. Tuvo desde aquella entrevista ocasión de hacerlo. El Seminario, sin embargo, no siguió en esa vía. En cierta forma, según creo, esto se debió a que la enseñanza de Lacan ya había abordado ese tema en casi todos sus rincones. Lo veremos rápidamente.

Una primera aproximación a la extrapolación del concepto de estructura al psicoanálisis muestra dos problemas. El primero de ellos consiste en adaptar la estructura, tal como era utilizada en lingüística o en antropología, al psicoanálisis. Para esto fue necesario hacerle lugar al deseo (lo hemos desarrollado en otro sitio). Un segundo problema hace a la inscripción y el status de la estructura. Si ya está allí, si la estructura es inmanente, por ejemplo, el modelo no sirve. Esta problemática es tan complicada de resolver como la anterior y se desarrolla en forma paralela. En efecto, la metáfora del sujeto y la metonimia del objeto permiten perforar la estructura y asimismo posibilitan que se la pueda temporalizar. La estructura debe ser escandida para no ubicarse ya allí, en cuyo caso contradeciría el despliegue transferencial. *El corte introduce al tiempo en la estructura*¹. También se trata, entonces, de una cuestión técnica. Lacan ya trabajaba con sesiones cortas cuando se encuentra con Lévi-Strauss y luego con Jacobson, aunque este encuentro con el estructuralismo de una u otra forma se veía venir².

Hasta *Proposición* (le sigue el grupo combinatorio del (a), pero no entraremos aquí en ese detalle), texto que se sabe recoge todos los desarrollos anteriores en 1967, y pasando por el grafo (el tipo de cruzamiento que presenta nos muestra que algo que está allí primero, viene después) una serie de maniobras teóricas se hacen necesarias para barrer con lo que ya está antes y amenaza la construcción. Citemos solo dos cuestiones: el Edipo, es una de ellas; la repetición, otra. Respecto de la primera cuestión, en el seminario III encontramos al Edipo como encarnación del significante. Luego vendrá la metáfora paterna, los tres tiempos del Edipo. La segunda cuestión queda resuelta en el seminario VIII: el elemento de creación de la transferencia la distingue de la repetición.

Pero si la estructura no es un ya allí es porque el corte al dejar al objeto al borde de la sesión y del discurso (la falta de significante de un lado, el objeto del otro) permite plantearla a posteriori. Desde entonces, debemos observar la estrecha relación entre la técnica que Lacan introduce y la teoría. Asimismo, y se trata de otro error, la transferencia deviene coextensiva del fantasma en el mismo movimiento.

No se trata tanto de observar el empobrecimiento de la práctica que la técnica del corte introdujo, ni de la suerte de vocación psicoterapéutica que acompañó a Lacan desde el inicio (hoy a la búsqueda de su acmé), como de señalar hasta qué punto insospechado moldeó a la teoría, hasta dónde se imbricó con ella. No era necesario justificarla.

Notas

- 1.- La topología lacaniana trabaja en la misma dirección. Cf. *La topología y el tiempo*, el seminario XXVI.
- 2.- Lacan adujo haber solo rozado el estructuralismo. No obstante, el uso del término fue constante en su enseñanza.

TESTIMONIOS DEL FILM

Supongamos que nos están filmando. Filman nuestra vida y no lo sabemos. O mejor, vamos al cine y nos encontramos de pronto subidos a la pantalla, sumergidos en ella y formando parte de la obra, actuando, perdidos en el film. Al final de la proyección se nos advierte que estuvimos dentro de una película. Una voz en off, casi familiar y detrás de nosotros, nos lo dice. Recuperados de la sorpresa, podemos preguntarnos qué papel jugamos. Y quizá podamos aproximar esa identificación, acertarla. No sería tan difícil ni tan raro. No obstante, a poco andar observamos que este conocimiento, esta interpretación, no afecta lo que ya se filmó. Un tal tipo de corte se desenvuelve, por completo y enteramente, en el plano del saber⁽¹⁾. Para tener alguna importancia y consecuencias, el planteo debió realizarse antes, durante el transcurso de la filmación. En tal caso, nos hallaríamos en condiciones de cambiar de personaje. Pero aunque no hiciéramos el esfuerzo, y decidíramos seguir en la misma vía, igualmente todo giraría, sería diferente. Se sabría que se juega un personaje –que incluso los personajes son varios, se multiplican–. Eso cambia todo. Al salir del cine, ya es tarde. Por esto, los testimonios de los que fueran inadvertidos actores, cuando los interrogamos al respecto, son esquivos, parclos, académicos, prefreudianos. Muestran, en el mejor de los casos, la insuficiencia del film así recortado⁽²⁾; o aun, no recortado.

Estuvimos soñando sueños y sentidos, y despertamos. Pero este sueño –al revés que en la teoría de Freud, agreguemos, debió interpretarse durante su transcurso–, ya no puede analizarse. Se despierta sin haberlo analizado. Y todo lo que desde entonces podamos decir de él solo suma en el activo del saber. Ya no puede modificar su transcurso.

Se obtiene así un “personaje fundamental” a fuerza de dar con una película unificada, y no salir del film, del sueño o del sentido. Pero nada indica, y sobre todo nada justifica, que se trate de una sola y única película. El film podría no ser tan continuo como parece, tan unánime como se nos presenta a primera vista. Podría tratarse de una superposición, un cut up, o aun un collage, de cortometrajes. Todo está en la técnica (de montaje). Entonces, ¿qué nos obliga en una película a no despertar hasta el final?⁽³⁾. ¿Qué exige que un análisis solo pueda pensarse desde su término y après coup? En principio, hay que decirlo, una cierta idea de la estructura.

Compliquemos un poco más esta historia. Puede darse el caso que el espectador y actor improvisado sienta deseos de contar la película. En tal supuesto, y en un ejercicio de ficción, admitamos que existen personas designadas socialmente a tal efecto: “oidores de films” (que a su vez, y se prefiere que así sea, han pasado o están en tren de pasar por una experiencia similar: ellos también han ido al cine, sueñan y viven inmersos en el sentido). ¿Qué ocurre entonces? El actor-spectador vuelve a retirarse del film. Por segunda vez toma distancia. Este desplazamiento corrige, se sobreagrega a la falta de movimiento a la que se vio sujeto durante la proyección⁽⁴⁾. Al volver a pasar, restituye un movimiento que debió ser y no fue, el que lo hubiera extraído del film y le hubiera posibilitado cambiar de posición⁽⁵⁾. Digámoslo directamente, se localiza una imposibilidad que bien podríamos aproximar a un deseo. Este deseo, como se ha podido ya intuir, transcurre en la “estructura del film”. Es un deseo no solo emparentado sino consustancial con esta estructura⁽⁶⁾.

Notas

1.- De ahí el ejemplo del transfinito, del álgebra, en Proposición (cf. Scilicet nº 1, París, Seuil, 1968, p. 21): todo ocurre como si se tratara de demostrar e indicar que el saber es quien padece. Por supuesto, esto concurre con el hecho de que la estructura legisla, por decirlo así, sobre objetos formales (aun cuando de ellos puedan deducirse imposibilidades).

2.- Al preguntarse qué pasó en un análisis, cuando llega su final, la cosa solo transcurre en el terreno del saber: las consecuencias son hasta cierto punto cauterizadas. Somos representados, y estamos jugados en la representación. Pero la identificación no se pierde fácilmente. No se refuta en un solo movimiento ni de un solo impulso. Y quizás lo que hemos llamado fantasma fundamental le da una unidad ficticia al movimiento de

análisis de diverso tipo de fantasías y etapas, movilizando asimismo diferentes identificaciones. El fantasma fundamental, si lo ponemos en otros términos, equivale a la identificación fundamental que sostenemos y padecemos en tanto estamos representados. Por eso, Proposición advierte sobre el hecho de que la identificación no puede sostenerse al final del análisis.

3.- El despertar se plantea un tanto dramáticamente porque no hay “salidas” durante la proyección. De ahí adquiere su importancia, al mismo tiempo que se deduce que es imposible.

4.- El pase corrige la falta de análisis. Aquello que no se movilizó durante el tratamiento es objeto de pase. Se pasa, pues, porque no hay, no hubo, desplazamiento. Por esto, para situar los desgarres de la teoría, el pase debe ser abandonado. No se puede sostenerlo y sostener a la vez una posición crítica respecto de la teoría de Lacan. La utilización de modelos provenientes de la topología, puede verse, hace al mismo problema. Las vueltas de la demanda sobre el toro y el giro de más que ciernen, por ejemplo, exigen un planteo estructural del análisis, una concepción que incluya la totalidad de su desarrollo. Por supuesto, algo similar ocurre con la estructura: no hay estructuras parciales (un poco de estructura de un lado y de otro no). Además, si el sexo y la interpretación no son formalizables –Lacan dixit– nos vemos llevados obligadamente a una teoría del acto (que corrige los deslizamientos). El acto analítico se impone en razón de la óptica macroscópica que adopta Lacan. En el acto se trata mucho menos de un hallazgo, de una elaboración teórica, que de una exigencia que se produce en función de la perspectiva que adopta el Seminario. Inicialmente, es en razón de un planteo formal (extraer el (a) como letra, el SSS como construcción après coup, etc.) y en función de un programa “estructuralista” –por muy sofisticado que se lo quiera y enrarecido que esté– que toda esta problemática se presenta.

5.- Nos vemos frente a una cuestión técnica: la no interpretación sistemática de la transferencia termina por consolidar el deseo del analista y el núcleo real al que se apunta. A fuerza de “perelaborarlo”, esquivándolo una y otra vez, se lo produce y consolida (casi podría decirse como un negativo). Por otra parte y concomitantemente, el “fenómeno elemental”, que hace a todo este movimiento y lo repite, es, lo hemos dicho en otro lado, el corte de la sesión.

6.- Hay que recordar, por obvio que resulte, que la teoría tiene por objeto el final del análisis y no el pase. Este último no es más que un dispositivo. Por tanto, no puede ser “falso”. Se abre a una suerte de encuesta universal, y solo queda juzgarlo por los resultados. La crítica debe focalizarse, pues, en lo que hay de incorrecto en la teoría del final del análisis que propone Lacan. Recordemos el criterio de pase de la Maison de la Chimie: aquello que Lacan buscaba, hacia el final de la experiencia del pase en la EFP, es que alguien le dijera cuál era el truco para disolver el síntoma y cómo lo había aprehendido. ¿Existe algún testimonio? Treinta y tantos años después de que Lacan enunciara ese criterio no parece haberlos. Un tal testimonio nos situaría más allá del bla bla sobre el deseo y el SSS. El criterio, en esas Conclusiones, se vuelve práctico. La enseñanza en las instituciones conservó un dispositivo que Lacan ya había desechado cuando disuelve la École. Si el pase aislará algo cierto debería producir resultados más contundentes. Algo similar puede decirse de la técnica del corte. Debió barrer con otras técnicas si su grado de eficacia fuera tan alto como se pretende. Sin interpretación –y el corte podemos aducir tiende a eliminarla o minimizarla– no hay formación. No necesariamente hablamos aquí de la interpretación de la transferencia. La aprehensión de la posición transferencial puede usarse para construir el más diverso tipo de fantasías. Recordemos por último el sector de Conclusiones al que aludimos antes: “Debo decir que en el pase nada testimonia que el sujeto sepa curar una neurosis. Siempre aguardo que algo me esclarezca al respecto. Quisiera saber de alguien (...) que sea capaz de hacer más que el parloteo ordinario” (J. Lacan, Lettres de l’École freudienne de París, nº 25, vol. II, París, junio de 1979, p. 220).

DIFERENCIA EN CUESTIÓN

Aceptemos que a partir de un agujero, ligado a lo real o incluso a la pulsión, se instala el sujeto, un significante elidido se inscribe allí, y que luego siguen las identificaciones, y en especial el fantasma.

No-relación → sujeto → identificaciones

Ubiquemos ahora este esquema sobre un plano proyectivo, homologando las identificaciones con el (a), y por tanto obteniendo el fantasma(1), a saber, cierto tipo de marca.



El pasaje entre la indeterminación pulsional del objeto (al menos una de las formas de la no-relación) y la realidad de la diferencia sexual (o las diferencias) nos muestra que la marca tiene alcance sobre lo real. Considerando, además, que lo real es fragmentario (puede mutar), y que el sentido suple a la no-relación, debemos admitir que estos niveles no pueden resolverse dándoles un estatuto independiente.

Así, tanto las nuevas sexualidades como la cuestión de género interesan al psicoanálisis.

Queda por decidir si es posible que un nivel jurídico político funcione aislado de la infraestructura, para decirlo en términos de Marx. O, de otro modo, si existen marcas de segundo grado, que sólo duplican o simbolizan a las primarias, “verdaderas”, únicas atinentes al sexo y con eficacia sobre él.

¿Se puede legislar el sexo? ¿Se puede imponer un cambio en lo real a partir de convenciones sociales? ¿O nos hallamos frente a *gadgets*?

Notas

1.- El fantasma no comporta identificación sexual. No determina la posición sexuada del sujeto. Si ocurriera de otra forma, las fórmulas de la sexuación no habrían sido objeto del Seminario. Recordemos, asimismo, el texto de Freud, *Fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad*, donde el agujero del sexo se hace patente. Las fantasías de violación, prostitución indican que la sexualidad es un hecho exterior a la subjetividad; de modo similar, la escena primaria dispara, en varios desarrollos freudianos, la sexualidad.

LACAN Y LAS CARICATURAS

La interpretación, y la interpretación de la transferencia –en relación sobre todo con la detección de fantasías inconscientes– y en menor medida el corte de la sesión –hasta Lacan–, la construcción, la supervisión (si se quiere sumarla) constituyen buena parte del arsenal existente de la técnica analítica. De *Die Traumdeutung* pueden extraerse una gran cantidad de reglas técnicas. Han dejado de usarse hace años. El análisis de los sueños viró tempranamente hacia la transferencia. Desde entonces casi no fueron retomadas. La contratransferencia, su ubicación e interpretación, constituye otro ítem de la técnica analítica. Y con ella está más o menos completo el cuadro.

Si de estos cinco o seis rasgos amplificamos uno, siguiendo el procedimiento utilizado para obtener una caricatura (por ejemplo, ojos o nariz enormes, en un rostro; las piernas larguísima en una figura), vemos aparecer distintas escuelas. En Freud el recorte y la exageración del simbolismo resultan de la utilización más o menos constante de una técnica mixta que combina la interpretación por clave fija con la asociación libre y los juegos significantes. De ahí la caricatura tan frecuente del freudismo en relación con los símbolos sexuales. Un freudiano es un analista obsesionado, apasionado por el símbolo.

El kleinismo, por su lado, encuentra su retrato caricaturesco en la rápida interpretación de la contratransferencia. Y esta lista podría proseguirse con la psicología del yo, la escuela francesa de relaciones de objeto, el análisis del Self, Winnicott, etc.(1)

El lacanismo exagera la importancia del corte de la sesión y acorta su tiempo. Así obtiene el rasgo que lo caricaturiza. También en la teoría se privilegia el corte: el intervalo significante se impone a la oposición. El efecto del dibujo se extiende sobre los desarrollos teóricos: la no-relación sexual, el deseo del analista, la salida de concurso en el tratamiento de la pulsión, etc.(2)

Heredamos de Lacan una teoría estrambótica cruzada de chispazos de genialidad. El resultado fue ciertamente seductor y produjo amor y una gran idealización(3).

Más lejos, Freud ya mostraba cierta cosa bizarra. No hay más que pensar en *Tótem y tabú* para situarla: suerte de bricolaje sobre objetos heteróclitos.

Notas

- 1.- No es nada seguro que la técnica analítica vaya a encontrar su equilibrio con el tiempo. Puede que tanto como la teoría siempre asiente mal.
- 2.- La no-relación se presenta en razón de que la caída de la transferencia se produce únicamente como final de análisis. Si tomamos al partenaire sexual como Otro, se ve por qué. El deseo del analista resulta de la elisión sistemática de la transferencia (que en buen lacanismo no debe interpretarse –a riesgo de producir un acting, se nos dice–). Esta elisión produce asimismo un “real lacaniano”. La cuestión de que la pulsión pueda abordarse una vez liquidada la transferencia deviene de la conexión automática entre transferencia y fantasma (un punto álgido del estructuralismo de Lacan). Observemos, además, que esto desexualiza el proceso analítico. De donde otro rasgo del lacanismo un poco menos notable: su asepsia, ligada a una reflexión con frecuencia más epistemológica que analítica. No debe entenderse que sostengamos que todo esto esté mal y sea incorrecto. Es solo una forma precaria de trabajar que presenta efectos tan necesarios como innegables.
- 3.- Se entenderá que el problema que enfrentamos no es el postlacanismo: se halla en primer lugar y sobre todo en Lacan. Por ejemplo, la constante utilización de analogías para revisar y releer la clínica (cf., los casos citados en el Seminario de Bouvet, Lebovici, Ella Sharpe, Pearl King, etc.) contrasta por completo con “la escucha” y la lógica del significante. La altísima sofisticación de la teoría de Lacan cortocircuita abruptamente en un uso de la teoría como función narrativa.

EXTRAPOLACIÓN

FRAGMENTO DEL SEMINARIO XXV, LE MOMENT DE CONCLURE

(En *Ornicar?* 19, París, 1979, p. 9.)

“L’hypothèse que l’inconscient soit une extrapolation n’est pas absurde. C’est pourquoi Freud a eu recours à ce qu’on appelle la pulsion.”

“La hipótesis de que el inconsciente sea una extrapolación no es absurda. Debido a esto, Freud recurrió a lo que se llama pulsión.”

La extrapolación

Si descartamos la acepción matemática de “extrapolación” (inferencia, por ejemplo), la segunda acepción remite a “descontextualizar”, a saber, aplicar un término tomado de un contexto conocido sobre un campo que se investiga. El riesgo, entonces, es reducir lo desconocido a lo conocido; o bien, que el campo en cuestión sobre el que se aplica la extrapolación pierda su sustancia propia. En cualquiera de estos casos, pero sobre todo si la dirección va de lo desconocido a lo conocido, ya no pueden extraerse consecuencias.

El alcance que esto tiene sobre el psicoanálisis es inmediato: se conoce la dificultad que ha sufrido desde siempre la teoría analítica para darse modelos propios. Caemos entonces en la cuenta de que Lacan tampoco produjo modelos (en el sentido más amplio) propios del psicoanálisis. El Seminario parte del estructuralismo y termina con la teoría matemática de los nudos. En el transcurso de este recorrido hallamos a la topología combinatoria, y tampoco se ve por qué razón el inconsciente (la identificación, la pulsión, etc.) tendría que seguir sus leyes. Esta justificación no se encuentra en el Seminario.

NO-RELACIÓN Y TÉCNICA

La identificación del Otro con el partenaire sexual, si la caída del Otro sólo se produce al final del análisis, implica que no hay relación sexual. Al esquivar sistemáticamente la interpretación de la transferencia (y no usarla tampoco para interpretar indirectamente fantasías) se produce un núcleo real. La no-relación resulta ante todo de una modalidad técnica.

Si sumamos a esto la búsqueda de un real propio del psicoanálisis, en una vía similar a la de Koyré (lo real es lo imposible, decía este historiador de la ciencia) y el proyecto estructuralista que cubre los primeros veinte años de Seminario (y del que resulta la homologación, el recubrimiento de la transferencia y el fantasma) obtenemos la segunda tesis de Lacan¹.

No se trata tanto de criticar esta tesis sino de situarla como resultado de una forma de trabajo. Se objetará que es quizás la mejor manera de trabajar, o que el corte conlleva una gran eficacia. Pero el horizonte teórico y técnico de Lacan conducía al pase. Y fracasó. Si pensamos que Lacan buscaba en los testimonios el truco que permitía disolver el síntoma, debemos observar que no halló ninguno. Algo funcionó mal, o estuvo desde siempre mal planteado.

La desexualización es otro efecto de esta técnica, tanto de la teoría como de la práctica. Y esto porque la posición del analista no se toma para relanzar el proceso, no se interpretan ni se construyen fantasías alrededor de ella. En la medida en que la transferencia deviene continua, por aquella misma razón, la cuestión se dificulta aún más.

La estigmatización de la interpretación de la transferencia forma parte del catecismo lacaniano. La mira es ciertamente estrecha. Convengamos que entre el agua y el alcohol hay muchas bebidas. Podría no interpretarse la transferencia y usarse para realizar una construcción, una deducción sobre la escena primaria, por ejemplo. Pero, es obvio decirlo, en el lacanismo esto no existe. Resulta por completo desconocido.

¿Qué ocurre en el tratamiento y en la incidencia en él de la sexualidad si se interpreta o se retoma de algún modo la transferencia? Las caídas parciales cambian todo, lo hemos dicho en otro sitio. La pulsión debe considerarse de otro modo, el deseo del analista pierde privilegios, no hay fantasma fundamental ni se atraviesa nada, el pase viene a corregir a su turno la falta de análisis, etc. Y la relación sexual deviene en todo caso discreta, plural, pero no existente².

Notas

1.- La primera tesis fue perdiendo terreno hasta diluirse. De la virulencia inicial que rodeó su discusión (la metáfora y la metonimia en relación con la condensación y el desplazamiento freudianos, por ejemplo) se pasó a un inconsciente estructurado como los conjuntos y a la lengua como pulsional. Con esto último la discusión se alejó de toda cuestión atinente a la lingüística.

2.- La no-relación sexual y el pase hacen al nervio de la creencia lacaniana. Pero, ¿qué es lo que finalmente defiende el lacanismo? Respecto de la posición en la que examinamos aquí la enseñanza de Lacan, casi toda la teoría deviene “superestructura”: la topología, el estructuralismo, etc. Quizá Lacan no imaginó que sus conceptos y su obra iban a cobrar tanto peso, al punto de hacerse casi excluyentes. La situación cambia cuando ninguna otra práctica hace de límite y nadie objeta. Quizá un buen día despertó perezoso e ideó las sesiones cortas. Y, luego, las sostuvo con la obstinación que se le conocía durante treinta años.

OFICIO DE LA FALTA

Quizá la literatura analítica no sea sólo una inversión del deseo del analista, como quería Lacan en *Proposition*. La extensión deniega la intención, y la producción analítica merece, desde entonces, examinarse desde allí: una revista de revistas, tarea de la Escuela (que nunca se realizó). Esto formaba parte del proyecto inicial del '67. No obstante, también y simplemente podría tratarse de algo de otro orden, de una naturaleza diferente. Y esto es aún peor.

Aludimos aquí, como se habrá intuido, al *saber* y el *saber hacer*. El giro que se produce cuando Lacan adhiere a la enseñanza universitaria del psicoanálisis autoriza ese controvertido pasaje al saber, que había sido recusado. El prólogo al *Lacan* de Anika Rifflet-Lemaire lo refutaba. Unos años después el psicoanálisis vuelve al viejo carril. Ya no se tratará de que “para aquel que articuló el significante de la falta del Otro no hay ninguna formación que hacer”.

Si nadie se cura leyendo psicoanálisis, es más que probable que tampoco se forme en los textos. En ese sentido, y en muchos aspectos, el rigor de la teoría no es más que un envase engañoso. Y las instituciones analíticas no se distinguen demasiado de la universidad.

Perrier sostuvo que al psicoanálisis le faltó la música. Pensaba, según creo, en el pentagrama. En la convergencia en planos diversos de una falta. El giro de Vincennes borró al analista como falta: la que encontrábamos en el cuadrante vacío de Pierce. El oficio devino profesión.

En todo caso, el Seminario también pertenece a la extensión, por tanto deniega del deseo del analista, y habla entonces de otra cosa. De un tema que se inspira en el psicoanálisis, se le parece, y hasta se confunde con él.

Podemos concebir un libro que enseñe a andar en bicicleta. Veintisiete libros. Por cierto, nada fáciles de escribir. La descripción requiere de una gran técnica literaria, de difíciles ejercicios de estilo

¿Existe algún ciclista así formado?

Admitamos, para concluir, que ocasionalmente el grado de acierto entre la descripción y la acción que se relata y examina sorprende. Pero los órdenes no dejan de estar muy alejados. Son heterogéneos.

PROBLEMAS CON EL OBJETO

Si nos preguntamos por qué razón el objeto (a) es falta inmediatamente caemos en la cuenta de que su origen se encuentra en la detención de la cadena significante, o, en otros términos, en el corte de la sesión (de la asociación libre). Un ejemplo: una serie que vemos por televisión termina uno de sus capítulos con la heroína atada sobre una mesa de carpintería y una sierra que avanza hacia ella. ¿La serruchan?

En el ejemplo, la lectura del coito basada en la falta que produce la interrupción abrupta de la cadena significante hace al aspecto técnico del objeto (a), es decir, a su valor como letra: se ofrece a una lectura¹.

Un ejemplo que Lacan había tomado prestado: ¿cuál es el número entero positivo más pequeño que *no* está escrito en la serie 1, 2, 3...? El número 4 falta pero puede leerse.

No obstante, ¿por qué se trata de un objeto y no de un significante? Si se tratara de un significante faltante nos veríamos obligados a interpretar. Luego, esto anularía el corte. Y este corte es precisamente lo que se busca justificar.

Así, entre una sesión y otra, el trabajo queda a cargo del paciente. El primer problema que esto plantea es que, según el grado de eficacia que concedamos al corte, se sustituye y casi excluye el trabajo del analista y la interpretación. La técnica se empobrece.

Resumiendo: el corte de la sesión, en esta mira, es el objeto (a). Los primeros seminarios, en especial el IV, el V y el VI, son el resultado más o menos directo de la técnica que Lacan emplea.

Un segundo problema se presenta cuando las especies del (a) se reducen a cinco. La aprehensión de fantasías inconscientes sufre una reducción extrema al trasladar sobre ellas este enfoque pulsional. Puede aceptarse que existe “una unidad topológica de las *béances* en juego”², como leemos en el seminario XI. Pero, aun así, no tienen el mismo estatuto. El material en el plano de la fantasía podría ser de un orden, y el pulsional ir para otro lado. Una gran producción de temas uretrales podría estar ligada a una retención anal. La satisfacción en juego no coincide necesariamente con las formas que se presentan en el material, aunque haya siempre una superposición entre uno y otro ámbito.

Con la falta ligada a la pérdida y un planteo de la transferencia como coextensiva del fantasma (otra herencia del estructuralismo) la interpretación de fantasías inconscientes se ve prácticamente imposibilitada. El empobrecimiento se produce ahora sobre la multitud de fantasías que se presentan en la clínica.

Notas

1.- Señalemos, en una rapidísima caracterización de la enseñanza de Lacan y su proyecto teórico, la convergencia de la sesión corta, o simplemente del corte de la sesión, con el estructuralismo. En efecto, Lacan no privilegia la oposición significante sino el intervalo del binarismo. Esto lleva rápidamente al significante de la falta del Otro. El estructuralismo le viene a Lacan como anillo al dedo.

2.- *Les quatre concepts fondamentaux de la psychanalyse*, J. Lacan, París, Seuil, 1973, p. 165. Cf., para la misma cuestión, pp. 186 y 194-195, p.e.

OTRO PROBLEMA CON EL OBJETO

En *Lettres* (nº 9, París, 1972, p. 450) leemos la siguiente reflexión de Lacan: “Me parece imposible articular el objeto (a) sin esta referencia (a menos fi, donde se halla toda la carga del objeto (a)). Es notable, y es lo que debería llamar la atención, nada más, que creí poder inscribir el discurso del analista sin otra referencia a esta función en efecto llamada de límite o de borde, sin otra referencia que el objeto (a) (...) marqué que se podía prescindir de la referencia a la castración, en todo caso hice como si se pudiera prescindir, es claro.”

A pesar de señalar que en los cuatro discursos la identificación del analista con el (a) es problemática, la formulación continúa indemne el resto de la enseñanza. La misma idea, incluso un poco radicalizada, se halla en las conferencias de Lacan en Estados Unidos (cf. *Scilicet* 6/7). Por lo que puede apreciarse Lacan sentía cierto apego por esta fórmula que define a la transferencia.

¿Cuál es el problema? Admitiendo que el analista trabaja con la falta, su posición sólo quedaría cernida, en términos lacanianos, por menos fi. Por tanto, la disyunción central y clásica entre menos fi y (a) –el final del análisis y su causa– pierde alcance y, hasta cierto punto, se torna insostenible.

Otra cuestión que gira en esta órbita remite a la transustanciación. La sangre y el cuerpo del analista, ¿son el (a) o lo simbolizan? El tema también fue abordado, como se recordará, en el seminario XV donde se alude al objeto (a) en su aspecto real.

TRES ENUNCIADOS DE LACAN

Lacan asume, muy avanzada su enseñanza, que la representación inconsciente constituye una contradicción en términos¹. El concepto freudiano es *insostenible*. Parte del proyecto teórico se aclara con esto. Al menos, encontramos una entrada y una salida. Al comienzo del Seminario, la lingüística y el estructuralismo, con las salvedades del caso, proveen “modelos” al psicoanálisis, que se pone al día. Se discutió, en aquel entonces, la propiedad de las operaciones de metáfora y metonimia llevadas al psicoanálisis, si se trata, en la tesis “el inconsciente está estructurado como un lenguaje”, del lenguaje o de un lenguaje, etc. A partir de un artículo crítico (y también de alguna observación de Jacobson) empieza a decantarse la posición de Lacan. La lengua que interesa al psicoanálisis se caracteriza por ordenarse alrededor de la falta de significante que determine el sexo. Así, se pulsionaliza. Finalmente, deviene *Vorstellungsrepräsentanz*. Toma el lugar de, y deriva. Se afirma como suplencia. Se soluciona mediante este movimiento la contradicción de la representación inconsciente. Aquello que falta (no hay relación sexual) no admite re-presentación, no vuelve a presentarse.

El inconsciente, desde que vamos de un exterior a otro, ya no puede identificarse a lo *mental*² –enunciado que también hallamos hacia el final de la enseñanza–. Se anudan zona erógena, lengua y real. Lacan acompaña el acmé del sujeto cartesiano. No hay ya cualidades para una subjetividad vacía. Lo mental es síntoma.

A decir verdad, se ve que tampoco sobra espacio para que el inconsciente encuentre estatuto. Quizá sólo se trate de una *extrapolación*³. Este tercer enunciado forma parte también de los momentos finales de la enseñanza de Lacan.

Notas

- 1.- J. Lacan, *Propos sur l'hystérie*, Conferencia en Bruselas, 26 de febrero de 1977, en *Quarto*, 2, 1981.
- 2.- En el seminario XXIV, Lacan enuncia: “El inconsciente ha sido identificado por Freud, no se sabe por qué, a lo mental.” Cf. en *Ornicar?* 17/18, París, 1979, p. 17.
- 3.- J. Lacan, seminario XXV, *Le moment de conclure*, lección del 15 de noviembre de 1977, reproducida en *Ornicar?* 19, París, 1979, pp. 5-19, cf. especialmente p. 9.

UNA ACLARACIÓN SOBRE LO SIMBÓLICO Y EL MATEMA

“Se penetra en lo real ¿por qué sesgo, por qué sesgo, por cuál abertura? y luego, es cierto que... debí decir de tanto en tanto dos o tres cosas que permiten cometer algunos errores de interpretación, ¿no es cierto?... que harían creer, que... que creo en ello, en fin, que de pronto creo...”

Si hay en alguna parte algo que permite, en la constitución misma del lenguaje, en la vanguardia de las matemáticas y de la física matematizada, tener un acceso a lo real — si puedo decir entre comillas, ¿no es cierto?, no se imaginan ahí que es mi vocabulario: “al verdadero...”

Porque hay seres que, cuando cojen, no saben lo que hacen.” (*El psicoanálisis en su referencia a la relación sexual*, pp. 39-40.

Habiendo establecido antes la continuidad, la imbricación de lo imaginario y lo real (el buen sentido, la buena forma, la etología animal viene como ejemplo), Lacan, mediante la ausencia de relación sexual, en este momento de la conferencia, perfora el lenguaje e introduce otra vía de aprehensión de lo real: el matema, el número.

En esta conferencia hallamos un reducido compendio de epistemología lacaniana que sitúa, por lo demás, la importancia acordada a los tres registros.

Una consecuencia nos interesa: la abertura a lo real que la falla de lo simbólico promueve no le es atribuible. El número no es la cifra que el lenguaje vehiculiza. Luego, en términos estrictos, no hay un simbólico del siglo XXI, o del XX, que pueda dar cuenta de una modificación de lo real. Y esto por mucho que lo simbólico o lalengua sean afectados por el siglo y el espíritu del tiempo.

CÓMO CONSTRUIR SOBRE LA ESCENA PRIMARIA

La técnica más simple para realizar una construcción sobre la escena primaria, en mi opinión, consiste en *considerar al objeto como un desplazamiento de la escena e invertir los tiempos*. La segregación del objeto deviene de una posición inicial donde el sujeto no sólo no dispone de objetos, sino que él mismo está tomado como objeto. La segregación, por tanto, no puede pensarse o construirse de modo directo a partir de la escena. La repetición, sabemos, no es lineal. Una escena primaria de características sádico anales, por ejemplo, muy raramente produce un objeto ligado al forzamiento, relaciones violentadas, ácidas. Es necesario interponer un desplazamiento por donde el objeto sexual se conecta con la escena. En la medida en que el analista debe disponer de alguna idea del objeto de goce, o de por dónde anda la transferencia, la construcción, se entenderá, exige un desarrollo previo relativamente prolongado del análisis. El objeto se ha localizado, aunque sea de modo parcial, y aunque el razonamiento del analista no sea del todo correcto. Sería irrisorio realizar una construcción en dos o tres sesiones y tampoco serviría de mucho. Dicho de otra forma, la construcción resulta de un trabajo interpretativo anterior que la permite. Opera sobre un material ya trabajado, si se quiere decirlo así.

Existen diversas formas de realizar estas construcciones, aunque nos limitemos aquí a una. Otra técnica produce una suerte de precipitado edípico, una sinopsis, como en el caso de paranoia contrario de Freud. Asimismo, la captura transferencial, o el antiguamente llamado *setting*, pueden eventualmente ligarse a la escena primaria. En ese caso, proveemos de una imagen a lo que está ocurriendo en el tratamiento. También pueden ligarse fantasías, transferenciales o provenientes del material, e interpretaciones en un denominador común vinculado, por ejemplo, al tipo de satisfacción en juego.

Un breve ejemplo. Un paciente de alrededor de treinta años relata durante un tiempo sus aventuras eróticas. El analista nota que buena parte del placer que esto le proporciona se encuentra relacionado con el carácter oculto de esas relaciones. Y que hasta cierto punto las maniobras que realiza, y todo el esfuerzo que esto le requiere, no son coyunturales. El paciente busca en gran medida mujeres casadas o con un compromiso más o menos firme. Su obsesiva "agenda" es muy nutrida. Tiene varias amantes.

En el análisis también aparece una suerte de engaño. El paciente festeja las interpretaciones y habla de su presencia "filosa", más allá de que sean certeras y sobre todo más allá de que lo conciernan o no.

Una de las interpretaciones apunta al estilo intercrural de mantener relaciones sexuales. Se busca alguna fantasía transferencial por ese lado. Esto remite, obviamente, a la falta de penetración interpretativa.

En varias ocasiones el paciente cuenta que se excita imaginando estar con otra mujer y no con la que está. Un engaño sobre otro.

Algunas fantasías toman por objeto a las travestis, como era de esperar, en diversas circunstancias y escenarios.

Con estos datos, muy resumidos, se puede "armar" una escena primaria: dos figuras fálicas que no se interpenetran. Si tal fue la escena de este sujeto, la trampa es necesaria para que los padres (él, todos) tengan sexo.

La trampa, tomada como su objeto, resulta así de un desplazamiento de la escena primaria. El modo de sus objetos propios resulta de allí.

El enunciado: "Usted vive de trampa para que sus padres (no) cojan" se hace cargo de la insatisfacción parental. "Usted hace trampa y ellos cogen".

Un segundo ejemplo. La paciente, Edith, cuenta sus historias. Se reducen prácticamente a *touches*. Le interesa muy en particular el inicio de la relación y lo describe como una atracción

instantánea. Los encuentros a veces no duran más que unos minutos. Cuenta que en una ocasión se fue del hotel después de tener sexo un rato.

—¿Para qué iba a quedarme a esperar que terminara el turno? —Se pregunta.

En otro plano, las asociaciones son fluidas y muy rápidas. Cumple estrictamente con la asociación libre: casi no piensa lo que dice. Y lo que dice se desencadena a continuación de la interpretación.

Cada tanto cuenta cómo llegó al consultorio. Los tipos con los que se cruzó en el camino y las fantasías diurnas que se le ocurrieron. En general, refieren a un “levante” callejero. Hay mucho puesto en la mirada, los cuerpos, y no hace falta que se hable mucho.

El analista, cuando va a supervisar este material, observa que se le dificulta interpretar una suerte de imagen —una instantánea, dice— que atrapa y excita a la paciente. Por otro lado, no sabe qué hacer cuando Edith da por concluida la sesión. Esto ocurre a menudo. Cuando alcanza un estado de alivio, se levanta y se va.

El objeto tomando las líneas en juego que hemos resumido (interpretación, cierta descripción de la transferencia, material, fantasías) *es un estímulo*. Se reduce puntualmente. En una especie de pentagrama, ligando órdenes, estas tres o cuatro instancias se cruzan y sobredeterminan.

Si hay que construir la escena, como dijimos anteriormente, desde el objeto, situado como un desplazamiento del coito parental, debemos suponer una escena mecánica, sin motivación, fatigada. Nada excita a los padres.

Debemos observar que la construcción tiene un alcance presubjetivo y pulsional. Esto plantea al menos dos problemas en relación con la teoría clásica de la transferencia de Lacan. La construcción de la escena primaria no depende de que se instale *après coup*. El objeto se produce retroactivamente, la escena no. Es una deducción de segundo grado, imposible de extraer sin ubicar el objeto pero de otro orden temporal.

Una segunda cuestión ataña a la pulsión. La presencia pulsional es detectable y hay capturas que la hacen presente. Por tanto, debería dársele un estatuto en el desarrollo de la transferencia. Hasta ahora no lo tiene. A esto se agrega el hecho de que si aceptamos que debe trabajarse con caídas parciales del SSS, el fantasma no drena la transferencia. Es necesario sostener, desde entonces, otra instancia —ni Platón ni Claudel— que dé cuenta de su continuidad.

CÓMO CONSTRUIR SOBRE LA ESCENA PRIMARIA II

Después de un tiempo prolongado, el analista vuelve sobre el material y el curso del tratamiento: se encuentra haciendo cuadros sinópticos. Sus interpretaciones remitían frecuentemente a denominadores comunes de los dichos del paciente, formaban llaves sobre las asociaciones, a las que resumían; incluso, el analista se encuentra, en general, en posición de englobar.

Concomitantemente, las asociaciones, según observa, se desarrollaban muy fluidamente. Recuerda entonces un sueño en el que el paciente es objeto de una lluvia dorada: una matrona orina en su boca.

Sospecha de la existencia de un período de anorexia, pero no puede confirmarlo. El paciente de niño nunca quería ir de campamento con sus compañeros de escuela, ni le agradaba dormir fuera de su casa. Hechos estos, como se sabe, más o menos típicos.

El material presenta también temas de ambición; y el paciente declara su interés (erótico y mundano) por las mujeres prestigiosas.

La cuestión de la contención, tanto vía el encuadre como el tratamiento en sí mismo, es otro tema de análisis, y de importancia. Se habla con frecuencia de esto.

Consignemos también que, en otro tramo de los dos años de análisis transcurridos, el paciente se pregunta por qué los padres solían encerrarse en el baño. En las asociaciones aparece una curiosidad por saber si la madre se masturbaba en el bidet, con el chorro de agua. Lo había escuchado, hacía poco tiempo, de una amiga y la información se retrotrajo a su infancia.

—Si usted se masturba en el bidet... Es un niño incestuoso. Por medio del agua estaría con su madre —interpreta el analista.

De forma más o menos evidente, el objeto se liga al erotismo uretral y conforma una suerte de vejiga. Precisemos la cuestión del objeto en este caso y tomando en consideración los dos fragmentos expuestos anteriormente. No solo se trata de trabajar con caídas parciales del sujeto supuesto saber, situando por esa vía fantasías transferenciales. También se presenta una cuestión vinculada a la singularidad del objeto (y por tanto del análisis). El objeto, tal como lo hemos presentado hasta ahora, se obtiene por una vía artesanal —por oficio, en todo caso—, y no teórica. La ubicación del objeto no podría provenir de la teoría del objeto (a), demasiado general y pulsional (los cinco objetos refieren a zonas erógenas).

Con esta técnica, la temporalidad propia del objeto, su construcción retroactiva, se mantiene en un lapso menos extenso que una cura (considerando que el final del análisis sería quien lo entrega). Pero aun así, trabajando de este modo, el objeto (a) tiene poca utilidad y hay que ponerlo en cuestión. O bien, nos sorprendemos frente a estos objetos (la trampa en un caso, el estímulo en otro, la vejiga ahora) y los recusamos, o bien ponemos en cuestión la utilidad clínica del (a). La aplicación teórica sobre el material, es decir, que busquemos alguna especie del (a) en el tratamiento, entrega demasiado, muy rápidamente, y esto impide explorar el terreno de la fantasía y los múltiples objetos que se presentan en ella. Supone, dicho más simplemente, un encasillamiento estructural que podría ser verdadero pero que hace obstáculo.

Vayamos, por último, a la escena primaria. En este caso, siguiendo la idea de deducirla a partir del desplazamiento del objeto, obtenemos una escena primaria acuosa, ligada a las urgencias sexuales, a la incontinencia, y que podría perfectamente haberse desarrollado en un hidromasaje o una bañadera.

DOS LAPSUMS DE LA ESCENA PRIMARIA*

Tanto por su formación en el *Gymnasium* como por la afición a la lectura de Havelock Ellis y Krafft-Ebing, entre muchos otros autores de características similares, Freud conocía las expresiones latinas que su época prefería cuando había que nombrar a los *kinky business* de la sexualidad.

La edición original de *Tres ensayos* estaba compuesta como una *Psychopathia sexualis*: para verlo sólo hace falta abstraer las notas y los agregados, y subrayar los títulos.

Freud hereda una escritura culta para designar la consumación de la sexualidad. Este hábito idiomático no sería notable si no fuera porque se opone a la fe que Freud presta al saber popular y al lenguaje coloquial cuando se trata de dar cuenta del inconsciente. El uso del latín se destaca en los textos como un diagnóstico. Pero para nosotros el alcance de esta observación cuenta sólo en tanto nos permite afirmar, atendiendo al hecho de que Freud era un especialista en la sexualidad –en el sentido convencional del término–, que existen dos errores en el uso de esta terminología técnica. Y, por lo tanto, dos lapsus.

1. En primer término dirijamos nuestra atención al historial sobre el Hombre de los lobos. Al final del capítulo V, Freud expresa lo siguiente: "Pero siempre que el análisis me ha conducido hasta una tal escena (primaria) ha integrado ésta la misma peculiaridad que tanto nos extrañó en el caso de nuestro paciente: la de referirse a un *coitus a tergo*, único que permite al espectador la inspección de los genitales"¹.

Basta con un poco de imaginación para saber que esto no es cierto. Desde el punto de vista del observador la afirmación es falsa; no ocurre lo mismo desde la perspectiva del actor de la escena primaria. Para éste vale, y puede aceptarse parcialmente, lo que Freud asevera: la posición le proporciona una buena visión, aunque no sea la única. Así, Freud *identifica* –mediante el lapsus que acabamos de citar– *al observador y al agente, al Hombre de los lobos y a su padre*.

Esto produce un curioso retorno de lo reprimido si pensamos que la compulsión dirigida a fechar la escena –la existencia misma de este factor objetivante– impide que el Hombre de los lobos la subjetive. La cuestión en aquel entonces era fechar la etiopatogenia, oponiéndose mediante este dato (o demostración) al sistema de Jung, que proponía una energía psíquica inespecífica –claramente tan poco sexual que también era sexual– y no dejaba mayor lugar a la etiología sexual.

En esta coyuntura, elegir a la escena primaria para determinar una causa fechable resulta extraño. La escena primaria, por definición, está antes que el sujeto –como el mito familiar, si se quiere–; por mucho que el sujeto fantasee después sobre ella no volverá ya primaria a ninguna escena. En otro lenguaje, más cercano al de Freud, en la escena primaria, filogénesis y ontogénesis se confunden; se vuelven datos poco discernibles. Y si no es sintomático buscar allí una fecha, se denuncia al menos un trabajo sin plan: se busca en el mal lugar.

Freud se extravía también, en este caso en particular, cuando combate a Jung. El Hombre de los lobos no necesitaba una purga –los tres meses finales del tratamiento– ni fechar la escena: a todas luces *el paciente exigía dos explicaciones*. Hubieran servido las de Jung y Freud –o la de Adler incluso–; bastaba aludir a la sobredeterminación.

Por eso, creemos, después de tejer todo el análisis en torno a la escena primaria sobreviene otra fantasía, el retorno al seno materno, que se encabalgó con la primera. No se trata tampoco de que el paciente padeciera una tendencia excesiva y constitucional a la ambivalencia. En el caso todo va por dos caminos: hay represión y forclusión, regalos dobles, el Hombre de los lobos cura su estreñimiento –en la segunda consulta con Freud– cuando su analista le organiza una colecta, etc.

Esta duplicidad se rehalla finalmente en el análisis con Ruth Mack Brunswick. Con ella, el

* En *Freudianas, lacanianas y otras*, Carlos Faig, ed. Ricardo Vergara, Buenos Aires, 2014, pp. 116-120.

Hombre de los lobos sólo habla de Freud².

2. En el historial de Dora encontramos un juego de palabras –*ein vermögender Mann y ein unvermögenter Mann*, hombre de recursos y hombre sin recursos, respectivamente– que sirve a Freud para interpretar la impotencia del padre de Dora. ¿Cómo podía, pues, este personaje mantener relaciones sexuales con la señora K? Dora sabe –observa Freud– que hay otras formas de satisfacción sexual. En este punto del historial se inserta el siguiente párrafo: " Pude observar que pensaba precisamente en aquellos órganos que en ella se hallaban en estado de excitación (la boca y la garganta). Aquí no tuve ya su confirmación expresa, pero precisamente para la reproducción del síntoma que nos ocupaba era requisito indispensable que la representación sexual corriente no fuese claramente consciente. Había, pues, que deducir que con aquella tos periódica originada, como generalmente sucede, por un cosquilleo en la garganta, expresaba una situación de satisfacción sexual *per os* entre las dos personas cuyas relaciones sexuales la ocupaban de continuo"³.

Es evidente que Freud pierde, en el interior de este párrafo, el hilo de su reflexión. Tratándose de la impotencia del padre de Dora, y dímosla por cierta, la *fellatio* no arreglaría nada, puesto que si las cosas se arreglaran así se trataría de una condición erótica –o de los juegos preliminares del coito– y no de impotencia. Para la señora K. la situación es todavía más incomprensible: *¿Qué grado de desarrollo sexual habrá que suponer que alcanzaron su boca y su garganta para satisfacerse per os con un amante sin recursos?*

En principio, el término apropiado no es ese. El texto debería decir, en su lugar, *cunnilinguae*. Que esta expresión no se halle donde se la espera obedece a dos razones; por un lado responde al hecho de que Freud busca establecer –a toda costa y arriesgando la coherencia de la construcción– una vinculación con el síntoma de Dora y prefiere identificar a Dora con la señora K. en una fantasía de *fellatio*; y, por otro lado, obedece a la necesidad de que la escena *per os* ubique el goce en la mujer y lo deje a su cuidado.

Por esto, útero travieso mediante, cabe una explicación distinta si no tomamos los hechos sexuales en función de su realidad. La expresión *per os* quedaría plenamente justificada si Dora fantaseara que la *fellatio* se la practican a ella. En efecto, nada impide que Dora se fantasee peneana –sobre todo en tanto la responsabilidad del goce le concierne– y su “homosexualidad”, hasta cierto punto, parece indicarlo. ¿Acaso Freud no dice que descuidó la vertiente homosexual de la histeria?⁴.

Sea como sea, hay que observar que Freud *conecta el síntoma histérico y el pene imaginado de manera refleja*. Esta identificación tal vez sea coextensiva al psicoanálisis. Frente a la medicina de su época, Freud reivindica la veracidad del síntoma histérico. No ve allí simulación ni engaño; la histérica no finge. Y, en el límite, si finge intencionadamente su síntoma, no sabrá el valor inconsciente de su accionar; y, desde entonces, no podrá fingir del todo. Hay que subrayar que este movimiento no se produce porque el síntoma y la actuación se distingan tajantemente. Al contrario, es porque el síntoma únicamente existe donde hay duplicidad y ficción que no podrá ser tratado por el sujeto como un signo. El síntoma histérico se emparenta entonces al falso puesto que no hay forma alguna de fingir una erección. No se puede desear tener una erección: la erección representa al deseo. (Otro ejemplo: nadie se masturba representándose que se está masturbando.)

En este sentido, el origen del tratamiento de la histeria y la mujer fálica se encuentran sobre un mismo camino.

Notas

- 1.- Sigmund Freud, *Obras Completas*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1973, pp. 2353-2354.
- 2.- Ruth Mack Brunswick, *Suplemento a la “Historia de una neurosis infantil” de Freud (1928)*, en *Los casos Sigmund Freud. El Hombre de los Lobos por el Hombre de los Lobos*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1971, p. 221.
- 3.- *O.C.*, p. 958.
- 4.- *Ibid.*, p. 1001 en nota 556 (adición de 1923).

OTRO TEXTO SOBRE LA ESCENA PRIMARIA

Fragmento de una intervención en una mesa redonda: La infancia en peligro

Voy a tomar la infancia en peligro desde el punto de vista de la captura por la escena primaria, es decir, por el coito (real o imaginario) de los padres. Por supuesto que todos los niños sufren esa captura. La patología depende del grado que adquiera, y de si el juego queda por completo cortado, por lo menos en sus manifestaciones visibles.

En los '70 había circulado un artículo de Piera Aulagnier que creo que se llamaba *La madre del psicótico*. El concepto de este texto consistía en que el niño psicótico queda tomado, u ocupa, el lugar de lo que falta en la madre: es el objeto parcial. Esto remite, por supuesto, a los textos donde Freud aborda los destinos de la sexualidad femenina, textos de 1931 y 1933, ambos muy conocidos y leídos. Pero en Aulagnier, si se quiere ver así, la simbolización en la mujer, la madre del psicótico para el caso, es mínima o no existe directamente, y por tanto nos encontramos con el niño tomado como objeto parcial del modo más brutal, en la realidad, en lo real, en su cuerpo mismo.

Yendo más directamente al punto en cuestión, la pregunta que querría contestar hoy, al menos iniciar una respuesta, es la siguiente: ¿por qué la posición de objeto comporta efectos tan letales?

Comienzo a responder por el lado de la pulsión, y voy a tratar de limitarme a ella. Imaginemos dos círculos. El primero cierne lo que está en su interior. El segundo lo que está en su exterior. Me explico. Si dibujo un círculo en un pizarrón, en un plano euclíadiano, normalmente se piensa que la cosa está en el interior del círculo, que simbolizo por ejemplo a un conjunto y voy a ubicar elementos adentro. Pero esto no necesariamente es así. Cuando trazo el círculo puedo estar indicando que me interesa el resto del pizarrón que está fuera del círculo, lo que resta en su exterior.

Entonces, del lado del círculo que contiene lo que contiene adentro estamos, en esta exemplificación, en el objeto. En cambio, cuando lo que se contiene está ubicado en el exterior estamos del lado de la zona erógena.

Se ve entonces por qué razón se dice que la zona erógena participa del mismo corte que el objeto. Es la primera aproximación que nos permite hacer este precario pero útil ejemplo de los círculos. Respecto del corte, cito la página 817 de *Écrits*: “La delimitación misma de la “zona erógena” que la pulsión aísla del metabolismo de la función (...) es el hecho de un corte que halla favor del rasgo anatómico de un margen...” Y un poco más adelante: “Observemos que ese rasgo del corte no es menos evidentemente prevalente en el objeto que describe la teoría analítica: mama, escíbalo, falo...” Y sigue la enumeración. Este trazo que se encuentra de un lado y otro es lo que trataba de exemplificar con el círculo, que es el corte mismo. Su trazo, en este ejemplo, debe tomarse como corte.

Una segunda cuestión es que el cuerpo, en la perspectiva de este círculo tan particular que circunscribe su exterior, es un agujero. Es el valor básico que tiene el cuerpo para el psicoanálisis. Y por eso cuando el cuerpo funciona bien, nos olvidamos de él. Pasa desapercibido. Y cuando aparece, cuando se lo toma en cuenta, se lo advierte, suelen presentarse fenómenos ligados a la angustia.

Ahora bien, dejando de lado el cuerpo, sobre el que habría bastante más para decir –por ejemplo, habría que justificar porque no es un significante y por qué funciona como conjunto vacío–

, el tema del que quería ocuparme hace al aspecto letal del objeto. No el objeto en sí mismo, sino el hecho de que el niño sea tomado como objeto.

El objeto comporta un aspecto letal porque está cerrado. Es un borde cerrado, cierra sobre sí. Luego, ¿cómo separar un objeto si el cuerpo está cerrado? Ahora bien, ¿por qué habría que separar un objeto? ¿Qué es lo que hace que esto sea imprescindible y que su ausencia sea patógena?

Veamos las cosas así: tenemos el agujero de la zona erógena, y ahí estamos a nivel orgánico. El corte de la zona constituye a la pulsión como tal, pero para que esto sea subjetivado hace falta que el objeto se separe. Al separarse del cuerpo el objeto permite leer la falta en la que consiste el sujeto. Dicho de otro modo, empezamos a transitar en la economía del fantasma, estamos en una cuestión que hace, como se ve, a la escritura del fantasma. Tenemos lo que falta en el sexo (la zona erógena no cierra sobre sí, lo que impone el goce sexual como diferente del goce a secas), y lo que falta en el lenguaje (aquí falta el significante que nos podría posicionar sexualmente, en un sexo, es decir, falta la inscripción de la relación sexual), y tenemos además que estas faltas van a coincidir, van a recubrirse, se produce una comunidad topológica de las catexias en juego. El sujeto se instala sobre el agujero de la zona erógena. Pero para que pueda ser leído hace falta el objeto que lo ubica en la cadena. Desde ese momento es un significante elidido, legible cuando el objeto lo trae a luz.

Retomo, entonces, desde más atrás: si el niño es tomado como objeto por el goce de la madre (y aquí no hablo de deseo materno –porque ya habría entonces una referencia fálica y, por tanto, marca–), o por la escena primaria (por el goce parental), el objeto no puede separarse del cuerpo, estamos frente a un círculo o un cuerpo cerrado sobre sí. Luego, no hay posibilidad de subjetivar la escena, de desplazarla, de juego en general.

Redondeo un poco el concepto al que quería llegar: en el niño hay incompatibilidad entre la posición de objeto real y la posibilidad de separar el objeto. *Si el cuerpo deviene objeto, si no sale de allí, no hay forma de separar el objeto.* Esto da hasta cierto punto la fórmula de lo que ocurre en la detención del juego en general y que va de las neurosis infantiles más leves al autismo o la psicosis infantil.

Una última cuestión, para tomar la otra punta de esta estructura. ¿Por qué la escena primaria tendría que producir captura? ¿Qué la predestina? El coito parental, y todo coito, produce un elemento tercero que evacua la insatisfacción. El lugar del espectador, de un voyeurista por ejemplo, frente al coito de una pareja es suponer, enunciar algo así como “¡Qué manera de gozar!” Es lo que aporta, una idealización y a la vez una posición que subsume la insatisfacción. Es la posición de un bebé o de un nenito frente a la escena. Si la equivalencia fálica no se presenta, el niño es tomado allí realmente, funciona como objeto y no como una simbolización, un equivalente de la castración. Otra justificación de esto mismo: la repetición.

Un ejemplo muy conocido: a madre santa o padres santos, hijo perverso. El hijo desplaza la escena primaria, la referencia ideal al más allá, y la concretiza. Pone un objeto más allá del velo, en lugar de la nada.

Hasta cierto punto, la escena primaria es pulsional. Nos envuelve. Pensemos, para aproximar esto, en los hechos de mimetismo: un animal se mimetiza con el entorno. Se encuentra perdido en él. El animal es el paisaje. Cuando adquiere un punto de vista, con la marca que constituye la zona erógena, la pulsión se constituye. Porque la pulsión busca restituir el organismo no ya circunscripto por el entorno sino devenido entorno, algo que se perdió pero no estuvo nunca

como tal. Con la escena primaria ocurre algo similar. Solo cuando adquirimos un punto de vista resulta constituida. Hasta allí, el goce parental nos circunda, estamos tomados en él sin que haya posición subjetiva. Así alcanzamos algunas reflexiones de Freud sobre el hecho de que la escena primaria dispara las primeras excitaciones libidinales.

ESCENA PRIMARIA, CUERPO Y OBJETO*

Voy a tomar la infancia en peligro desde el punto de vista de la captura por la escena primaria, es decir, por el coito (real o imaginario) de los padres. Por supuesto que todos los niños sufren esa captura alguna vez. La patología depende del grado de esa captura, y de si el juego queda por completo cortado, por lo menos en sus manifestaciones visibles.

Para introducirnos en tema voy a citar dos órdenes de hechos que supongo que ya fueron tratados en este seminario. Y atendiendo a eso los voy a mencionar brevemente. Uno es el trabajo infantil. Hace unas semanas se difundieron cifras provenientes de la oficina de Madrid de la Organización Mundial del Trabajo. El director, Juan Hunt, estimó en 218.000.000 los niños que trabajan en el mundo. En América Latina se habla de 5.700.000 niños. México figura con 3.000.000 de niños, Perú con 2.000.000, y ahorro otros datos.

Un segundo tema, relacionado con nuestro título, “*Niños en peligro*”, es la medicalización de la infancia, especialmente en lo que hace al llamado TDA-H, el trastorno de déficit de atención, y donde la H remite a la hiperactividad. En la terminología norteamericana se lo conoce como ADD y ADHD, cuando se agrega la hiperactividad. El genérico –el mayor motivo de preocupación por su gran expansión en el mercado– es una sustancia conocida como metilfenidato (también la atomoxetina), y comercialmente la marca más conocida se llama Ritalina. Pero además ha aumentado también, siempre hablando de niños, la medicación que incluye a los neurolépticos y los antidepresivos.

Con la Ritalina ocurre un fenómeno curioso que quisiera señalar. Como se medica hasta los 12 o 13 años, se presenta el caso de que hay adultos que la piden, puesto que suponen que los va a ayudar a concentrarse en sus estudios, para preparar un final, por ejemplo.

Bien mirado, en el caso del trabajo también se presenta una especie de inversión si pensamos que los chicos que trabajan están en el lugar de adultos desocupados. Pero aquí el tema es un poco más difícil de ubicar porque una parte importante del trabajo infantil transcurre en el ámbito familiar y no es asalariado.

Señalo estos dos hechos a manera de introducción porque ambos cortan lo que se piensa como propio de la infancia: el juego, la actividad lúdica, y también por supuesto la escolaridad.

Pero de lo que me voy a ocupar es de un punto más específico, un aspecto más clínico y más técnico de la cuestión, y voy a tomar la infancia en peligro desde el punto de vista de la captura por la escena primaria, es decir, por el coito (real o imaginario) de los padres. Por supuesto que todos los niños sufren esa captura alguna vez. La patología depende del grado de esa captura, y de si el juego queda por completo cortado, por lo menos en sus manifestaciones visibles.

En los '70 había circulado un artículo de Piera Aulagnier que creo que se llamaba “*La madre del psicótico*”. El concepto de este texto consistía en que el niño psicótico queda tomado, u ocupa, el lugar de lo que falta en la madre: es el objeto parcial. Esto remite, por supuesto, a los textos donde Freud aborda los destinos de la sexualidad femenina, textos de 1931 y 1933, ambos muy conocidos y leídos. Pero en Aulagnier, si se quiere ver así, la simbolización en la mujer, la madre del psicótico para el caso, es mínima o no existe directamente, y por tanto nos encontramos con el niño tomado como objeto parcial del modo más brutal, en la realidad, en lo real, en su cuerpo mismo.

Yendo más directamente al punto en cuestión, la pregunta que querría contestar hoy, al menos iniciar una respuesta, es la siguiente: ¿por qué la posición de objeto comporta efectos tan letales?

Comienzo a responder por el lado de la pulsión, y voy a tratar de limitarme a ella. Imaginemos dos círculos. El primero cierne lo que está en su interior. El segundo lo que está en su exterior. Me explico. Si dibujo un círculo en un pizarrón, en un plano euclíadiano, normalmente se

* El presente artículo fue publicado en: www.elsigma.com/, el 15 de Noviembre de 2010.

piensa que la cosa está en el interior del círculo, que simbolizo por ejemplo a un conjunto y voy a ubicar elementos adentro. Pero esto no necesariamente es así. Cuando trazo el círculo puedo estar indicando que me interesa el resto del pizarrón que está fuera del círculo, lo que resta en su exterior.

Entonces, del lado del círculo que contiene lo que contiene adentro estamos, en esta exemplificación, en el objeto. En cambio, cuando lo que se contiene está ubicado en el exterior estamos del lado de la zona erógena.

Se ve entonces por qué razón se dice que la zona erógena participa del mismo corte que el objeto. Es la primera aproximación que nos permite hacer este precario pero útil ejemplo de los círculos. Respecto del corte, cito la página 817 de *Écrits*: “La delimitación misma de la “zona erógena” que la pulsión aísla del metabolismo de la función (...) es el hecho de un corte que halla favor del rasgo anatómico de un margen...” Y un poco más adelante: “Observemos que ese rasgo del corte no es menos evidentemente prevalente en el objeto que describe la teoría analítica: mama, escíbalo, falo...” Y sigue la enumeración. Este trazo que se encuentra de un lado y otro es lo que trataba de exemplificar con el círculo, que es el corte mismo. Su trazo, en este ejemplo, debe tomarse como corte.

Una segunda cuestión es que el cuerpo, en la perspectiva de este círculo tan particular que circunscribe su exterior, es un agujero. Es el valor básico que tiene el cuerpo para el psicoanálisis. Y por eso cuando el cuerpo funciona bien, nos olvidamos de él. Pasa desapercibido. Y cuando aparece, cuando se lo toma en cuenta, se lo advierte, suelen presentarse fenómenos ligados a la angustia.

Ahora bien, dejando de lado el cuerpo, sobre el que habría bastante más para decir –por ejemplo, habría que justificar porque no es un significante y por qué funciona como conjunto vacío–, el tema del que quería ocuparme hace al aspecto letal del objeto. No el objeto en sí mismo, si no el hecho de ser tomado como objeto en el niño.

El objeto comporta un aspecto letal porque está cerrado. Es un borde cerrado, cierra sobre sí. Luego, ¿cómo separar un objeto si el cuerpo está cerrado? Ahora bien, ¿por qué habría que separar un objeto? ¿Qué es lo que hace que esto sea imprescindible y que su ausencia sea patógena?

Veamos las cosas así: tenemos el agujero de la zona erógena, y ahí estamos a nivel orgánico. El corte de la zona constituye a la pulsión como tal, pero para que esto sea subjetivado hace falta que el objeto se separe. Al separarse del cuerpo el objeto permite leer la falta en la que consiste el sujeto. Dicho de otro modo, empezamos a transitar en la economía del fantasma, estamos en una cuestión que hace, como se ve, a la escritura del fantasma. Tenemos lo que falta en el sexo (la zona erógena no cierra sobre sí, lo que impone el goce sexual como diferente del goce a secas), y lo que falta en el lenguaje (aquí falta el significante que nos podría posicionar sexualmente, en un sexo, es decir, falta la inscripción de la relación sexual), y tenemos además que estas faltas van a coincidir, van a recubrirse, se produce una comunidad topológica de las catexias en juego. El sujeto se instala sobre el agujero de la zona erógena. Pero para que pueda ser leído hace falta el objeto que lo ubica en la cadena. Desde ese momento es un significante elidido, legible cuando el objeto lo trae a luz.

Retomo, entonces, desde más atrás: si el niño es tomado como objeto por el goce de la madre (y aquí no hablo de deseo materno –porque ya habría entonces una referencia fálica y, por tanto, marca–), o por la escena primaria (por el goce parental), el objeto no puede separarse del cuerpo, estamos frente a un círculo o un cuerpo cerrado sobre sí. Luego, no hay posibilidad de subjetivar la escena, de desplazarla, de juego en general.

Aquí aparece un problema que no quisiera esquivar. No es lo mismo hablar de fantasma en el niño, o en el análisis de niños, que hablar de juego. Por el momento, los estoy tomando como equivalentes. Y esto porque el juego es homotópico del fantasma. Ocupa el mismo lugar que va a ocupar posteriormente la fantasía. Pero no son para nada lo mismo. Sus funciones son equivalentes, pero la cosa no se puede extender mucho más que hasta ahí.

Redondeo un poco el concepto al que quería llegar: en el niño hay incompatibilidad entre la posición de objeto real y la posibilidad de separar el objeto. *Si el cuerpo deviene objeto, si no sale*

de allí, no hay forma de segregar el objeto. Esto da hasta cierto punto la fórmula de lo que ocurre en la detención del juego en general y que va de las neurosis infantiles más leves al autismo o la psicosis infantil.

Una última cuestión, para tomar la otra punta de esta estructura. ¿Por qué la escena primaria tendría que producir captura? ¿Qué la predestina? El coito parental, y todo coito, produce un elemento tercero que evaca la insatisfacción. El lugar del espectador, de un voyeurista por ejemplo, frente al coito de una pareja es suponer, enunciar algo así como “¡Qué manera de gozar!” Es lo que aporta, una idealización y a la vez una posición que subsume la insatisfacción. Es la posición de un bebe o de un nenito frente a la escena. Si la equivalencia fálica no se presenta, el niño es tomado allí realmente, funciona como objeto y no como una simbolización, un equivalente de la castración. Otra justificación de esto mismo: la repetición.

Un ejemplo muy conocido: a madre santa o padres santos, hijo perverso. El hijo desplaza la escena primaria, la referencia ideal al más allá, y la concretiza. Pone un objeto más allá del velo, en lugar de la nada.

Otro ejemplo: una nenita que hace trampa jugando a las cartas con su terapeuta, que posiblemente sea hija de un matrimonio que no tiene sexo hace tiempo, desplaza, produce su objeto propio en un esfuerzo (ya salió de la escena) para que dos figuras fálicas copulen, lo que describe la escena primaria típica de la neurosis obsesiva.

Hasta cierto punto, la escena primaria es pulsional. Nos envuelve. Pensemos, para aproximar esto, en los hechos de mimetismo: un animal se mimetiza con el entorno. Se encuentra perdido en él. El animal es el paisaje. Cuando adquiere un punto de vista, con la marca que constituye la zona erógena, la pulsión se constituye. Porque la pulsión busca restituir el organismo no ya circunscripto por el entorno sino devenido entorno, algo que se perdió pero no estuvo nunca como tal. Con la escena primaria ocurre algo similar. Solo cuando adquirimos un punto de vista resulta constituida. Hasta allí, el goce parental nos circunda, estamos tomados en él sin que haya posición subjetiva. Así alcanzamos algunas reflexiones de Freud sobre el hecho de que la escena primaria dispara las primeras excitaciones libidinales.

Vuelvo a los dos ejemplos que mencioné antes. En ninguno de ellos el juego se halla detenido. Pero tenemos posiciones difíciles, neuróticas o perversas. En cambio, en los casos en los que la captura es más radical la cuestión del juego queda cortada: en el primer caso, por ejemplo, se trataría de que el niño está en el cielo, es un ángel, un dios, un autista bello. Y si bien hay que suponer, conviene suponer, que el niño juega aunque no sepamos a qué juega, la actividad lúdica no resulta observable.

Concluyo con una referencia del escrito *Televisión*. Leo la cita de Lacan: “He mostrado lo que era la fobia de Juanito, donde paseaba a Freud y a su padre, pero donde desde entonces los analistas tienen miedo”. Esto se encuentra en la página 43 de la edición du Seuil de *Télévision*.

¿Por qué tienen miedo los analistas? En el texto Lacan viene hablando de la pulsión. Y la frase anterior dice que el inconsciente no hace camino más que al volver sobre sus pasos. Esto nos recuerda el dibujo de la pulsión que reproduce el seminario XI. El vector que sale de la zona erógena y retorna en circuito a ella –nos vuelve asimismo al tema del objeto y la pulsión–. Pero sobre todo nos recuerda que Juanito temía no poder salir, quedar atrapado. Es curioso en tanto uno pensaría que el temor, una vez que ya salió y pasea por ejemplo por la aduana, debería ser el de no poder volver. Pero él sabe, y lo dice explícitamente, que siempre va a poder volver. El caso es que si el camino desanda los pasos, lo que no se puede es partir. Se está siempre avanzado y volviendo, desandando el camino. Y en algún sentido, entonces, no se parte nunca.

Ese punto de imposibilidad entre el ir y el volver, el punto de torsión si se quiere ver así de la cinta de Moebius, es precisamente el que se desplaza sobre el objeto. Y de ahí que Lacan lo atribuya a los analistas. Se los arroste. Se desprende entonces una consecuencia más o menos inmediata: la capacidad de tolerar ese objeto, de poder operar con él, va a depender del punto al que haya llegado el analista en relación a su propia escena primaria. Cuanto más quede atrapado más miedo va a tener y va a quedar más referido a los caballos de calesita.

PANORAMA EXTRAÑO

Tomo “panorama extraño” de lo que preguntas. ¿Cómo llegamos? Pienso que el punto de partida es una correspondencia entre el corte de la sesión y el estructuralismo. Lacan, se sabe, no privilegió el binarismo sino el intervalo. Con eso consiguió adaptar la estructura al corte (y aplicarla al psicoanálisis). De ahí resulta el Seminario, la enseñanza de Lacan. Podríamos decir que los dos aspectos que se reúnen son experimentales: corte y estructura. A ese experimento doble hay que sumar el estilo de Lacan. Y ya la cosa se hace muy difícil. En un momento, sin que se sepa por qué, la teoría de Lacan adquiere una dimensión masiva (al menos, en algunos países). En todo ese desarrollo se tiende a alcanzar una vía matemática y resolver el tema del pase. Ninguna de las dos cosas se consiguen. Hoy estamos saliendo del experimento y encontramos un mercado dominado por la psicoterapia. Para peor, el lacanismo ya tenía lo suyo en materia de psicoterapia. Que hoy se puedan presentar casos, tratados en los términos que imponen las prepagas, como psicoanalíticos da el tono de por dónde anda la cosa. Esto implica que en unos años, diez o veinte o quizás algunos más, la transferencia va a transformarse en una experiencia desconocida. Si se puede trabajar cara a cara y sin regla fundamental, ya no hay mucho que esperar. Si hoy un analista en formación puede sostener que el sujeto supuesto saber es lo que el paciente supone que el analista sabe, ni imaginemos lo que dirá en poco tiempo.

En estas condiciones, si afirmo que el síntoma se resuelve cuando se reduce la sobredeterminación que lo produce en base a fantasías inconscientes ubicadas en la transferencia... No hay auditorio. No se trabaja así. La interpretación de fantasías inconscientes vía transferencial se desconoce casi por completo.

SEXUALIDAD Y PSICOANÁLISIS

I. Voy a tratar de cerrar hoy lo que fui abriendo en este seminario en relación al título, eran dos preguntas: ¿Qué es la sexualidad? y ¿Qué es el Psicoanálisis?

En la primera parte voy a hacer una especie de repaso de lo que armé hasta ahora, y que estaba más centrado en qué es la sexualidad. Esto nos va a llevar a la segunda parte donde voy a tratar de decir algo sobre qué es el psicoanálisis. A situarlo de alguna manera.

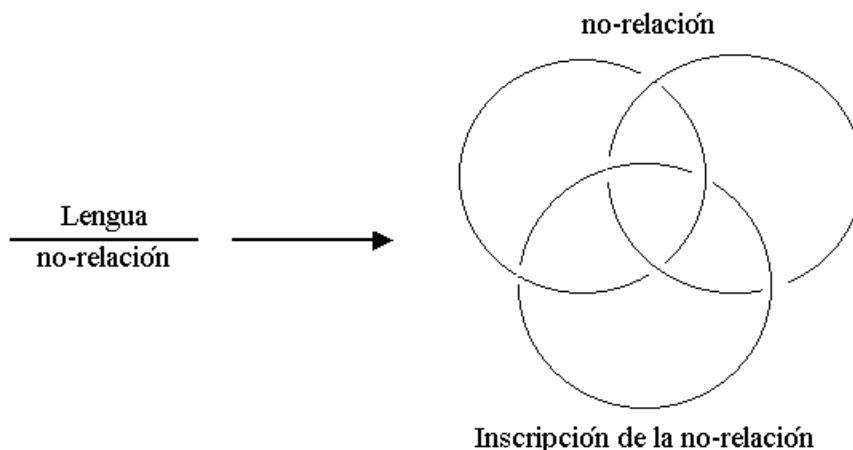
Una de las cosas que había propuesto -creo que en la segunda clase-, era una fórmula para dar cuenta sobre todo de las dos divisiones que tiene el seminario en la formalización que propuse. En la primera estaríamos entre el I y el XV, y en la segunda estaríamos del XVI en adelante hasta el XXVII.

$$\frac{a}{-\Phi} \cong \frac{\Phi}{R} \quad \frac{(\text{Sentido})}{\text{no-relación}}$$

I/XV XVI/XXVII

La primera parte tenía que ver con el cuadro de Arcimboldo, si recuerdan, que era una composición de ramas, de objetos, de frutos de estación, de diversas cosas que configuraban un rostro. El rostro no existía en el sentido de que no estaba dibujado el contorno, y esto era lo que daba cuenta de la cuestión de la $-\Phi$, lo que Lacan llama “estructura combinatoria del a”. Esta parte, la Φ , tiene que ver con el significante que designa el conjunto de los efectos del significante sobre el significado, o sea, que lo podemos tomar como equivalente al sentido, y la parte inferior, el núcleo de lo Real, está constituido por la no-relación. Entonces, en esta fórmula, en equivalencia, hay una sustitución del objeto a lo genital que lo conforma, y una sustitución del sentido a la no relación.

Este punto en particular, toda esa idea, es la que lleva al último sector de la obra de Lacan que son los nudos borromeos, porque la idea sería no solamente que tenemos la lengua sustituida a la no-relación sino que en la lengua misma está escrita la no relación, entonces esto toma forma de nudo. No es sólo que algo queda afuera sino que la exclusión se marca en la lengua. Esta estructura es la que lleva a Lacan a la construcción de los nudos borromeos donde dos están no relacionados, están sueltos, y el tercero los une de tal manera que si uno lo saca, los otros dos se caen. Vemos no-relación entre dos nudos, y un tercero que inscribe la no-relación que daría esta estructura.



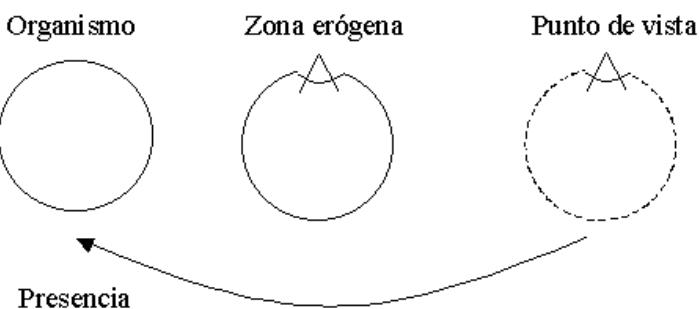
Este sería como el resultado condensado, o el punto final al que llega la elaboración de Lacan y de ahí, voy a partir en la segunda parte para tratar de situar el psicoanálisis y tratar de invertir el desarrollo que hizo Lacan o de dar un paso diferente con respecto a eso.

Si uno hiciera una comparación con la obra de Freud del desarrollo que yo hacía recién del seminario, de la fórmula, de la formalización, si uno hiciera una hiperlectura, una lectura toponímica leyendo grandes sectores de la obra de Freud, lo que tendríamos en el piso superior donde está el sentido, es por ejemplo, la sorpresa del lapsus y la referencia bibliográfica en este punto serían las tres obras “lingüísticas” iniciales: Psicopatología de la vida cotidiana, Interpretación de los sueños y El chiste y su relación con el inconsciente. Y esto, andaría por el lado del significante básicamente, por el lado del juego del significante, por el lado del deslizamiento, por el lado de la condensación y del desplazamiento, la metáfora y la metonimia.

Y abajo lo que tendríamos -siguiendo siempre la comparación con la obra de Freud- es el agujero del sexo, lo que Freud llamaba la rajadura poco natural que tiene la sexualidad, y la obra básica sería El malestar en la cultura, el desarreglo propio de la sexualidad humana.

Lacan	Freud
$\frac{a}{-\Phi} \cong \frac{\Phi}{R}$	<u>(Sentido)</u> no-relación
I/XV	Sorpresa del lapsus agujero del sexo

El tipo de deslizamiento que se produce entre el objeto y la $-\Phi$ -en otra clase yo no lo uní pero son procesos convergentes, incluso yo creo que se podría decir que son isomórficos- tiene que ver con el tema de la pulsión donde lo que había dicho es que al principio el organismo está tomado por el medio -dicho mal-, no hay un individuo, no hay un cuerpo que sea subjetivable, tenemos el pajarito o la mantis religiosa que está mimetizada. Posteriormente a esto hay un corte introducido por la función significante en el cuerpo que da origen a la zona erógena, y esto produce un punto de vista, una ubicación del sujeto -todavía no hay sujeto ahí-, pero digamos así, un punto de vista, un corte que lo distingue del medio y lo que se va a perder es el medio mismo, la captura del organismo, la función mimética que jugaba en el organismo y lo apresaba.



El trabajo de la pulsión sería reestablecer esto (primer momento en el gráfico) que sería nada menos que la presencia, el lugar donde el organismo está presente. Por eso, la clase anterior había hecho una diferencia entre el desarrollo de Freud con respecto al tema pulsional ligado al objeto perdido, y el desarrollo de Lacan donde el tema del objeto, por muy perdido que se lo piense, mitologiza la pulsión. Es una manera de imaginarlo o de ponerlo del lado de la melancolía, de lo

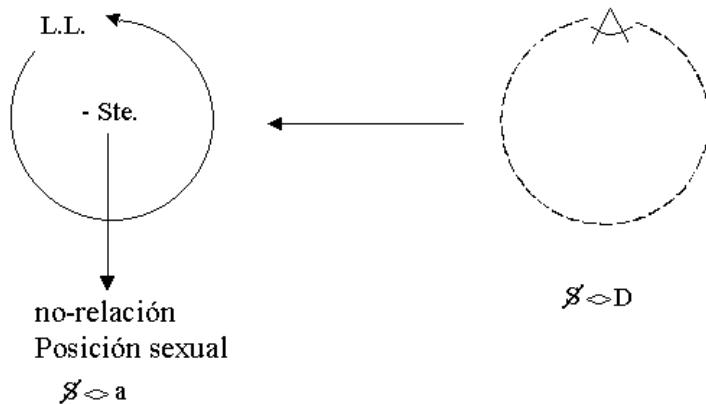
que se perdió. En cambio, este abordaje de la pulsión remite a algo que nunca se tuvo y que no se pudo llegar a perder. No se tuvo porque no había sujeto y no había ningún tipo de individuación presente acá (primer momento del gráfico).

Esta idea de circularidad de la pulsión, de retorno sobre sí misma, de circunvalación del objeto, es una idea que converge con el reenvío significante, con el hecho, por ejemplo, de que si uno busca una palabra en el diccionario, la palabra nos remite a otra, y a otra, y a otra, y se genera un proceso de circularidad dentro de la lengua basada en el hecho de que hay un significante faltante. Lo que hace que este reenvío sea posible es que hay una pieza que falta sobre la cual las demás se van desplazando.

Este significante, si se quiere, sería el significante de la relación sexual y, por tanto, aquel que podría darnos una posición sexual.

La pulsión -si uno sigue la comparación-, lo que falta en el terreno pulsional, es la posibilidad de conseguir satisfacción sobre sí. Entonces, vemos dos faltas: la falta de la pérdida del viviente, del lado de la pulsión, y la falta de significante que nos dé posición sexual del lado del lenguaje. Estas faltas aparecen en convergencia pero no son lo mismo, son si se quiere, estructuras isomórficas, o bien implican algún tipo de comunidad topológica, pero funcionan en planos distintos. Por eso, en general en la clínica lo que se persigue es lo que está del lado del fantasma. Lo que está del lado de la pulsión Lacan lo escribe de esta manera: $\$ \leftrightarrow D$.

Reenvío significante



Es más difícil de pescar lo pulsional que la fantasía. La fantasía no agota para nada el desarrollo libidinal en juego. Incluso puede ocurrir que haya fantasías en el análisis de cualquier carácter, oral, anal, etc., y que la pulsión en juego sea fálica por ejemplo.

Entonces, resumiendo: tendríamos la pulsión parcial sustituida a la función sexual que sería, si se quiere, la reproducción o la relación sexual, en convergencia con el deslizamiento significante sobre la falta de significante sexual.

Les leo una cita del seminario XVI, está en la lección catorce en el punto II, Lacan está hablando de un libro de Deleuze y dice: "De una falta en la cadena significante resultan objetos errantes en la cadena del significado." En la edición francesa está en la página 227 y Lacan dice que esa fórmula, que le atribuye a Deleuze, es la esencia del estructuralismo. Y es como una suerte de resumen de lo que estaba tratando de explicar en el sentido de que hay una falta de significante, en la cadena significante que pongo como menos significante (-Ste.), y hay objetos errantes en la cadena del significado, de un lado la lengua y del otro lado lo que podría tener que ver con la pulsión y lo que en general tiene que ver con el registro del objeto.

Hay otra cita interesante, también en el seminario XVI, que quería leer, es de la página 259, en castellano está en el tercer punto de la lección, al final, el capítulo se llama Clínica de la perversión, dice: "Las pulsiones revelan que un agujero topológico puede fijar por sí solo una conducta subjetiva." Está hablando en ese momento de Sacher Masoch, la importancia que le da Lacan al tema pulsional es fundamental, y para tomar el tema de la creación estética que me preguntabas vos, el capítulo éste es importante porque toma el tema de la sublimación en relación a la vacuola de la pulsión. Yo lo había tomado la clase anterior en relación al rodeo del S.S.S., o la caída del Otro, etc.; acá está tomado en relación directamente con el tema pulsional.

Estaba sintetizando en el pizarrón el resumen de las clases que di hasta ahora, y quería llegar a extraer una consecuencia con respecto a lo que es la teoría psicoanalítica en la obra de Lacan.

Si hiciera un círculo en el pizarrón, de este círculo en principio no sé si limita, lo que está en el interior o el resto del pizarrón.

Figura N° 1

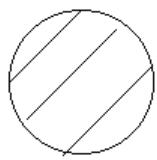
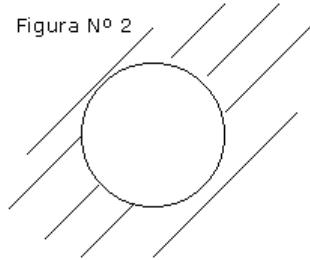
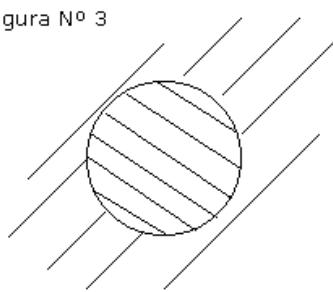


Figura N° 2



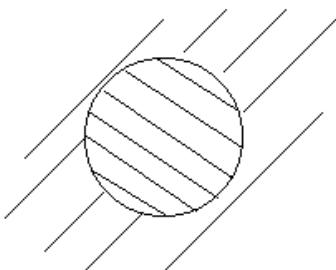
Podría estar limitando las dos cosas:

Figura N° 3



¿Me siguen hasta acá? Este modelo, este círculo (Figura N° 1), podríamos decir que es la teoría clásica, o sea, es una reflexión o un desarrollo, o una doctrina que está centrada en aprehender un objeto, la está circunscribiendo, está dentro del círculo. El valor que le da Lacan a la teoría, lo que Lacan piensa que es una teoría psicoanalítica está ligado con el hecho de presentar un agujero. Lo que tendríamos como valor es lo que falta en un contexto teórico que está en el exterior; el valor de la teoría sería lo que falta acá (Figura N° 4).

Figura N° 4



Les leo respecto de esto, de los Escritos, que es lo más claro que encontré sobre este tema, en la página 233 de los Escritos y el texto se llama Del sujeto por fin en cuestión, dice: "La teoría no es más que el rellenamiento del lugar donde una carencia se demuestra sin que se sepa incluso formularla". El valor que le da Lacan a la teoría psicoanalítica es el de circunscribir un agujero, de rodearlo y no el de decir lo que es, es como si "tirara" funciones que finalmente van a circunscribir algo que falta. Dicho de otro modo, la castración no puede saberse.

Convergentemente con esta idea de que la teoría está operando sobre la falta de relación sexual, o sobre la falta de significante sexual, lo que encontramos en Lacan es la idea de que el deseo del analista es la otra faz de la transferencia. Y en ese sentido, es también algo que falta y que está haciendo de retén, de tope, de agujero al desarrollo, y ahí, tendríamos una equivalencia entre el deseo del analista en relación a la transferencia y en relación a la práctica analítica en general, con el valor que le da a la teoría Lacan en tanto está jugada en relación a una falta, o está jugada en relación a lo que circunscribe del exterior de sí misma, a lo que deja vacío en ella, y no a lo que aprehende –incluso como concepto–.

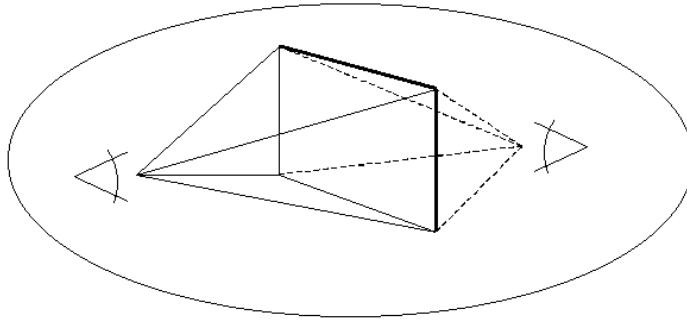
$$\frac{\text{deseo del analista}}{\text{transferencia}} = \frac{\text{teoría}}{\text{falta}}$$

Si uno siguiera este desarrollo encontraría todas las reflexiones de Lacan sobre Descartes, que están especialmente entre los seminarios XI y XV, y la cuestión ahí sería que la teoría clásica está del lado de la combinatoria, de la combinatoria científica.

Lo que abre Descartes en la historia de la filosofía y de la ciencia con toda una serie de cuestiones que hacen, por ejemplo, a separar las letras de los números, tomar las letras minúsculas sin relación con los números, es la posibilidad de la combinatoria, la posibilidad de que una letra valga lo mismo que otra, cosa que no ocurría cuando tenía un valor numérico, y esto abre el campo de la física del siglo XVII, de la física clásica (esto entre muchas otras cosas, es solo un ejemplo). Ahí, estamos del lado de lo posible y estaríamos del lado de la teoría clásica, de la teoría del conocimiento, o de la ciencia, estaríamos en la combinatoria. Ahora, si un objeto se puede sustituir por otro, si cualquier letra se puede sustituir por otra, no hay ninguna que sea la que es, que ocupe verdaderamente el lugar que tiene que ocupar y sea completamente consistente. Entonces la otra cara de la posibilidad de la combinatoria es la imposibilidad de que el elemento coincida con el lugar, y esto es lo que queda oculto en el gesto cartesiano –como lo decía Lacan–, en el que abre Descartes, hasta Freud. Con Freud vuelve a aparecer el elemento real que queda como trasfondo del pensamiento de Descartes y que queda como la otra faz de la combinatoria significante.

Llegado a este punto voy a tratar de contestar la primera pregunta del seminario: ¿Qué es la sexualidad?

En el desarrollo de la pulsión que yo hacía, se puede hacer un paralelo. Por ejemplo, si tenemos una pantalla donde vamos a proyectar una película, tenemos un proyector desde aquí, uno ve la sexualidad desde el punto de vista que le ha tocado, lo ve desde el punto de vista del hombre, lo ve desde el punto de vista de la mujer, tiene el objeto enfrentado. En el desarrollo de la pulsión que yo estaba exponiendo, en la medida en que es circular, en el desarrollo que hace Lacan, lo que habría que imaginarse es que habría otro proyector del otro lado de la pantalla, y que la película solamente se consigue consolidar como imagen si las dos proyecciones funcionan juntas, lo que hace que algo que uno ve como lineal, la pantalla, el pizarrón, se vuelva circular porque está proyectado desde los dos lados, hay dos puntos de vista.

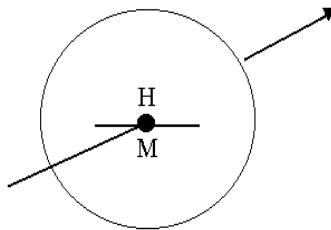


Esto es lo que no se puede aprehender por más que uno vaya del otro lado de la pantalla o haga como Tiresias y se transforme en mujer o la mujer en hombre, está siempre ligado a uno de los lados del corte, de la sexualidad.

Si uno lo compara con las fórmulas de Lacan, suponiendo que este sea el universo lógico sobre el que operamos, el universo del discurso, si uno pusiera Hombre y Mujer, o pusiera directamente las fórmulas de Lacan:

$$\begin{array}{c|c} \exists x \overline{\Phi x} & \overline{\exists x \Phi x} \\ \hline \forall x \Phi x & \overline{\forall x} \Phi x \end{array}$$

del lado hombre y del lado mujer respectivamente, esto está por un lado cubriendo completamente el campo de la verdad porque uno podría decir: Todo lo que no es hombre es mujer, y al revés. Pero la sexualidad lo que introduce es una perforación, no es del orden de la verdad sino del orden de lo Real, es el agujero que queda, la imposibilidad de ver la película desde los dos lados de la pantalla.



Esta es una de las cuestiones que lleva al tema de la no-relación sexual, y que lleva también en Lacan a minimizar el alcance de la verdad para el psicoanálisis, para la práctica analítica y asimismo respecto de la filosofía. Por eso, Lacan escribía verdad siempre con minúscula, y ha tenido conceptos bastante despectivos con respecto a la filosofía como si se tratara de un envuscamiento, que en cierta forma es lo que Lacan decía, que la verdad envísca lo real, o que hay que tener muchos riñones para soportar el complot de la verdad. Es una posición no freudiana, si uno piensa que Freud sostenía algo referido a la verdad del síntoma, o que el síntoma traía algo de la verdad del sujeto. Cosa que no es ajena a la obra de Lacan pero que adquiere otro peso.

II. Paso a la segunda parte. Voy a tratar de situar ¿qué es el psicoanálisis? Voy a partir del libro de Jean Rostand, voy a leer alguna de las enumeraciones.

Jean Rostand era un biólogo francés, en algún momento conectado con los inicios del movimiento feminista, con Simone de Beauvoir, por ejemplo, y el libro se llama *Las costumbres*

amorosas de los animales. Hace una descripción que va desde los animales unicelulares hasta los monos, y se detiene en el hombre. Es un libro bastante viejo y está citado por Lacan, si no recuerdo mal, en el seminario de La angustia, hay una versión castellana de este libro de Sudamericana.

La enumeración de Rostand es borgiana, cuando uno la compila es casi graciosa, por ejemplo dice: "El hipocampo macho se embaraza y pare". Habla también de las migraciones prenupciales kilométricas de las anguilas y de los salmones que están basadas en un hecho físico que es una diferencia de presión atmosférica que lleva, por ejemplo, a los salmones de una parte a otra de un río, o del río al océano. Habla del hermafrotitismo del caracol, de la existencia de espermatóforos, que son cajitas o bolitas que contienen el semen, entonces el macho de alguna especie lo tira por ahí, lo deja en el suelo, y después la hembra pasa y lo recoge de diversas maneras, con tentáculos, sentándose encima, etc.

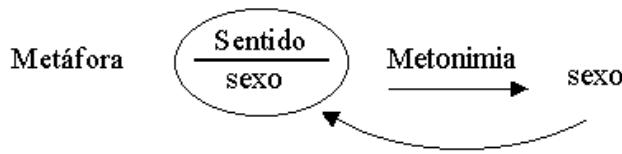
Aparecen los dos penes de las arañas, también tienen dos penes las víboras, y por supuesto, hay un capítulo sobre las prácticas de la mantis religiosa que se come la cabeza del macho durante la cópula, tema muy abordado en el psicoanálisis.

Leo una parte del libro de Rostand, una cita un poco larga, dice: "Entre los gusanos platinereis, la hembra recibe el semen en la boca, entre los tritones lo aspira con los labios de la cloaca, entre los rotíferos el macho lo inyecta en cualquier región del cuerpo femenino, entre las sanguijuelas lo deposita a flor de piel y el semen penetra por sí solo. En muchas especies de invertebrados, el macho que practica una suerte de siembra artificial, empieza por embadurnar de semen alguno de sus apéndices y lo deposita después en el lugar requerido. La rana, por ejemplo, emplea un palpo maxilar, el pulpo un tentáculo, la libélula un vástago torácico." Una consecuencia que Lacan sacaba del texto de Rostand -que en realidad es una compilación de Rostand, son diversos autores que son especialistas en temas del mundo animal-, es que el pene o el órgano fálico está muy lejos de dar el modelo de la reproducción sexual en el mundo animal. Existen formas directamente de ciencia ficción y esto es algo, incluso se podría decir, raro en el mundo animal. A Lacan le sirve para llevarlo para el lado del significante y sacar consecuencias. Ahí, en ese capítulo en especial con respecto al orgasmo por ejemplo, tampoco es claro que exista en las especies animales, o bien existe de otro modo.

Ahora, otra consecuencia que se puede sacar de acá es que siendo tan absolutamente diversa la reproducción sexual en la biología, uno podría hacer la hipótesis o la conjectura de que el ciclo de la reproducción sexual en el hombre ha tomado el sentido como espermatóforo. El sentido mismo, la cultura en el aspecto más general, el lenguaje, las identificaciones, todos los valores simbólicos, podrían estar tomados directamente en el ciclo sexual de la reproducción humana. Y en ese caso, aunque uno sostuviera que no hay relación sexual, porque el lenguaje está sustituido a la relación sexual, porque el sentido está sustituido a la relación sexual, desde el punto de vista de la reproducción sexual, del ciclo de la reproducción humana, el sentido tiene una función positiva, está coadyuvando a la reproducción de la especie, está tomado en el ciclo natural. Con lo cual, en un sector de la cuestión podríamos estar de acuerdo con la tesis de que no hay relación sexual y en el otro, no tiene la menor importancia porque desde el punto de vista biológico para la reproducción sexual es lo mismo que el hombre se reproduzca mediante signos propios de la especie para encontrar el partenaire, a que lo encuentre por casualidad a través de la vía del sentido, o del equívoco.

Entonces, si de un lado tenemos el sentido sustituido al sexo, de otro lado tenemos, afuera de este esquema, de nuevo al sexo, bajo la forma del ciclo de la reproducción sexual sosteniendo todo el movimiento y cumpliendo el objetivo biológico que tiene que cumplir.

Si uno sigue un poco pensando en este modelo, en la sustitución tendríamos un movimiento que es metafórico, tenemos el lenguaje sustituido a la sexualidad, y de este lado lo que tenemos es un desplazamiento, o sea, una metonimia por donde el sexo ocupa dos lugares distintos.



También podríamos hacerlo con respecto al sentido porque de un lado tenemos el sentido sustituido a la sexualidad y de otro lado lo tenemos completamente cambiado de función y tomado en el ciclo sexual. Cambiado de valor y como una especie de herramienta u órgano del ciclo de la reproducción sexual; esto cuando invertimos todo el desarrollo.

Con esta idea, con este pequeño esquema que hacía, estaríamos tomando un poco lateralmente, de modo un poco desplazado y un poco crítico, si se quiere, las dos grandes tesis de la obra de Lacan que son: El inconsciente estructurado como un lenguaje, la primera, y la falta de relación sexual, la segunda tesis. Esto no las refuta pero las pone en otro contexto, les da otro valor a los dos desarrollos.

De ahí, entonces, la segunda pregunta que quería contestar, a la cual me llevó la primera, el punto de llegada de la obra de Lacan, la sustitución del sentido a la sexualidad y la pregunta era: ¿Qué es el psicoanálisis?

La primera respuesta, la más evidente, es que es una práctica donde está en juego el sentido y el sexo por vía de una descomposición del sentido. Es una definición muy amplia que uno podría dar de qué es el psicoanálisis, y que haría a las dos vertientes fundamentales de la técnica analítica que son la asociación libre y la regla de abstinencia.

Del lado de la asociación libre porque comporta efectivamente un grado de descomposición del lenguaje en la medida en que tiende a eliminar el yo del hablante. En la medida en que esto ocurre, a lo que tiende la asociación libre es a la producción de un significante faltante, es decir, alguien no está sosteniendo lo que dice, falta en los significantes de lo que está enunciando.

Del lado de la abstinencia, si uno piensa por qué esto es correlativo -en general se le ha dado siempre mayor importancia al tema de la asociación libre que al tema de la abstinencia, en la teoría y en la técnica- uno debería preguntarse por qué son correlativos, por qué se le ha ocurrido a Freud que esto era la contrapartida, cierta distracción del analista en el trabajo analítico. Si uno pensara en un analista que tomara posición o que no tiene la abstinencia suficiente, que simpatiza o empatiza con el paciente, por ejemplo, lo que estaría produciendo es alguien que tiene un punto de vista con respecto al material y con respecto al tratamiento. Si toma un punto de vista pasa algo similar a lo que yo explicaba antes con respecto al tema de la pulsión, lo que no se va a localizar es algo que estaba "perdido" y que nunca estuvo. Lo que dificultaría el tema de la abstinencia si no se cumple es la localización del objeto. Lo que perturba la falta de abstinencia del analista es la transferencia misma, la instalación del objeto como valor transferencial, dicho en otros términos perturba al gabinete experimental que es una sesión de análisis, el hecho de que está circunscribiendo el discurso del paciente, el setting mismo. Incide sobre la posibilidad de localización del objeto en la transferencia en el analista, el analista se localiza demasiado pronto en un objeto si rompe la abstinencia. Supongamos que aborda sexualmente al paciente, lo que hace es tomarlo como partenaire, lo que no se va a ubicar es todo lo que está relacionado con la pulsión y todo lo que rodea y converge con la asociación libre, son como dos círculos. Quiebra el contexto analítico porque le da punto de vista, porque si hay punto de vista no hay contexto. Esa sería la idea para sostener el tema de la abstinencia y para sostener por qué uno no se acuesta con un paciente.

La segunda respuesta es que es una práctica sexual humana. Es sorprendente responder así, pero en la medida en que llegamos a la idea de que el sentido está sustituido a la sexualidad y que

está inscribiendo la sexualidad que falta, en una sesión de análisis, en la más pobre que uno se imagine, hay un goce de hablar, hay un goce en la palabra, y por lo tanto es una forma, si se quiere, en extremo, incluso en el extremo último del ciclo sexual humano, de goce, y por lo tanto el psicoanálisis forma parte de la sexualidad humana independientemente de que sea una teoría y una práctica.

Lacan, por ejemplo, se preguntaba por qué los pacientes volvían. Y la respuesta era que retornaban por el goce del bla-bla-bla, no era ni para curarse, ni para saber sobre sus fantasías, sobre su inconsciente, etc., sino porque gozaban de hablar.

La tercera respuesta es que el psicoanálisis es la punta del iceberg, ésta es una metáfora, por supuesto, freudiana. En el psicoanálisis estamos viendo en este momento de la historia, después de lo que armó Lacan, al sentido sustituido a la no-relación, pero probablemente esto esté en un conjunto mucho más amplio -que es la conjectura que yo hacía-, y esté montado sobre el ciclo de la reproducción sexual en un movimiento que está comprometiendo -si esto es cierto, cosa que por otra parte yo no puedo demostrar ni se me ocurre cómo-, compromete gran parte de la idea que tenemos de la sociedad, la sociología, las ciencias sociales, etc. Y, en ese sentido, el psicoanálisis sería como el primer avistaje de una manera distinta de abordar una serie de disciplinas.

Conectado con todo este tema hay dos problemas ligados que quiero destacar.

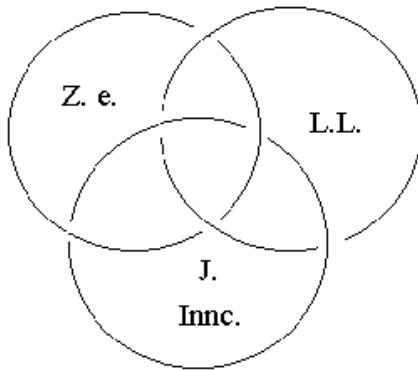
Uno es el de la representación inconsciente, lo que Lacan ha traducido muchas veces como significante, en alemán el término es *Vorstellungsräprasanz*, el representante de la representación, que está ligado en Freud al tema del pensamiento inconsciente. Freud creía que el aparato psíquico contenía en algún punto representaciones preconscientes y representaciones inconscientes, por eso hablaba del pensamiento del sueño o de pensamientos inconscientes. Ahí, rápidamente se arma una crítica a los primeros textos del psicoanálisis que viene del lado de la fenomenología y se trata de que sea imposible describir la existencia de representaciones inconscientes y que hasta cierto punto -y esto lo retoma Lacan bastante tardíamente, en el '77- el término "representación inconsciente" es una contradicción en términos, no es sostenible. En Lacan esto está en un texto que se llama *Proposiciones sobre la histeria*, que es una conferencia en Bruselas en una época ya muy poco freudiana de Lacan.

El otro problema ligado con esto, sea o no sostenible el tema de la representación inconsciente, es que la idea de que hay un pensamiento inconsciente en la base del mundo, en la base del universo, es la idea misma de Dios, es una idea teológica. La idea de que hay algo, un saber o una ciencia, o un conocimiento, alguien o algo que está pensando cómo se desarrollan los hechos del mundo y del universo es la idea misma de Dios, y que uno la lleve al interior de las personas, no cambia nada, o sea, sigue siendo una idea teológica. Si uno sostiene que el inconsciente presenta pensamientos inconscientes, la idea finalmente es una idea teológica, uno ha sacado a los Dioses del cielo y los puso dentro de las personas.

En los '70 se hablaba mucho en Buenos Aires de la demonología freudiana, y después pasó a la historia eso, pero este tipo de reflexiones tienen como tope, como denominador común una teología o una demonología, aunque no haya sido para nada la voluntad de Freud.

Esta teoría de las representaciones inconscientes, o de la idea de los pensamientos inconscientes sería la de algo que está en el interior. Gran parte del esfuerzo de Lacan ha sido sacarlo al exterior, poner el inconsciente como algo que está afuera de las personas, del organismo, de los sujetos y meter el goce entre la zona erógena y el lenguaje.

Si uno piensa en los nudos borromeanos, por ejemplo, uno podría decir que de un lado está la zona erógena, y de otro lado tenemos la lengua y que el campo que está ligando esto es el campo del goce, con lo cual si uno metiera el inconsciente acá [campo del goce (J.)], no estaría ubicado en ninguno de los dos lados, está en el exterior, y sería más bien este el esquema que le corresponde.



La idea de objeto (a) en Lacan está muy ligada a salir de la representación inconsciente del modelo freudiano, de salir al exterior, de sacar al inconsciente del interior del organismo o de la persona y en lugar de hablar de contenidos, de representaciones inconscientes, lo que aparece en Lacan es una idea de falta correlativa a la de un significante sin significación. Y el movimiento, a lo que lleva esto, es al descubrimiento, a la invención del objeto (a) que sería como el referente faltante del desplazamiento de la cadena significante. En ese aspecto, Lacan ha utilizado y corregido el modelo freudiano, lo ha sacado del alcance de la crítica fenomenológica, lo puso en otra órbita epistemológica, fuera de las relaciones sujeto-objeto, fuera de la relación interior-exterior con la topología; acá con los nudos borromeanos -que era el desarrollo que tomaba-, pero antes con todas las figuras clásicas de la topología, con el Toro, la banda de Moebius, etc.

En este punto, en la historia del psicoanálisis hay un desplazamiento -que les quería señalar-, que va desde un momento donde el psicoanálisis tiene mayor significación que es el de las representaciones inconscientes ligadas al complejo de Edipo, por ejemplo, a una teoría en los años '80, al final de la obra de Lacan, o incluso antes, con la invención de la cuestión del significante donde la significación queda despejada, o sea, lo que tenemos es una idea de la lengua con otro valor. Y, converge bastante con el modelo que yo presentaba del sentido tomado en el ciclo sexual, porque efectivamente, eso le saca todo valor como lengua, como sistema de signos, lo cambia de función.

Finalmente para concluir, voy a hacer una especie de capitonado con la primera clase en la que había pasado una representación de la caverna de Lascaux, estaba el dibujo del cazador que muere en el acto de cazar al bisonte y estaba en juego el sexo, la muerte y el tema de la representación que yo lo había tomado como equivalente al pienso y había dicho que ahí, había tres cuestiones que llevaban, las tres, a una falta de representación.

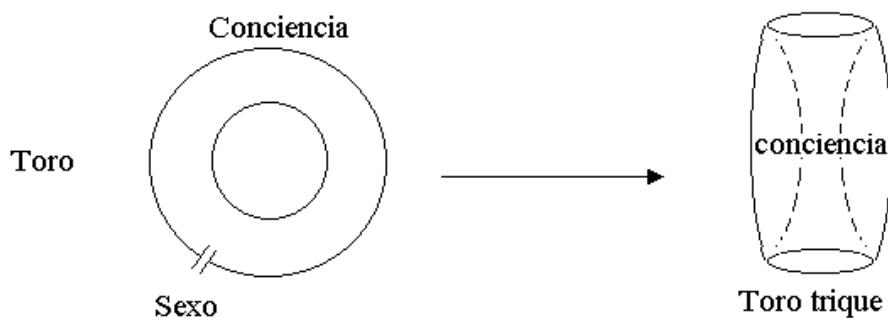
-Del lado del pienso, porque no se puede capturar como sujeto, se captura como objeto, cuando yo reflexiono sobre lo que pienso, tomo lo que pienso como objeto de mi pensamiento pero no puedo autonomizarme como sujeto;

-Del lado de la muerte, si me imagino muerto estoy afuera, es lo que había comentado en la primera clase;

-Y del lado del sexo, lo había focalizado en relación al orgasmo en el sentido de que tiene un valor o una función de pérdida de conciencia que la hace equivalente al tema de la muerte y a la representación.

Entonces, si uno quisiera decirlo en otros términos, en términos un poco, si se quiere, abusivos, uno podría decir que los grandes tópicos del psicoanálisis, el sexo y la muerte -que están por debajo de todos los desarrollos-, son temas que se pueden abordar desde la conciencia, desde el lado de la conciencia uno lo encuentra como un límite, como un agujero a lo que el pensamiento puede captar de sí mismo. Esto da otra entrada a la problemática del psicoanálisis.

Tendríamos, la conciencia y algún tipo de perforación, vamos a suponer que está particularmente ligada con el sexo -dejo afuera el tema de la muerte y del pienso-, hay como una especie de agujero en la conciencia -lo estoy dibujando sobre un Toro-, sobre un anillo, y si uno hiciera un movimiento de invaginación y pasara todo el Toro por este agujero, lo que obtendría es una especie de figura que tendría esta forma que se llama en el seminario XXIV de Lacan, el Toro trique una especie de Toro garrote; si uno pasa todo el Toro por este agujero queda esto (Toro trique), una figura deviene la otra. Y, lo que uno encontraría al hacer este movimiento es que la conciencia queda tomada en un conjunto más amplio que es el de la sexualidad. Con lo cual estaríamos en desarrollos que son muy parecidos, partiendo de la conciencia a los desarrollos del inconsciente y que es lo que Lacan ha puesto en cuestión particularmente en el seminario XXIV que es un seminario devastador. Miller hablaba, respecto de l'insu de "la demolición del templo".



Lo que hice acá fue hacer como una especie de embudo donde el agujero queda circunscribiendo todo lo exterior.

Con este capitonado termino mi exposición.

Pregunta: ¿Qué quiso decir Miller con "la demolición del templo"?

Carlos Faig: Miller se refería particularmente a un sector de la obra de Lacan, a un Lacan contra Lacan, que había devastado los 23 seminarios anteriores en el XXIV -después sigue un poco en el XXV, el XXVI y el XXVII, tienen muy poquito contenido-. Dicho sin vueltas, que había tirado abajo la Escuela y la propia teoría de él. En realidad lo que decía Miller se circunscribe a la obra de Lacan, pero con Freud fue muy crítico también, no solamente tiró el templo de él sino que le tiró el templo abajo a Freud. Y en esa época aparecen estas reflexiones que son más agudas o más polémicas, como la de la idea de que no hay posibilidad de sostener que haya representación inconsciente. Esto es del '77, más o menos contemporáneo al seminario XXIV, la parte más álgida de la obra de Lacan.

Comentario: En esta época Lacan estaba gravemente enfermo, ¿su enfermedad lo puede haber influido sobre su visión de la teoría en los últimos años?

Carlos Faig: Al menos no en el Seminario XXIV. No estaba enfermo. Estaba bien, y por eso es un seminario que tiene bastante desarrollo.

Pregunta: Inaudible.

Carlos Faig: Finalmente en unas conferencias en Estados Unidos Lacan dice que el psicoanálisis es una práctica para sentirse mejor, que es un sesgo para sentirse mejor. Es absolutamente sorprendente que Lacan diga eso pero yo supongo que podía bancarse perfectamente haber analizado muchísima gente durante mucho tiempo aún considerando que había armado cosas que no estaban del todo bien, no creo que la cosa le patinara mucho por ahí. No sé si es exactamente lo que me preguntabas.

Comentario: Lo que a mí me sorprende es la gran cantidad de análisis, de candidatos que él tenía y después cuestiona esos análisis.

Carlos Faig: No los análisis; lo que cuestiona es la teoría psicoanalítica, y especialmente la que había armado él. De los análisis por ahí consideraría que si les había hecho algún bien, o los sacó para otro lado, no estaban en cuestión.

Pregunta: Sobre el psicoanálisis y la universidad.

Carlos Faig: En principio el hecho que la teoría de Lacan haya pasado a la universidad fue raro, al menos inesperado. Empieza a pasar con la tesis de Anika Rifflet-Lemaire, un libro que se llama *Lacan*, es la primera tesis universitaria que se hace sobre Lacan, y Lacan le escribe un prólogo. En el prólogo habla de un cambio de leyes del psicoanálisis al pasar al discurso universitario. Esto es más o menos contemporáneo de la teoría de los cuatro discursos. En una época fue un libro muy leído. Fue un libro que salió en los '70, del poquito material que circulaba de Lacan, el prólogo se leyó mucho.

La idea es como una especie de anamorfosis, como en pintura, vos ponés en relación a una pared, una foto, la ponés en diagonal, y tirás todas las líneas de la foto, punto por punto, las hacés corresponder biunívocamente con la pared, y te sale una figura estirada, como la que está en el seminario XI, la calavera que está debajo en el cuadro de Holbein.

Con el psicoanálisis en la universidad pasa un poco lo mismo, vos cambiás las leyes de un espacio a las leyes de otro. No es que sea cuestionable el psicoanálisis en la universidad, pero es otro tipo de disciplina cuando está ahí, hay otras cosas en juego.

Y el tema del sentido -en relación a la pregunta que vos me hacías-, el agujero que circunscribe o lo que la lengua podría movilizar de goce, es algo que en la facultad es muy difícil que entre, porque vos tenés la perspectiva de que tienen que dar examen, no le vas a preguntar por los agujeros, le tenés que preguntar por los contenidos. Ese es un poco el problema, o parte del problema de la difusión del psicoanálisis en la universidad.

La otra cuestión es que en Psicología te encontrás de golpe respondiendo preguntas que nadie se hizo porque no tienen práctica analítica, le faltan años. Por ahí le faltan años de práctica analítica para más o menos llegar a las preguntas ellos.

Pregunta: ¿Vos hablás de práctica analítica como paciente o como analista?

Carlos Faig: Como las dos cosas. Como paciente podés pescar mucho de lo que es el psicoanálisis pero las preguntas sobre para qué sirve la teoría analítica te las empezás a hacer cuando trabajas, no cuando sos paciente.

Ser paciente está tomado en otra problemática, tenés otra mira, es más personal la cosa. Cuando empezás a atender, por ejemplo te preguntás ¿dónde está el rasgo unario en el paciente? ¿Sirve para algo? Hasta ahí vos podías decir, el rasgo unario es el uno de cada uno de los unos de la serie, pero después si querés saber cómo operan las identificaciones y qué tiene que ver el trazo unario con la identificación, vas por otro lado. No tenés que dar cuenta de un concepto sino que tenés que dar cuenta de cómo operás en psicoanálisis con él.

Comentario: Pero también a uno le pasa como docente que cuando vos tenés pacientes que se han analizado entienden la teoría de otra forma -en la medida en que van vivenciando-, de aquél que no se ha analizado.

Carlos Faig: Sí, en parte es cierto. Les es menos ajeno. Pero si de esto resulta que son alumnos aventajados están representados... No salimos de un saber.

Pregunta: Por un lado, quería preguntarte ¿cómo ve Lacan las fantasías originarias o la protofantasías cómo juegan en la teoría de la sexualidad en Lacan? y por otro lado, ¿cómo vería Lacan lo que Freud llamaba el psicoanálisis silvestre y las psicoterapias?

Carlos Faig: Las protofantasías: en principio, todo lo que es *Ur*, originario, podemos tomarlo como del nivel de la estructura. De modo que las protofantasías, con ese barrido rápido, podrían situarse cómodamente. Pero hay un problema: ya estaban allí antes. Vienen, sobre todo, por vía filogenética. Y ahí estamos en problemas.

La segunda pregunta es más fácil de contestar. Estaba completamente a favor, si entendemos que el psicoanálisis silvestre es el psicoanálisis no médico. Lacan estaba a favor sobre todo del psicoanálisis “no nada”, sin título otro que el pase. No de psicólogos, no de médicos, no de profesores de literatura, o sea, pensaba el psicoanálisis como una disciplina independiente de todas las demás. Y lo que habilitaba a un tipo como analista era el análisis personal y las formaciones en la supervisión, en la teoría, pero no ningún tipo de título universitario.

Comentario: Pero en la praxis en las instituciones si no tenés un título, no entrás.

Carlos Faig: No debería ser así en las instituciones lacanianas. Y por eso tuvo una función política la Escuela de Lacan.

Pregunta: En relación a esto que vos decís ¿podrías hablar de las psicoterapias que se hacen en las instituciones?

Carlos Faig: Ahora se hace psicoterapia en el lacanismo.

La argumentación es que el pasaje de la extensión a la intensión -la extensión Lacan la tomaba como denegación del deseo del analista, como una negación del psicoanálisis-, en alguna institución fundamenta la diferencia entre psicoanálisis y psicoterapia. Allí consideran que pueden ser lacanianos trabajando diez sesiones en un hospital, que están trabajando en la extensión del psicoanálisis. Se han arreglado las cosas como para que la gente tenga trabajo, pero Lacan no adscribiría a eso de ninguna manera, para nada.

Pregunta: ¿Por qué Lacan dice que no existe la depresión si no la debilidad mental?

Carlos Faig: No, que no existe la depresión, no dice. ¿Vos decís en el texto del cierre del Congreso sobre psicosis Infantil?

Respuesta: Sí.

Carlos Faig: Saqué una cita de ahí, Lacan habla de Dante, dice que el mayor pecado es la tristeza, pero no es que Lacan sostenga que no existe la depresión como entidad clínica.

Pregunta: ¿Dónde está en Lacan el tema de la relación entre el rasgo unario y el objeto (a)?

Carlos Faig: Está al final del seminario VIII, ligado al duelo del analista. Y después en seminario X tenés otras referencias: el ciclo maníaco-depresivo ligado a la juntura o a la disyunción del objeto con el ideal. Está muy tomado de Freud además el desarrollo, les puso letras Lacan pero lo ha sacado de ideas de Freud bastantes clásicas respecto del ciclo maníaco depresivo.

Pregunta: Fuera de contexto, Onfray ¿qué te parece?, porque yo no sé si es un mediático, o si es un vivo o si sabe.

Carlos Faig: En mi opinión, es todo junto, es mediático, es un vivo... Por ahí, en filosofía tiene una formación más importante, especialmente con el tema de los epicúreos, de donde salió él, debe haber leído bastante de eso, supongo. De Freud (lo que yo leí en un reportaje que me habían pasado) presenta información distorsionada.

Pregunta: ¿Por qué se tira tanto contra Freud?

Carlos Faig: Para vender y promocionar el libro, son libros que venden. Cada tanto aparecen, cada cinco, diez años aparece un libro negro sobre el psicoanálisis, o un libro sobre la biografía de Freud, todos muy conocidos.

Lo que yo leí de él en un reportaje me pareció muy precario, la información que tenía, que cuenta de Signorelli, y de un análisis de un lapsus de Freud, la información era incorrecta, muy parcial.

Pregunta: ¿Y hoy en el pensamiento francés quién está, no sé si en filosofía política, para mí Alain Badiou?

Carlos Faig: Badiou se recicló bien. Se recicló el althusserismo en general. Ellos venían en una época, Badiou, Balibar y otros alumnos venían pensando si era posible pasar del feudalismo al socialismo sin un tránsito previo, si se podía saltar la fase capitalista. El mundo le dio vuelta a todo de una manera absolutamente espectacular, por lo que pasó con China, por la caída del muro de Berlín, etc.

Algunos quedaron en el camino, Badiou se recicló por el lado de la estética y la filosofía, salió con una filosofía un poco más clásica pensando el tema del acontecimiento, lo múltiple, etc. Algunas cosas de Badiou resultan de la última parte de la obra de Althusser, que es menos conocida y que tiene que ver también con los epicúreos casualmente, el clinamen, una causalidad sin destino, azarosa.

UN ASPECTO DE LA TÉCNICA FREUDIANA VINCULADO CON EL SIMBOLISMO*

1. En diversos historiales Freud deduce sus conclusiones, o bien presenta el material, basándose en una *técnica combinada*. La mixtura de esta técnica, que constituye un hecho poco señalado y muy visible en la experiencia freudiana, combina el simbolismo –una clave fija– y la asociación libre –una clave desconocida–. Ilustremos este punto con la definición de Freud: "Los elementos simbólicos del contenido manifiesto nos obligan a emplear una técnica combinada que se apoya, por un lado, en las asociaciones del sujeto y completa, por otro, la interpretación con el conocimiento que el interpretador posee del simbolismo"(1).

El simbolismo ocupa en la obra freudiana un lugar más importante del que se tiende a otorgarle actualmente. El estatuto teórico del símbolo es muy complejo aun examinando únicamente *Interpretación de los sueños*. El símbolo allí se ve afectado por la sobredeterminación –a pesar de que se defina por una clave fija–, su significación misma depende del contexto. Freud, todo parece indicarlo así, elidió en la primera versión de *Interpretación de los sueños* el tema del simbolismo (o mejor: redujo al mínimo su exposición) para facilitar la comprensión de su innovación. Para restituir la época del descubrimiento, la atmósfera de los primeros freudianos, en este punto particular, conviene recordar la indagación de Freud y algunos discípulos en la mitología –los símbolos allí pululan–, y a Rank que figuró algunos años con la autoría de dos capítulos del texto de Freud. Pero quizás debamos pensar ante todo en la caricatura del analista que presenta el cine inglés y norteamericano de los '50, evidente en Hitchcock; por ejemplo, en el filme *Vértigo*. En este cine uno de los rasgos distintivos del analista es la pasión por el símbolo. Así, cuando alguien aparece en pantalla diciendo que la serpiente es un símbolo fálico, o que la caja representa la vagina, no dudamos en hallarnos frente a un freudiano. Hoy, tal vez, esta identificación produzca algún escozor. Pero, sin embargo, esta percepción tiene justificación: esos símbolos son, en efecto, freudianos, nos guste o no. Buscando un poco entre la psicología revuelta de los semanarios nos topamos con joyitas del mismo estilo, que nos devuelven la dimensión del freudismo antes de la consigna lacaniana del retorno a Freud; antes de que se lo reprimiera. El estatuto del símbolo fue parcialmente eclipsado por la teoría del significante de Lacan. Pero Freud mismo, lo dijimos antes, había efectuado una primera "represión" de este tema. Y, en lo fundamental, esto se debió a la necesidad de que su texto no fuera confundido con una clave de los sueños, como las que eran frecuentes en aquella época y todavía hoy circulan. En verdad, pensando en la obra freudiana hacia principios de siglo, en lo que había escrito hasta esa fecha, Freud tomaba como un referente continuo al saber popular (ocasionalmente este tipo de saber es la clave de la interpretación) y, por lo tanto, se prestaba fácilmente a la confusión aludida en la medida en que las claves de los sueños participaban (y participan) de fenómenos de creencia masivos.

La cuestión del símbolo es legible en varios historiales a partir de la utilización de la llamada *técnica combinada*. Veámoslo.

En el caso Dora, si nos dirigirnos al primer sueño de la joven que analiza Freud, todo el material aportado converge hacia el vocablo *Schachtel* –caja y mujer en sentido despectivo–: las gotas, la afonía, la tos, el contagio de la venérea, etc. La presencia de la caja de joyas, en inicio, en el contenido manifiesto del sueño, ya conlleva simbólicamente la interpretación que alcanzará Freud. Y de manera evidente –aunque Freud no lo diga expresamente– la interpretación por símbolo y la asociación libre convergen.

Esto configura una curiosa situación por dos razones: en primer lugar y en general, porque el contenido manifiesto debe leerse como un rebús, una vez desplegado el contenido latente. El trabajo de interpretación del sueño es de ida y vuelta (como el modelo del capítulo VII de *Traumdeutung*): va hacia la palabra y vuelve hacia el jeroglífico (el rebús). De esta manera el rebús figura una

* El presente artículo fue publicado en: <http://trialectica.blogspot.com/>, en Agosto de 2010.

prueba de corrección o lectura que *no puede faltar* en la interpretación del sueño por cuanto el contenido manifiesto no podría constituirse de otro modo que como rebús. Excepto, claro, en el caso de que sea simbólico –y esto es lo que parece ocurrir en Dora–. El símbolo sustituye al rebús y nos vemos obligados a preguntarnos si el simbolismo freudiano no es simplemente un rebús convencionalizado, que ganó el lenguaje. Y en segundo lugar, porque Freud muestra en el historial una posición transferencial que lo identifica a un ginecólogo. Leemos por ejemplo: "Me limitaré – dice Freud en la introducción de 1925 al historial– simplemente a reclamar para mí los derechos que nadie niega al ginecólogo –o más exactamente aun, una parte muy restringida de tales derechos– y a denunciar como un signo de salacidad perversa o singular la sospecha, en alguien posible, de que tales conversaciones sean un buen medio para excitar o satisfacer deseos sexuales"(2).

Se trata del ginecólogo y su *hýsteron* histérico. Al respecto la pregunta: " ¿Dónde está la caja?", en el segundo sueño, es sumamente ilustrativa del movimiento. Por lo demás, hay que observar la salvedad que realiza Freud: "(...) una parte restringida de tales derechos", vale decir, no va a examinarla como ginecólogo. Pero entonces, ¿para qué compararse? Por otro lado, que "tales conversaciones (no) sean un buen medio para excitar o satisfacer deseos sexuales" implica renunciar al psicoanálisis. Pero entonces, ¿para qué tanta charla?

Si se comparan *Dora* y *Die Traumdeutung* se encuentran una buena cantidad de reglas técnicas aplicadas al caso y una serie de símbolos comunes a ambos textos.

Un conjunto de símbolos más complejo resume el historial del Hombre de las ratas. Como se sabe, se trata de las cinco equivalencias simbólicas que Freud sólo expondrá formalmente seis años después de presentado este caso. Así pues, la *rata*, punto de sobredeterminación del material, se encadena de manera significante con el complejo paterno (*Heiraten*) y, a la vez, tiene un valor simbólico (pene, niño; etc.).

En Juanito el caballo es un símbolo paterno, como lo será siempre en toda fobia el animal a partir de *Tótem y tabú*. Esta aparición del animal como símbolo paterno tiene su explicación en *Traumdeutung*: "La elaboración onírica simboliza generalmente con *animales salvajes* los instintos apasionados –del soñador o de otras personas– que infunden temor al sujeto, o sea, con un mínimo desplazamiento, las personas mismas a que dichos instintos corresponden. De aquí a la representación del temido *padre* por animales feroces, perros o caballos salvajes –representación que nos recuerda el totemismo– no hay más que un paso. Pudiera decirse que los animales salvajes sirven para representar la *libido*, temida por el yo y combatida por la represión"(3).

2. El subtítulo de *Pegan a un niño* dice: *Aportación al conocimiento de la génesis de las perversiones sexuales*. Excluyendo la referencia psicopatológica a la perversión y considerando que al menos cinco de los seis pacientes sobre los que toma ejemplo el texto no son perversos, la pregunta es por qué se trata de una fantasía masturbatoria. Es obvio que el despliegue (o la actuación) de esta fantasía no constituye una escena perversa. El terreno en el que se manifiesta es neurótico por definición. Existe, por tanto, más de una razón para preguntarse por la conexión entre el contenido de la fantasía y la masturbación. ¿Por qué la fantasía no conduce a una satisfacción perversa, a una escenificación? Freud responde que la satisfacción aportada es de naturaleza masoquista: "Pero sólo la forma de esta fantasía es sádica; la satisfacción extraída es masoquista; su significación está en que ha tornado la carga libidinosa en la parte reprimida, y con ella también el sentimiento de culpabilidad concomitante al contenido"(4). La referencia a un onanismo masoquista no arregla la laguna del texto –salvo que se tome literalmente la expresión: golpearse el pene–: el origen de la satisfacción es precisamente lo que habría que demostrar. Esta mención anticipa el punto que debemos alcanzar.

Nuevamente recurriremos a *Interpretación de los sueños* para ponernos en camino: "Los niños (los pequeños) suelen también constituir un símbolo de los órganos genitales correlativamente a la costumbre corriente – tanto en las mujeres como en los hombres– de dar al órgano sexual el cariñoso apelativo de "mi pequeño". Jugar con un niño pequeño o pegarle, etc., son con frecuencia representaciones oníricas de la masturbación"(5).

Con este párrafo podemos sostener que en *Pegan a un niño* también está presente la técnica combinada que vimos antes en los historiales. La reconstrucción de la segunda fase de la fantasía en la niña, la persecución del encadenamiento de la fantasía en general (en la niña y el varón) finalmente resultan anticipados por una *asociación simbólica*: el niño como símbolo fálico. Además, la presencia de *das Kleine* determina unívocamente el contenido de la fantasía en relación con la masturbación y, asimismo, conecta sin dificultad ninguna el masoquismo y la masturbación.

¿Por qué entonces la explicación más simple es evitada por Freud? Un razonamiento tal, creemos, proporciona demasiado y demasiado pronto. En este sentido, aparece como una perogrullada o un truismo. La apelación al simbolismo tampoco podría explicar "genéticamente" a las perversiones por su valor universal, y, habría que decir, hasta cierto punto formal. Sin embargo, y por las mismas razones, por esa vía se desliza el pensamiento de Freud y su concepto. En *Algunas consecuencias psíquicas* la equiparación del niño y el clítoris se ve abruptamente llevada al primer plano: "Esta fantasía (pegan a un niño) parece ser una reliquia del período fálico en la niña; la peculiar rigidez que tanto llamó mi atención en la monótona formula "pegan a un niño" probablemente acepte aun otra interpretación particular. El niño que allí es pegado-acariciado, en el fondo quizás no sea otra cosa sino el propio clítoris, de modo que en su nivel más profundo dicho enunciado contendría una confesión de la masturbación, que desde su comienzo en la fase fálica hasta la edad más madura se mantiene vinculada al contenido de esa fórmula"(6).

Debemos observar que los términos que utiliza Freud ("El niño que allí es pegado-acariciado") son cercanos a los que utilizara en *Die Traumdeutung* y que citamos antes. Esto refuerza la idea de que Freud disponía *in mentis* de la asociación simbólica mientras escribía el artículo, y suprimió intencionalmente este concepto del texto. ¿Acaso como interlocutores, en el tren freudiano, el simbolismo resultaría un tema inconveniente de conversación? Por otra parte, nuevamente hallamos la expresión "reliquia" referida a la fantasía que tratamos. Esta vez no se trata de una reliquia del Edipo(7) sino del período fálico en la niña. Por esto, el tratamiento del tema en *Algunas consecuencias psíquicas* no constituye, como sostiene Nassif(8), una cuarta fase de desarrollo de la fantasía sino más bien un subtexto o, más simplemente, una sobreinterpretación que conlleva un "blanqueo" teórico del razonamiento freudiano.

3. Si el simbolismo freudiano tiene la importancia que le acordamos aquí, ¿por qué se lo ha descuidado tanto en los últimos años? El avance del estructuralismo y la lingüística, y su posterior incorporación al psicoanálisis vía Lacan, privilegia el estudio de todo tipo de códigos y, por allí mismo, evita abordar los fenómenos de la lengua que se presentan más aislados. Este es el caso del símbolo, por cierto, que por definición no pertenece a un código (en el sentido saussureano). La constitución de la lingüística estructural relega, pues, el estudio del simbolismo. Estos objetos, para decirlo elegantemente, no se convienen. ¿Cómo ubicar al simbolismo, por ejemplo, en la bipartición lengua/habla? Al no hacer código, el simbolismo no es un hecho de lengua; mientras que su universalidad –la relación constante con lo que significa– impide considerarlo como un hecho de habla.

Los símbolos, en efecto, valen por sí mismos. *El "verdadero" símbolo*, diremos parafraseando a Jones, *no es opositivo ni negativo ni diferencial* La relación entre el símbolo y lo que significa es directa, carece de mediación y obedece a ciertas razones analógicas que Freud enumeró parcialmente. El símbolo puede constituirse por las siguientes razones:

- función*: el puente es símbolo del pene porque une;
- forma*: el laberinto simboliza al parto anal por parecerse a los intestinos;
- ritmo*: subir una escalera simboliza el coito porque hay continuidad rítmica, graduación y creciente agitación respiratoria con la que se llega a un punto cumbre;
- tamaño*: la lima simboliza al pene por su tamaño (por su función, en cambio –frotar–, simboliza a la masturbación);
- alusión*: los vestidos simbolizan la desnudez (contraste, contigüidad)(9).

En cualquiera de estos casos la operación que origina al símbolo no se halla en la lengua. Si extendemos esta idea para pensar la relación entre símbolo y contenido manifiesto del sueño, vemos que Freud registra que la relación es múltiple. En efecto, el símbolo puede valer como tal y, además, puede ser tomado literalmente (ejemplo: la escalera es símbolo del coito, y, literalmente, *Steigen* significa en alemán subidor y cogedor). Esto indica que la independencia del símbolo es casi completa: aun implicado en el contenido manifiesto y habiendo cambiado de función, su valor de símbolo se conserva. El símbolo dispone de una inmunidad funcional envidiable.

Por otra parte, si revisamos los dos textos de Lacan dedicados a Jones y su teoría del simbolismo advertimos que el examen del tema es bastante apresurado. Lacan, por ejemplo, atribuye a Jones la idea de que el simbolismo se reduce, finalmente, a la designación de ciertas relaciones fundamentales⁽¹⁰⁾.

Esta asignación es indebida. Jones, en rigor, tomó la idea de Freud; a quien, por cierto, cita en su texto. No pretendía haber descubierto nada en este punto. Otra cuestión que atestigua la rapidez con que Lacan examinó este tema se manifiesta cuando sostiene que el simbolismo no ocupaba ningún lugar en la primera edición de *Traumdeutung*. Este desarrollo, contrariamente a lo que afirma Lacan, no es sólo un agregado de 1914. Ya dijimos antes que esta referencia se ve especialmente reducida en 1900, para evitar que *La interpretación de los sueños* sea confundida con una clave de los sueños.

Queda por establecer si los textos de Lacan resuelven el tema del simbolismo, más allá de la crítica a Ernest Jones, que, aunque justa, no presenta positivamente el problema. Por momentos Lacan parece identificar simbolismo y objeto (a), en otras ocasiones parece sustituir la concepción metafórica de Jones por un planteo metonímico del símbolo emparentándolo al falo⁽¹¹⁾.

Sea como sea, el simbolismo tiene una presencia clínica importante y descuidada: en los sueños (se interpreten o no los símbolos), en la clínica de la psicosis (los pájaros, por ejemplo, son una simbolización frecuente –ya observada por Schreber en sus *Memorias*–), y en enfermedades psicosomáticas como el asma (en los niños asmáticos la nieve es un símbolo frecuente de un cambio de estado), para no citar más que tres ejemplos.

Notas

- 1.- Sigmund Freud, *Obras Completas*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1973, p. 560
- 2.- *O.C.*, p. 935. (Es importante señalar que las expresiones de Freud corresponden a la *Introducción* a la edición de 1925 de *Historiales clínicos*.)
- 3.- *O.C.*, p. 595 (subrayado por Freud).
- 4.- *O.C.*, p. 2472.
- 5.- *O.C.*, p. 562.
- 6.- *O.C.*, p. 2900.
- 7.- *O.C.*, p. 2474. Además, y sobre todo, en tren de situar inconveniencias, recordemos a la pequeña Ana, hija y paciente de Freud. A ella debemos buena parte del material que Freud nos transmite a propósito de esta fantasía.
- 8.- Jean Nassif, *La fantasía en "Se pega a un niño"*, en *Objeto, castración y fantasía en psicoanálisis*, Siglo XXI ed., Argentina, 1972, pp. 61-62.
- 9.- J. Laplanche y J.-B. Pontalis, *Diccionario de psicoanálisis*, Labor, Buenos Aires, 1971, cf. *Simbolismo*, pp. 426-430, y esp. p. 429.
- 10.- Jacques Lacan, *Écrits*, Seuil, París, 1966, p. 294. Allí leemos: "En un artículo fundamental sobre el simbolismo, el Dr. Jones, hacia la página 15, observa que, aunque haya millares de símbolos en el sentido en que los entiende el psicoanálisis, todos se refieren al cuerpo propio, a las relaciones de parentesco, al nacimiento, a la vida y a la muerte." Cf. también en *Écrits*, p. 704. Hay tr. cast. del texto de Ernest Jones, *La teoría del simbolismo*, en ficha, p. 25 (*British Journal of Psychology*, vol. IX, 2, 1916; retomado en *Papers on Psycho-Analysis*, Londres, Baillière, 5^a ed., 1948). En Freud el concepto se encuentra en *Lecciones introductorias al psicoanálisis*, 1915-1917, capítulo X, *El simbolismo en el sueño*, *O.C.*, p. 2214.
- 11.- J. Lacan, seminario XIII, lección del 20-4-66 (inédito).

ISOMORFISMOS. IMAGEN ONÍRICA, ESCRITURA Y CASTRACIÓN*

Los tres primeros conceptos que analizaremos aquí son la imagen onírica (el rebús), la escritura y la castración. Aunque disímiles, forman parte de ciertos conjuntos que muestran un movimiento entre sus elementos, una covariación, que los identifica. En particular estos tres términos hacen sistema. Se sabe que la ausencia de relación sexual es impensable sin el concepto de escritura –el rebús es una de sus formas–, y que la castración resulta inmediatamente implicada al hacer jugar estos términos.

En el artículo en general y en la medida en que el isomorfismo atañe a todos los términos analizados se plantea el problema de la relación de esta operación con la estructura.

El isomorfismo que aislamos, se verá, es ciertamente elemental. Consiste en un movimiento que se produce en dos pasos sobre un punto intermedio que hace de bisagra o articulación.

I. Cómo soñamos.

Contenido latente/rebús/contenido manifiesto. Freud, en Interpretación de los sueños, comienza por atender al contenido manifiesto, al relato del sueño. Este relato consiste en la puesta en palabras de las imágenes oníricas, del jeroglífico del sueño. Acto seguido, toma las asociaciones del sueño, es decir, el contenido latente. Con ayuda de estas otras palabras, termina por conferir a las imágenes iniciales del sueño el estatuto de un rebús o, más en general, de una representación plástica. Y allí ubica e interpreta el deseo del sueño (los deseos).

Es fácil perderse sin esta guía. Si el sueño está bien trabajado, las imágenes adquieren una posición doble. Se parte de ellas para volver a ellas. Como en la prueba de corrección de una división –el resultado obtenido se multiplica por el divisor y obtenemos el dividendo–, las imágenes oníricas se desmultiplican en el contenido latente y una vez que se obtiene el sueño como rebús el camino puede desandarse. En ese punto donde el lenguaje pierde pie, donde los significantes de la demanda se quiebran y alcanzan su proximidad mayor al deseo, Lacan, recordémoslo, ubicaba a la instancia de la letra (rebús significa también resto, deshecho).

II. Cómo fonetizamos la escritura.

Lenguaje/marca/lenguaje. Desde la Histoire de James Fevrier se desarrollan las páginas tal vez más conocidas del Seminario sobre la escritura. Se ha dado en llamar conjetura sobre el origen de la escritura al siguiente movimiento: Encontramos una inscripción, una suerte de marca de fábrica o de firma como, por ejemplo, las que llevan las vasijas predinásticas egipcias; luego, esa marca es nombrada, y, por último, sirve para nominar un rasgo fonético del lenguaje. De un modo similar, la escritura figurativa, en el límite de su borramiento –Lacan explica el nacimiento de la escritura cuneiforme mediante ese borramiento–, termina por aislar un rasgo que aguarda, desde siempre, ser utilizado para simbolizar un fonema⁽¹⁾. Cuando el signo pasa a ser tomado como objeto se invierte la relación inicial y el objeto al que el signo hacía referencia se pierde. Siguiendo el ejemplo de Lacan: “an” es el nombre de un jeroglífico que simboliza al cielo; luego, el jeroglífico simboliza al fonema “an”; el objeto queda reprimido. (Si adujéramos que el fonema esperaba ser escrito, el amor no sería ajeno al asunto.)

III. Falta de instrumento/Falo/suplencia del sentido.

Si se acepta que el Seminario de Lacan se compone, al menos descriptivamente, de dos partes: de un lado la falta de órgano copulatorio –que lleva a transformar el instrumento en

* El presente artículo fue publicado por primera vez en: www.ppba.org.ar/, el Jueves 2 de Agosto de 2007. Posteriormente fue retirado de dicho espacio y publicado en: www.elpsitus.com.ar/, el 26 de Mayo de 2008. En la presente edición se conservan las dos notas finales que figuraban en la publicación originaria.

significante y luego a perforar el código–, del otro la suplencia del sentido, entonces, se puede ubicar en su articulación al Falo y centrar allí la lectura.

El Seminario pivotea oníricamente sobre ese concepto. Al sueño de la relación sexual sigue el despertar del sentido sexual (el psicoanálisis ha mostrado que también soñamos despiertos) que reproduce el vacío, el blanco que deja el Falo.

Cuando el sujeto hace su declaración de sexo –según la expresión ideada por Lacan y que se impuso en los últimos años sobre su pendant “la elección de objeto”–, cuando dice “yo”, al mismo tiempo señala su sexo, pone en juego a la castración. El significante –como acabamos de ver– no lo designa como sexuado. En efecto, existe una falla en el significante referida al hecho de que el sujeto está afectado por un sexo.

IV. Cómo leemos a Lacan. Texto/grafos-matema/texto.

La obra de Lacan presenta ciertas claves que, aunque no están disimuladas puesto que son bien visibles, no son fáciles de reconocer y, menos aún, de utilizar. Se trata de matemas, letras y grafos que, a su vez, están montados sobre bromas –Lacan usaba la expresión *cachotteries* para referirse a ellas–, pequeños misterios cuya función de segundo grado también pasa inadvertida. Estas claves se marcan por una referencia al escrito, tanto en los artículos como en los seminarios, y se alojan siempre en el punto en el que el texto pierde la palabra, confrontado a lo que no se deja representar. En un único desarrollo que se desdobra, un artículo por ejemplo, son retomadas. Se habla de ellas, se las relanza partiendo el texto. Por esto, funcionan como una bisagra o un punto de giro entre la inexistencia de lo real, lo que hace agujero, y el plus, un significante vacío, o vaciado, que indica lo real.

Piénsese, para medir el alcance de la cuestión, en el escrito sobre La carta robada. Ese texto fue extraído de la cronología de los *Écrits* y ubicado como introducción al volumen. Se nos dice que el cuento de Poe sólo habla del contenido de una carta que en un primer movimiento fue sustraído. La relación entre *Écrits* y Carta robada, equivalente a la de la letra y el Falo –puesto que Lacan se ocupó de observar que la *lettre* del título de Poe retomado en su Seminario tiene el sentido de Falo y no el de letra–, se ha reflexionado poco. Lacan nos introduce al valor de sus escritos: el desdoblamiento que sucede a la sustracción ataña a cada uno de ellos (a los fundamentales, al menos) y, de un modo menos evidente, al volumen mismo, al conjunto.

Si es cierto que la enseñanza de Lacan puede distribuirse en siete grandes modelos, o en siete matemas si se prefiere esquivar el término “modelo”, se observa que cada uno de ellos presenta, a su manera, algo que es irrepresentable. En los grafos del deseo, por ejemplo, el cruzamiento doble y simultáneo de las líneas no es representable. El nudo borromeano, con su peculiar forma de anudar registros desanudados, es otro desarrollo del mismo tema. Recordemos los otros cinco modelos: el esquema L, el álgebra lacaniana, el algoritmo de la transferencia, los cuatro discursos, y las formulas de la sexuación. En cada uno de estos modelos se halla la misma característica: introducen un irrepresentable. Por esto se presentan como matemas y hay que suponerles algún tipo de aprehensión de lo real.

V. Cómo hablamos. a) Código/significante de la falta del Otro/habla.

El significante, cuando intenta dar con la significación, refiere a otro significante. El significado, que siempre se escabulle, sólo puede decirse con palabras (de allí el aforismo: no hay metalenguaje). El Seminario aborda esta cuestión en función de dos movimientos correlativos:

–Respecto de la lengua, la simbolización del Otro –la indicación del lugar vacío del lenguaje, de su desaparición (de su constitución retroactiva), al menos en tanto código– posibilita hablar, cabría agregar, un habla humana (que no es el caso cuando las palabras sólo dicen lo que dicen);

–Con relación a la sexualidad, correlativamente, el Falo detiene –en un punto que se sitúa fuera del sistema significante, a veces localizado en el infinito– la significación (el significado, desde entonces, queda emparentado con el goce).

Son las operaciones de metáfora y metonimia. O, si se prefiere, hallamos la metáfora del sujeto y la metonimia del deseo. Puede entreverse desde aquí por qué toda significación es fálica, o por qué el sexo habita en el saber (hacer) del hablante, para mencionar sólo dos cuestiones.

Hay pues que destacar el estatuto decisivo de ese articulado no articulable que es el $S(A)$.

Allí se define por primera vez el escrito y su alcance sobre lo imposible, conjuntamente con la castración. Este matema permite, al ser retomado, lanzar la significación como un plus. Sin este “matema” –recordemos que Lacan le negaba ese estatuto: ¿cómo admitir una transmisión integral de la castración?–, paradójicamente, no hay comunicación ninguna.

El mismo movimiento, tomado desde el costado de la sexualidad, muestra que el sujeto, en cuanto trata de desalienarse y hallar su propio deseo (el deseo se supedita al deseo del Otro), se encuentra con la castración, sufre una pérdida representada por el Falo.

El lenguaje nos marca y hablamos desde las marcas. Ese es el precio.

Esta simbiosis inicial entre lengua y sexualidad, esta mixtura, escapa al sentido común. Ha sido banalizada, frecuentemente mal entendida. La doxa opera, por ejemplo, cuando se aborda el tema de la metáfora paterna y el Falo. Se nos dice que primero hablamos, que hay lenguaje, y que, después, sufrimos alguna marca que viene a agregarse y que suele identificarse con el complejo de castración.

VI. Cómo interpretamos. Asociación libre/corte-interpretación/asociación libre.

Freud, cuando analiza el olvido de nombre del autor de los frescos de Orvieto, intuye que el discurso se detiene siempre y pronto. Lacan, por su parte, señaló tempranamente la existencia de una ley del discurso interrumpido. El discurso no llega a término, reverbera y retoma la marca que lo detuvo.

Este movimiento, entre el efecto de lenguaje y el efecto del lenguaje, legitima y justifica el uso de la asociación libre. El analizante, en tren de decir, no tarda mucho en dar con alguna laguna o un lapsus. Se interrumpe. Y, luego, con una interpretación de por medio o sin ella, reinicia su discurso. El lugar de una sucesión finita es el infinito.

Las interpretaciones (las intervenciones del analista, en general) con frecuencia se basan en un juego de palabras, un retruécano, en un giro de lenguaje que implica un pasaje por el no-sentido. Las asociaciones del paciente la retoman. El discurso se parte sobre ese punto insensato y preciso.

Cuando se dice que el corte de la sesión es una forma de interpretación eficaz (o la más eficaz), se apela a esta estructura. Es obvio que la interpretación tiene un contenido y el corte carece de él. Pero es toda la diferencia. En cuanto a su función son idénticos. Ambos se ubican en el punto en el que la cadena asociativa pierde sentido y gira.

El paciente, en la sesión siguiente, asocia con el corte. Lo asume como una interpretación (en el mejor de los casos). Descriptivamente, el corte sustituye a la interpretación, toma su lugar. Viéndolo con más profundidad, el corte de la sesión es una suerte de interpretación de símbolo cero. Su vacío de contenido adquiere sentido porque se opone a la interpretación. Pero, entonces, hay que ser cuidadosos. El corte no intima con el objeto más que la interpretación. Y –perderlo de vista sería aún más grave– no sobreviviría sin ella. La necesita para oponérsele. En caso contrario, el sistema de símbolo cero no podría constituirse.

VII. Cómo reclutamos analistas.

Intensión/final del análisis-pase/extensión. ¿No confiere el pase una forma de bisagra al final del análisis? Si tocamos el final del análisis, en el punto en el que el sujeto pierde la representación, habiendo alcanzado esa marca –la marca es correlativa de la falta de representación–, dos instancias de jurados van a retomar la cuestión. De un lado alguien pierde la palabra, y de otro hay quienes la retoman.

El análisis termina por localizar el agujero. El discurso flexiona sobre sí, tomando apoyo en el escrito (y es en lo que más se acerca al metalenguaje) para que esto ocurra.

Lacan, para ilustrar el pasaje de analizante a analista, propone la imagen de la puerta giratoria. Es evidente que asistimos a un escamoteo, un truco (un tours de passe-passe). Pero es un truco que no se oculta y se desarrolla a la vista de los participantes, un público, y los jurados. Porque se pretende, ante todo, dar cuenta de él. Al verlos dar la vuelta –quizá sólo uno da la vuelta, mientras el otro se aleja con su correspondencia a cuestas–, notamos que el analista ha quedado fuera de cuestión. El fracaso del pase obedece, entre otras razones, a que, como en el caso de una construcción, el final del análisis atañe al analista y no al analizante.

VIII. A manera de conclusión.

Lévi-Strauss decía que, en última instancia todo depende de un isomorfismo entre las estructuras de la corteza cerebral y el lenguaje. Tal vez el lenguaje sea binario porque el cortex es binario.

¿Y la afasia entonces? Una lesión cerebral sigue las leyes del lenguaje y se producen afasias metonímicas y metafóricas. Es sumamente raro. De aquí resultan, al parecer, dos hipótesis: a) la inscripción, a pesar de que se produce en la corteza, funda su espacio propio y conserva sus leyes; b) el cortex es la causa del lenguaje, y por eso la lesión afecta directamente los ejes del sintagma y el paradigma en el código, es decir, bien por fuera del cerebro.

Ambas hipótesis, aunque opuestas, suponen un isomorfismo⁽²⁾ en la base de la cuestión.

Chomsky partió del hecho de que librado a sí mismo el hablante no podría limitar la cantidad astronómica de combinaciones gramaticales de las que dispone la lengua en forma potencial. Por eso supuso que el cerebro humano, genéticamente informado, se encarga de limitarlas. Así el sujeto en unos pocos años puede aprender a hablar y adquiere la lengua.

Desde entonces se dice que la lingüística volvió a tener una base materialista, y la cosa retornó a las ciencias duras.

En esta línea de reflexión sólo queda pendiente una cuestión verdaderamente difícil: ¿qué hay entre el cortex y la realidad que nos hace dar vueltas?

Notas

1.- Nuestro artículo encuentra la polémica de Lacan con Derrida en el siguiente punto: ¿Por qué la escritura no podría ser originaria si el lenguaje retoma incesantemente una marca? Si se parte de la escritura para dar cuenta del lenguaje, el signo constituye la base obligada de reflexión, puesto que la letra tiene una función de estabilización, de detenimiento del deslizamiento del sistema significante. Si el lenguaje tuviera al escrito y al signo como puntos de partida, la relación entre lengua y sexualidad no sería la que plantea el psicoanálisis. No podría sostenerse, por ejemplo, que faltan los significantes del sexo como un dato constitutivo del lenguaje humano. La relación entre signo y significante es al revés de lo que doxa y sentido común suponen.

Un error muy difundido –basado en un dato histórico: el proyecto estructuralista, la adscripción inicial de Lacan a él, o, al menos, su proximidad con Jakobson y Lévi-Strauss– en el abordaje del psicoanálisis consiste en suponer que Lacan partió de la lingüística, y por tanto del signo, y luego subvirtió ese orden, y dio cuenta e inventó el significante. El psicoanálisis subvertiría así, siguiendo un programa bien delineado, al signo saussureano. Resulta evidentemente cómodo identificar el signo al sistema consciente/preconciente, y el significante, y su deslizamiento, al inconsciente.

Por una vez, encontramos a Derrida del lado de la doxa.

2.- El concepto de isomorfismo, tal como se utiliza en este artículo, tiene poco que ver con el principio homónimo de la teoría de la Gestalt. Pretendemos darle un contenido sobre todo matemático, y debe entenderse en los términos de la definición siguiente: “Un homomorfismo entre dos grupos o dos anillos, o una aplicación lineal entre dos espacios vectoriales, que es a la vez una biyección se llama isomorfismo”. (Cf. Darío Maravall Casesnoves, Diccionario de matemática moderna, ed. Ra-ma, Madrid, 1994, p. 187.)

Por otro lado, no abordamos aquí la posición del analista en la transferencia, su ubicación como objeto (a), que es justamente isomórfica. Lacan sostenía que en la transferencia el analista funciona como objeto pero obviando la relación con -φ. (Cf. En general, la teoría de los cuatro discursos; y, en particular, la intervención de Lacan en la exposición de Serge Leclaire, *L'objet (a) dans la cure*, en Lettres de la École freudienne de París, Nº 9, París, 1972, esp. p. 450.)

ANTROPÍA DEL FANTASMA. CONSECUENCIAS SOBRE LA FASE GENITAL*

La resta.

El pene, por mucho que lo deseé, no fija dominio sobre el objeto que lo atrae. No es un cinturón de castidad, ni permite aislarlo en el partenaire. Sus títulos de propiedad, si los tiene, son problemáticos, refieren a un desierto. Recordemos un conocido párrafo de *Subversión del sujeto* donde Lacan afirma que la castración a través del fantasma asegura el goce del Otro, que nos pone esa cadena en la Ley, remitiendo por allí a la ocupación libidinal del otro.

Si la catexia afectará meramente a un objeto parcial en el cuerpo del partenaire, si esto se aislara así, estaríamos en problemas con nuestra sexualidad y nuestra pareja estaría en problemas con nosotros. En lugar de ir tomados de la mano, paseando por la calle, llevaríamos a nuestro partenaire tomado de los genitales (o de alguna otra zona erógena, va en gustos).

En la medida en que $-\varphi$ indica que el objeto (genital) falta en el partenaire, el otro mismo es tomado como objeto parcial, y la ocupación libidinal encuentra un límite inmediato. En cierta forma, la copula sexual deviene posible en la medida en que la relación sexual no puede inscribirse a causa del agujero fálico. Veámoslo con más detalle. El otro, incluso la persona del otro si se quiere, en un cierto punto del desarrollo (en lo que tradicionalmente se llamó la fase genital) resulta tomado como objeto. Es el pasaje al objeto total, postambivalente, como se decía antiguamente. Este objeto –todos sabemos que no carece de ambivalencia, pero no es evidente que sea parcial– se caracteriza por invertir la dirección desde donde se desprende la parte, es decir, la relación entre el objeto y el cuerpo, o entre la función que lo produce (la tendencia, la relación sexual) y el objeto. Los enunciados ideados por Lacan: “Ella es sin tenerlo” y “Él no es sin tenerlo”, marcan la falta fálica, $-\varphi$, en el hombre y la mujer, el agujero que los hace objetos, y, asimismo, los hace acceder al objeto. El plano simbólico en el que se despliega la no-relación –la relación sexual no es formulable en la estructura del significante– se acompaña así de un plano imaginario que concierne directamente al partenaire.

La $-\varphi$, como afirma Lacan, se resta del lugar del Otro, viene a deducirse de allí. El Otro (el otro, que aquí viene a confundirse), el partenaire –en tanto objeto que carece, que padece un blanco en su cuerpo–, merced a esta inversión, deviene un objeto parcial. Estamos en presencia de la degradación de la vida erótica, como se expresaba Freud. La castración alcanza al Otro, que es reducido a un objeto. Se ve entonces el veneno que encierra la letra “a” minúscula: es el otro (*autre*) y el objeto (*a*). Cuestión de peso para llegar a la no-relación.

El fantasma adquiere con menos fi un aspecto antropomorfo –el sexo se va a jugar en relación con el prójimo porque es parcial (no a pesar de que) y no ya con una parte de su cuerpo– que, como en ese argumento invertido que se persigue en *Kant con Sade*, va a acordar plenamente con la Declaración de los Derechos del Hombre. El fantasma remite así a la función especular en tanto antropomorfiza al objeto parcial (de ahí puede fundamentarse también su equivalencia con el *moi* y la *i(a)* en el grafo del deseo): se trata de una identificación a la forma humana que le es propia (que no es especular).

Esta antropía del fantasma no ha sido situada hasta el momento, o, al menos, ha sido muy poco comentada. Por lo mismo, las consecuencias que este concepto comporta sobre la fase genital, o “la declaración de sexo”, o aun, sobre la elección de objeto, no han sido extraídas.

La reproducción exige el equívoco –entre el cuerpo y el objeto parcial, en este caso– y la hincia anuda. La función imaginaria del falo comporta un anudamiento hasta cierto punto equivalente al de los registros. El ser humano se reproduce por el malentendido del sexo y el pivote es el objeto fálico. El amor y la lógica consuelan juntos –como Lacan deseaba–.

Que los cuerpos se reproduzcan por lo que forma un hiato entre ellos, conduce, en una de sus derivaciones, a la relación del niño con $-\varphi$ y con la escena primaria.

* El presente artículo fue publicado en: www.elpsitio.com.ar/, el 13 de Noviembre de 2007.

Ciertamente, el malentendido se reproduce con la reproducción, *ad infinitum*. El niño ha sido deseado como objeto, porta esa marca, pero va a tener que fingir ser como cualquier hijo de vecino para subsistir y encontrar pareja. Esta distancia, en la que se ve envuelto desde su nacimiento, entre objeto y persona –otra vez topamos con el (a) y el *autre*– es, podríamos decir, su inconsciente, o su deseo, si se prefiere. Ha sido deseado y ese es el punto decisivo (dejamos aquí de lado la relación entre Edipo y serie, la instalación del niño en equivalencia –la ecuación cuerpo=falo, por ejemplo–).

La suma.

Tomando este problema en otro registro alcanzamos nuevamente el tema del derecho y el concepto de usufructo –ligado, como se hizo evidente, al cuerpo del partenaire–. Veámoslo desde otra óptica. Si ubicamos la exclusión del goce en un conjunto, un círculo que carece de elementos, entonces el plus de gozar es la notación del conjunto vacío. El conjunto del goce contiene al conjunto vacío. Confirmamos con esto, por otra vía, que el único goce permitido al ser parlante es la castración. Así pues el plus viene a cuenta de un goce sumado, agregado, vale decir, que por su propia naturaleza no se satisface. Esto lo acerca al superyó, al mandato de goce, y lo vincula con la *Untergang* del Edipo. Digámoslo directamente: el goce no se posee. De ahí, pues, la idea de usufructo.

La castración imaginaria hace que el objeto pase a ser el cuerpo donde se marca la falta (estas ideas dan otro interés al narcisismo, aunque no lo desarrollaremos aquí), pero, sobre todo, -φ, en sí misma si se puede decir así, en un aspecto decisivo, conecta con el símbolo fálico y concurre con la negativización del órgano que abastece la falta de significante. La castración permite entonces al sujeto designarse como perteneciente a un sexo. El cuerpo ha sido vaciado y como resultado obtenemos la significación de la falta fálica. Así, -φ y el plus de gozar tienen una estructura común, o al menos son isomórficos, y en distintos órdenes piensan un problema semejante.

El producto.

El niño tiene permitido –más o menos permitido–, puesto que es un niño, es decir, por naturaleza y por definición, ocupar el cuerpo del otro. Puede reivindicar la expropiación, por ejemplo, del seno materno, ya que, se sabe, este seno le perteneció. No carece pues de interés situarlo, en ese punto preciso, respecto de la Declaración de los Derechos del Hombre. El pequeño sadiano polimorfo enuncia: “Tengo derecho a gozar de tu cuerpo. ¡El objeto parcial es mío!”. Kant no objetaría. Pero si tu cuerpo es tuyo, y el mío es mío, y no hay lugar de confusión, estos derechos no se compatibilizan.

Si el niño se reprodujera, si la eyaculación y el orgasmo infantil existieran, planteo hipotético y carente de toda base, no sería ya mediante un hiato. Por tanto, el niño –capaz o no de realizar un acto sexual– *no tiene derecho a reproducirse*. El objeto genital no está constituido aún. La ocupación libidinal del otro rebasaría tanto los límites naturales como los fantasmáticos, que suelen coincidir.

¿Y si, contrario a derecho, el niño se reprodujera igual? Obviamente, mediante la hazaña de tal contravención, estaríamos frente a una partenogénesis.

El sexo entre un adulto y un niño se establece pues sobre un solo vector al modo de una transferencia. En la pedofilia –dejando de lado la cuestión, más conocida, de que el niño queda atrapado como goce, y que se trata de un goce relativamente letal–, el adulto se lleva puesto al niño. En rigor, se trata, al menos en cierto sentido, de un pasaje al acto. El objeto parcial se va con él, y, nos atreveríamos a decir, se realiza. De ahí el aspecto infantil de un amplio sector de las perversiones, y su proximidad con la travesura –por nocivos y antipáticos que estos cuadros sean–.

DATOS DEL AUTOR



Carlos Faig es Psicoanalista. Fue profesor adjunto de Psicología Comprensiva y profesor de Fundamentos de la práctica analítica en la Facultad de Psicología (UBA).

Entre sus publicaciones encontramos los siguientes libros, *La transferencia supuesta de Lacan* (Xavier Bóveda, 1985), *La clínica psicoanalítica: estilo, objeto y transferencia* (Xavier Bóveda, 1986), *Lecturas clínicas* (Ed. Tekné – Xavier Bóveda, 1991), *Refutaciones en psicoanálisis* (Alfasí), *Nuevas refutaciones en psicoanálisis* (Alfasí), *La escritura del fantasma* (Alfasí), *El saber supuesto* (Alfasí).

También ha publicado diversos artículos sobre teoría psicoanalítica, clínica, cine y arte en diversas revistas gráficas y virtuales tales como *Imago Agenda*, *Todo el mundo psi*, *El Hospital*, *Actualidad Psicológica* y en Internet en el *Psitio*, *El Sigma*, *Acheronta*, *Espacio Clínico Buenos Aires*, *Trialéctica* y otros sitios.

Ha participado en numerosos ciclos de Conferencias y dictado diversos Seminarios de formación profesional, entre ellos *¿Qué es la Sexualidad?* y, *Las Artes visuales en la obra de Jacques Lacan*, éste último junto con Raúl Santana.

Coordina grupos de estudio en psicoanálisis desde el año 1976.

E-mail: cfaig750@gmail.com